

AÑO 25.

NUM. 300.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

DICIEMBRE 1913

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

CRÓNICAS DEL TIEMPO DE ISABEL II

(*Conclusión.*)

IV

Exposiciones de pintura.

La Academia de Bellas Artes de San Fernando tenía por costumbre o por obligación, si así constaba en el Reglamento de los estudios que estaban a su cargo, exponer al público, en el mes de Setiembre de cada año, las obras premiadas en los concursos de los jóvenes que se dedicaban a la pintura, y con un celo que nunca nos cansaremos de elogiar, convocaba, por medio de anuncios, insertos en el *Diario de Avisos*, a los aficionados y pintores de profesión para que llevasen sus cuadros a las salas de la Academia, exponiéndolos, a la par, gratuitamente.

El local no reunía aquellas condiciones de luz y de amplitud que hubiera sido de desear; los expositores tenían que llevar por su cuenta caballetes para la colocación de los cuadros que presentaban, y cuando se habían ocupado los sitios destinados al objeto, los últimos lienzos que llegaban, o los de escaso mérito, eran bajados al patio, *desafiando las iras del cielo*—como dice Mesonero Romanos.—Con todos estos inconvenientes, la Academia merece un voto de gracias, porque, bue-

no o malo, proporcionaba local donde exhibir las obras de los que no tenían otro medio de darlas a conocer.

De esta manera embrionaria nacieron en Madrid las Exposiciones de Bellas Artes, y ya supondrá el lector la escasez de cuadros que en ellas habría, tanto por el decadente estado de la pintura española en aquella época, como por el poco estímulo y protección que los aficionados encontraban en el Gobierno y en los particulares.

Veamos ligeramente lo que fueron algunas de estas Exposiciones:

Exposición de 1836.

Don Vicente López presentó cuatro retratos: uno de la *Reina Doña Isabel II*, otro de Doña María Cristina, otro del señor Liñán, Comisario de Cruzada, y otro del Sr. Sepúlveda, Director de la Casa de Moneda. En todos se admiraba el colorido y la perfección del dibujo; pero en los de la Reina y su madre dicen que había falseado un tanto las facciones, quizá con el fin de halagar a los originales.

Más parecido se encontró en el retrato que de Isabel II había presentado Federico Madrazo.

De la Reina hubo otro retrato más, debido al pincel del joven Carlos Luis Rivera, a quien se elogiaba mucho.

Villamil llevó a la Exposición catorce cuadros: *Antiguo torreón árabe o Iglesia de la Feria, en Sevilla; Ruinas y molinos en Alcalá de Guadaira; Catedral de Sevilla por el lado de las gradas; Interior del claustro de San Juan de los Reyes, de Toledo, Vista general de Toledo desde la Cruz de los Canónigos; La calle Ancha, en Toledo; El Castillo de San Cervantes, de Toledo, desde los Molinos; Alcalá la Real; Fragmento de Granada; Familia de gitanos; Paisaje; otro para un reloj; Vista de Alcalá de Guadaira, y Aspecto actual característico de las ciudades árabes de España.*

La nueva revista que había salido aquel año, titulada *Semanario Pintoresco*, elogiaba a Villamil por su extraordinaria labo-

riosidad, y por el patriótico celo con que, sin aliciente alguno, se dedicaba a trasladar al lienzo nuestras riquezas naturales y artísticas, visitando, a su costa, los pueblos que las contenían, aun con el triste convencimiento de no tener otra recompensa que el aprecio de los inteligentes.

Jenaro Pérez Villaamil, con dos aes, como él se firmaba, ha sido uno de los pintores más fecundos del siglo XIX, pues Ossorio y Bernard calcula en ocho mil el número de cuadros que pintó en un período de veintidós años, que es lo que abarca su vida artística. Principalmente se dedicó a *paisajes e interiores*, embelleciendo o falseando los originales para hacerlos más agradables, defecto que hoy no se le perdona, y que entonces fue la causa de la gran aceptación que tuvieron sus obras.

Rafael Tejeo. *Diana sorprendida en el baño; Lucha de Hércules y Anteo*, que gustó por «el profundo estudio anatómico que se podía apreciar en los escorzos de las dos figuras y la severidad del estilo».

José Elbo. *Un majo, Un picador, Dos toros* y varios retratos, todos de buen colorido y correcto dibujo, pero acusando cierta frialdad. Tenía el estilo de Alenza, lo cual no era un defecto, sino una ventaja.

José Gutiérrez. Un *paisaje*, celebrado por los inteligentes; y los retratos de Romea, Matilde Díez, Carlos Latorre, José Valero y Ventura de la Vega.

En la Exposición que hizo el *Liceo Artístico*, en 1837, presentó una *Venus*, de tamaño natural, que tuvo que retirar a los pocos días, porque los concurrentes se escandalizaban de ver una figura desnuda. A ese extremo se había llegado. Dicen que tenía brillante colorido y buen dibujo.

Bernardo López, hijo de D. Vicente. Copia de un *Cristo* de Juan de Juanes.

Luis López, hermano del anterior. Un dibujo representando la figura de *Héctor*.

Teresa Nicolau. Miniatura de *Petrarca*.

Señorita Montufar. Dibujos.

Don José Abrial. Cinco vistas de Madrid, que eran: *El Museo; Madrid desde el camino de Castilla; Madrid por el lado de San Francisco el Grande* y *la Costanilla de San Andrés*.

Gutiérrez, hijo. *Combate de guerreros antiguos*, cuadro que revelaba excelentes disposiciones en su autor.

Alenza. *Manolas; Un suplicio y Asesinato e información judicial*. Los cuadros de Alenza se distinguen por un «estilo gracioso y franco, a la manera de Goya, conocimiento del claroscuro, frescura y verdad, pero a veces con alguna pequeña incorrección en el dibujo».

José Ferrán. *Helvira y Abelardo; Laura y Petrarca*, miniaturas.

Ugalde. Cuatro retratos.

Rosario Weis (1). Copias de *Las lanzas*, de Velázquez, y de *la Maja vestida*, de Goya.

Exposición de 1837.

«Unos cuantos nombres—decía un crítico,—ya conocidos del público, que pueden muy bien contarse por los dedos, son los encargados de sostener la Exposición; y de tal manera, que cada uno de ellos está seguro de no competir más que consigo mismo. López sabe que a la corrección de su dibujo, a la ejecución de sus paños, ropas y detalles, ninguno llegará; Villamil se presenta en posesión de su puesto de primero, de único paisajista; Madrazo lleva sus cuadros a la Academia sin temor alguno de que haya parangón para la transparencia de sus colores, para el romanticismo de su paleta; Esquivel coloca los suyos con la fundada vanidad de haber dado un gran paso en su carrera desde la última Exposición, pero sin devolver los

(1) Era sobrina de Goya, y quedó huérfana siendo niña, confiada al cuidado del famoso pintor; a la muerte de éste, tuvo que dedicarse a copiar cuadros, al óleo y al lápiz, para atender a su subsistencia. En 1842 fue nombrada profesora de dibujo de la Reina Isabel, falleciendo al poco tiempo.

ojos en busca de algún rival de su estilo, de algún imitador de su manera, porque de no encontrarle está seguro.»

En esta Exposición el cuadro que sobresalió, sin distingos, fue el retrato del erudito académico D. Martín Fernández Navarrete, pintado por D. Vicente López. «Madrid todo—dijo un revistero—ha admirado la extraordinaria semejanza, la corrección del dibujo, y aquella verdad en los detalles que hace confundir, por valernos de una expresión vulgar, lo vivo con lo pintado.»

A este propósito escribía D. Juan Nicasio Gallego en el periódico *El artista*:

«Muchos quisieran que siguiendo López la máxima de los maestros de la antigua escuela española, recargase menos sus retratos de brillantes accesorios y dijes, que, distrayendo la atención y privando, hasta cierto punto, a los cuadros del consiguiente reposo y armonía, perjudican el efecto y vigor de las cabezas. Lo vituperable es que los accesorios sean excesivos en número por la confusión que inducen; y el arte y gusto del profesor consiste en saber templarlos y subordinarlos al tono general del cuadro, y particularmente, al de las partes principales de las figuras; mas si los accesorios están elegidos y dispuestos con sobriedad y tino, si contribuyen con la acertada contraposición de sus tintas y sus luces, que es lo más difícil, al acorde reposo y armonía del cuadro; y si en el esmero de su ejecución no se advierte timidez ni fastidio, este esmero es una perfección más, y sólo la pasión o el capricho pueden hallarlo reprehensible. La propensión de López a no escasear en sus retratos los accesorios, nace de dos causas que redundan en elogio de este profesor: una, el deseo de complacer a los originales, y en especial a las señoras, que no quedan contentas si no se las pinta engalanadas con todos los dijes y floripondios de su tocador; otra, la admirable verdad con que sabe representarlas. El oro, las plumas, el nácar, las pieles, la pedrería, salen de su paleta con tan cabal imitación, que se equivocan y confunden con la realidad misma. ¿Cómo, pues, se ha de ex-

trañar que se complazca en excitar nuestra admiración con el efecto verdaderamente mágico de sus pinceles?» Estamos conformes con las apreciaciones de D. Juan Nicasio Gallego.

Villamil presentó *Una vacada*, y una *Vista de la Catedral de Oviedo en el siglo XVI, en el acto de la procesión del Corpus*. Se elogió la minuciosidad con que había copiado los detalles de la arquitectura gótica del edificio, y la gracia con que estaban pintadas las figuras del cuadro.

Elbo. *Una torada en la dehesa de la Muñoza*, paisaje de distinto género que el de Villamil.

Federico Madrazo. Tres retratos: el de la marquesa de Villagarcía, el de la señorita Virginia Eaton, en disposición de tocar el arpa, y el de D. Juan Nicasio Gallego.

José Abrial. Cuatro paisajes pequeños, que fueron algo discutidos.

Antonio Esquivel. *Seis apóstoles*, con «reposeo y armonía en sus tintas, vigor en el colorido, nobleza en las actitudes y expresión en la cabeza, aflojando un tanto el dibujo en los extremos». Aquí figuró su obra maestra, hasta entonces, el gran cuadro de la *Transfiguración*.

Teresa Nicolao. Copia, en miniatura, de la *Virgen del Ferrato*.

Rosario Weis, copia, al lápiz, de un cuadro de Goya.

Ramón Vives. Un *Guarda de campo, dormido*.

Calixto Ortega. Retrato de señora.

El *Semanario Pintoresco* publicó, grabados en madera, reproducciones del retrato de Navarrete, de la *Vacada*, de Villamil y de la *Transfiguración*. Las láminas, exceptuando el retrato, son muy medianas; pero la referente al último cuadro, aun así, da una idea exacta de la composición, que es esencialmente académica, inspirada en la pintura mística del siglo xvii.

Exposición de 1838.

Como ya se ha dicho, poco variaba el personal artístico

que concurría a estas Exposiciones; López, Madrazo (padre e hijo), Tejeo, Villamil, Elbo, Gutiérrez, Esquivel, Carderera y algún otro, eran los que tenían monopolizado el cultivo del arte en la corte.

En esta Exposición hubo una novedad: la Reina Gobernadora Doña María Cristina concurrió con dos copias, respectivamente, de Murillo y Guido Renni, que inducían a reconocer la buena voluntad del jefe del Estado, en favor de las Bellas Artes.

Don Vicente López presentó un cuadro de composición religiosa, *Nuestra Señora de los Desamparados acogiendo a varios pobres*. «En este lienzo, decían, descuella el atrevido genio de López y la índole particular de su pincel, la gracia y el acierto en disponer una composición, y expresarla con una prodigalidad en los detalles, una brillantez y frescura en el colorido, que producen un conjunto halagüeño y hacen cerrar la boca al más rígido preceptista.»

Don José Madrazo. *Asalto de Montefrío por el Gran Capitán*. El cuadro gustó mucho, pues entonces, ni el Gobierno ni los particulares encargaban obras de asuntos históricos. Se alababa el partido que supo sacar de un lienzo de pequeñas dimensiones para pintar figuras de tamaño natural. Quizá los que hoy vean el cuadro señalen esto como un defecto de composición. El *Semanario Pintoresco* trae un grabado de la pintura.

Tejeo. *Retrato de un particular a caballo*. Lo elogia la Prensa. *El Salvador del mundo*, «media figura llena de nobleza y dignidad».

Gutiérrez. Tres retratos: la *Reina Gobernadora*, la *Marquesa de Villagarcía* y la señora de Montufar. Se notaba en este pintor inclinaciones murillescas.

Vicente Carderera. *La Prudencia y la Hermosura*, «bella composición que está llena de poesía, y recuerda el gran estilo de los insignes maestros de la escuela italiana. Tiene buen colorido y armonía, y bastante fuerza de claroscuro. El dibu-

jo, especialmente en la figura de la Prudencia, es de suma severidad y corrección, y el carácter de fortaleza impreso a su fisonomía contrasta agradablemente con la dulzura y candidez de la otra figura, que parece luchar entre el espejo que la pinta su actual gloria y la rosa deshojada que la predice su porvenir». Además, presentó Carderera varios retratos, entre ellos los de las Marquesas de Malpica y Branciforte.

Federico Madrazo. Retrato del marqués de Branciforte a caballo.

José de la Revilla. *Cain y su familia después de la maldición celestial*. El *Semanario Pintoresco* trae un grabado que nos obliga a tener poca benevolencia con la composición de la obra.

Ricardo Bucelli. Copia de la *Santa Isabel*, de Murillo, y del *San Sebastián*, de Muñoz.

Esquivel, que estaba fuera de Madrid, sólo presentó los retratos de cuerpo entero y tamaño natural, de *Isabel II* y de la *Infanta Luisa Fernanda*.

Antonio Cabana. Retrato de D. Basilio Sebastián Castellanos, escritor y arqueólogo.

Pedro Kuntz. Retrato del diputado Sr. Luján.

Rosario Weis. Dibujos al lápiz.

Jenaro Pérez Villamil presentó diez cuadros: *Fragmento de fortificación árabe*; *Sepulcro del Cardenal Cisneros, en Alcalá de Henares*; *Costado del crucero del convento de San Juan de los Reyes, en Toledo, en el momento de estar oyendo un sermón un público numeroso*. *La batalla de Arlabán*, dos cuadros que representan aquel hecho memorable de la guerra carlista, realizado el 24 de Mayo de 1836; *Interior de la catedral de Sevilla*, y *Vista de la Giralda, desde la calle de la Borceguinería*; *La marcha de una división* (costumbres militares); *Baile en el campo* (orillas del Guadalquivir), y *Una escena de ladrones*.

Villamil (Juan), hermano del anterior. *La comunión y Reparto de sopa a los pobres a la puerta de un monasterio*.

Vicente Camarón. Dos paisajes.

Alenza. Caprichos. El más notable, y que consiguió llamar poderosamente la atención, fue el *Avaro moribundo*, por la gracia y filosofía de la composición.

Quizá este certamen fuera el que inspirase a nuestro amigo y maestro D. Ramón Mesonero Romanos su lindo artículo *La Exposición de Pinturas*, publicado en los días en que ésta se estaba celebrando. No contiene apreciaciones artísticas: se limita a delinear con tino e ingenio los diferentes tipos que acudían a ver los cuadros de la Exposición. Hablando del edificio donde ésta se celebraba, dice: «Fue construido con destino a *Estanco del tabaco*, hasta que el Sr. D. Carlos III (de gloriosa memoria) dispuso *estancar* en él cosa de más interés, reuniendo para ello, con la mejor intención, *naturaleza y arte bajo un techo* (1), como dice la inscripción de la puerta; con lo cual, y desde entonces, permanecen allí *estancadas*, estrechas y sin poder medrar.»

Exposición de 1839.

Los cuadros que más gustaron al público este año, fueron:

Una copia, hecha por Cayetano Palmaroli, del cuadro de Claudio Coello la *Santa Forma*, que se conserva en la sacristía del monasterio de El Escorial.

Escenas de figón, cuadro del género de Teniers, por Vicente Camarón.

Bandolero andaluz contemplando la cabeza de un compañero decapitado. De Rafael Tejeo. Se alabó mucho.

Aparición de dos ángeles a Godofredo de Bouillón, por Federico Madrazo.

Don Rodrigo Calderón marchando al suplicio, por Carlos Luis Rivera.

De estos dos últimos cuadros, presentados anteriormente en la Exposición de París de aquel año, había dicho D. Leopoldo Augusto de Cueto, en el *Semanario Pintoresco* de 19 de Mayo, lo siguiente:

(1) El Gabinete de Historia Natural y la Academia de Bellas Artes.

«El Sr. Madrazo, que, a pesar de su calidad de extranjero, desfavorable, por más que se diga, en la capital de la culta Francia, logró en la Exposición última la medalla de oro, hizo formar tan ventajosa idea de su habilidad a los profesores franceses, que el Gobierno le encargó un cuadro para colocarlo en la *Sala de las Cruzadas*, una de las nuevas que se están preparando en el suntuoso Museo de Versalles. Representaba este cuadro la *Coronación de Godofredo de Bouillón como rey de Jerusalén*, y sin embargo de haber tenido que acomodar su composición a medidas dadas y poco ventajosas al asunto, fue aquella tan feliz, que obtuvo general aceptación. Alentado por este nuevo triunfo, resolvió pintar un cuadro de tamaño semi-colosal para la Exposición de este año, tomando también el asunto de las tradiciones de las Cruzadas, recogidas por Michaud, y eligiendo por héroe a Godofredo de Bouillón.

«Consiste el asunto en la *Aparición de dos ángeles que inspiran a Godofredo la idea de ponerse al frente de los ejércitos cruzados* para dar nuevo impulso a la conquista del Santo Sepulcro. Godofredo los escucha de rodillas, y se lee en su semblante y en su ademán la exaltación de la fe y el recogimiento de la devoción. El asunto y la composición nos parecen en alto grado felices, no sólo por su sencillez y buena disposición, sino porque demuestran además que el autor ha entendido el gusto del público francés, inclinado ahora a los asuntos fantástico-religiosos. El colorido, si bien fresco y puro, no es tan brillante y esmaltado como el del bello y conocido cuadro del *Gran Capitán*, y es de admirar sobre todo la diferencia que se advierte en la manera empleada para pintar los ángeles y el Godofredo. Son aquéllos seres ideales, indefinibles, celestiales; y éste el rudo guerrero de la Edad Media. Aquéllos recuerdan, a nuestro entender, la manera, aunque no el colorido, de Murillo; éste, el vigor y valentía de Velázquez.»

De Rivera decía Cueto, con referencia a la citada Exposición de París de 1839: «Ha presentado tres cuadros. El más notable es el que representa a *Don Rodrigo Calderón en el acto*

de ser conducido al suplicio. Son tales la armonía que reina en la composición y la bella distribución de las luces y tonos del cuadro, que traen a la memoria los buenos modelos de la escuela holandesa. *Un niño Jesús adorado por la Virgen y dos ángeles,* es de un género distinto y nuevamente adoptado por el Sr. Rivera. Hay en él corrección de dibujo y detalles de sumo primor y delicadeza; pero estimamos demasiado al autor para no confesar que sentiríamos verle emplear en todas sus obras el método alemán que ahora ha ensayado, pues aunque puro y correcto, nos parece sobrado frío, y aplicable, cuando más, a ciertos asuntos religiosos. El sistema de pintar las ropas de claroscuro, velándolas después con color, ha producido el mejor resultado en el precioso cuadro del *Apocalipsis*, que también ha expuesto el autor; pero acaso tendría demasiada tibieza de estilo, aplicado indistintamente a todos los asuntos.»

Los párrafos del Marqués de Valmar, cuya ilustración no puede ponerse en duda, son testimonio bastante para formar juicio del estado de opinión que tenía el estilo de los Madrazo y de Rivera en aquel tiempo, y el distinto concepto que de la pintura se formó, no ya en nuestros días, sino a fines del mismo período que historiamos, como se verá más adelante.

Exposición de 1840.

Por lo que dicen los revisteros, la Exposición de este año fue una de las más pobres que cuentan las crónicas de entonces, lamentando el público, en general, la falta de cuadros de asuntos históricos.

El cuadro que campeaba a la cabeza de todos era el de Tejeo, y estaba compuesto de retratos de una familia, de cuerpo entero y de tamaño natural. «La composición está bien entendida—decían,—tiene sencillez y buen efecto; su dibujo es correcto y severo; ha sacado buen partido de los paños, aunque tiene algunos tonos poco jugosos en las carnes.» No sabemos qué familia era la del cuadro.

Don Carlos Luis Rivera presentó dos *cuadros de familia*, pintados en París, de menor tamaño que el tercio del natural. Resultaron inferiores a lo que se esperaba del autor de *Don Rodrigo Calderón*.

Rosario Weis, un óleo regular.

Abrial, *Vista de la casa de Juan Bravo, en Segovia*.

Manuel Ruiz de Ogassio, *Interior del salón de Embajadores en la Alhambra*. Un crítico admiraba «la incomparable paciencia y fatigosa constancia de que era menester hallarse provisto para el ímprobo trabajo de copiar con el pincel los innumerables adornos, grecas y leyendas arábicas que tenía el original».

Alenza, *El Viático*. Representa un sacerdote que va a administrar el Santo Sacramento, sin duda a algún pobre, por las pocas luces y la clase de gente que le acompañan. «Toque libre y fácil, que es la manera peculiar del autor; suma verdad en los caracteres de las figuras, y agradable efecto del claroscuro por el gusto y tono vigoroso de Rembrandt».

Ortega, copia de un cuadro de Horacio Vernet, ejecutada en París. El asunto versa sobre una anécdota ocurrida entre Miguel Angel y Rafael, con ocasión de encontrarse estos dos grandes artistas disputando en una de las escaleras del Vaticano. Aparece inopinadamente el Papa Julio II, imponiendo silencio a sus acompañantes para escuchar la polémica de los dos célebres pintores. Ortega era un aventajado grabador en madera.

Al hacer la reseña de esta Exposición, condolíase un crítico anónimo del estado del arte entre nosotros. «Demasiado apegados a seguir la escuela romana y la francesa, no tan sólo en el dibujo, lo cual aplaudimos, sino también en el colorido, que para nada necesitábamos imitarlo de esas escuelas, hemos abandonado las verdaderas y excelentes máximas de color que nos legaron en sus obras nuestros grandes artistas, y los principios que les guiaban en el interesante estudio de la perspectiva aérea; hemos renunciado, en suma, a tener una escuela

original, una escuela verdaderamente española, de que actualmente carecemos».

El público se quejaba de lo poco adecuado que resultaba el local de la Academia de San Fernando para celebrar Exposiciones, porque «las salas eran pequeñas, sin puntos de distancia, con luces bajas y de mala calidad, privando de parte de su mérito al cuadro de más bien estudiado colorido».

CRÍTICA

Federico Madrazo era un pintor que estaba de moda en 1844, porque, a más de su mérito, que sí lo tenía, se inspiraba en el gusto predominante en su época, que era el amaneramiento, y había conseguido honrosas distinciones en París, lo cual constituía para los españoles la razón fundamental de su entusiasmo. Un escritor francés, Mr. Gustavo Deville, publicó en la *Revista de Madrid* del año citado una serie de artículos sobre el *Estado de las Bellas Artes en España*, en los que no sólo prodiga elogios a nuestro compatriota, sino que le coloca a la cabeza de los pintores que entonces florecían en esta villa. Bien es verdad que Madrazo, merced a su estancia en París, se había dejado influir mucho por la escuela de Julio David, y éste era un ídolo para los franceses.

No obstante, el citado Mr. Deville, al analizar un cuadro de Madrazo, *Las Santas Mujeres en el sepulcro de Cristo*, confiesa que adolece de faltas de relieve; de consistencia y de solidez, es decir, de lo que en términos artísticos entonces solían llamar *fou*.

Y añade que esta pequeña imperfección era consecuencia de la demasiada escrupulosa obstinación del pintor en querer retocar, corregir y perfeccionar su obra quitándola espontaneidad. «Madrazo—termina diciendo,—más sensible que espontáneo, más observador que fecundo y creador, más reflexivo, más entendido que inspirado, está, sí, libre de cometer desaciertos; pero no es capaz de producir aquellas concepciones

atrevidas, fogosas, innovadoras, que encubren muchos defectos con el prestigio de la originalidad» (1).

Mr. Deville coloca a D. Vicente López detrás de Madrazo, porque conceptúa a éste más colorista que al primero, y quiere dar a entender que López se había estacionado, sin pasar de los tiempos de Maella, mientras que Federico Madrazo avanzaba, siguiendo el mal llamado movimiento progresivo.

De Carlos Luis Rivera decía que era el émulo más temible de Federico Madrazo, y que tenía sencillez de estilo, delicadeza de ejecución y pureza en el dibujo. Rivera, como Madrazo, también había estado en París, y también había visto los cuadros de Julio David.

Hagamos brevemente una reseña de lo que Mr. Deville escribía respecto de los principales pintores de aquella época:

Espalter. «No ha querido hacer un oficio de su arte. En casi todos sus asuntos se hallan esparcidas algunas cabezas de angelical expresión, que son verdaderas inspiraciones. Preocupado hasta el exceso por lo ideal de la intención, tal vez sacrifique demasiado la ardiente franqueza de su pincel y la magia de la forma, a la poética traducción del pensamiento, lo cual deja entrever algunas veces el penoso trabajo de la ejecución. Sus cuadros, por lo tanto, ganan mucho en ser analizados y estudiados lentamente, siendo preciso seguir en el lienzo, una a una, por decirlo así, todas las impresiones del artista, saboreando de este modo el sentimiento de la inefable dureza que emana de ellos. Los retratos del Sr. Espalter tienen dignidad, relieve, una semejanza ingeniosamente comprendida; mas pecan por el mismo defecto que sus composiciones, y a fuerza de querer darla carácter, priva a su obra del encanto de la frescura.

Tejeo. «Aunque un poco materialista en sus composiciones, y un poco duro y frío en el colorido, ha manifestado en diver-

(1) Era Federico Madrazo buen dibujante. Véase la colección de retratos que, hechos a lápiz, tiene el Museo de Arte Moderno.

sas ocasiones suma energía en el dibujo, dignidad en sus retratos y habilidad en el relieve de los ropajes.»

Elbo, que se dedicaba principalmente a cuadros de *género* y de *toros*, mereció de Deville las siguientes líneas: «Nadie sabe traducir mejor que él la gallarda desenvoltura de los Montes y los Sevilla, y ninguno de éstos puede aspirar a la inmortalidad si no consigue en vida que se consagre a él tan hábil pincel. Ha creído además el Sr. Elbo deber prestar una atención no menos severa a los majestuosos adversarios de sus héroes predilectos, buscándolos en su salvaje retiro, para examinar sus costumbres, sus instintos, su anatomía y sus habituales actitudes. Este pintor no posee el enérgico toque y el colorido seductor de Pablo Potter, y si sus cuadros carecen de efecto, agradan, en cambio, siempre, por el ingenioso ajuste de los pormenores y la franca sencillez de la expresión.»

Alenza. «Ha dado principio a sus trabajos con algunos deliciosos caprichos en que chispea el estro, y que hacían esperar de él que sería un continuador de Goya; pero absorbido después en las publicaciones pintorescas (1), para las cuales es de muy poderoso auxilio su lápiz malicioso, ha descuidado un poco el fecundo campo que se ofrecía ante él, desperdiciando en dibujos, indignamente reproducidos por el grabado, verdaderos tesoros de imaginación.»

Atinadas eran algunas de las observaciones de Mr. Deville; pero este crítico, reflejando el gusto del público, aceptaba de buen grado el *amaneramiento* a que tan expuestos estaban los imitadores de David. Buena prueba de ello son los cuadros de D. José Madrazo, en los que, más que en ningún otro pintor, puede apreciarse este defecto.

El periódico *El Artista*, interpretando la opinión del público, decía en 1835, con referencia a una obra del Madrazo últimamente citado, lienzo de gran tamaño que el lector puede ver en el *Museo de Arte Moderno*:

(1) Ilustradas, decimos hoy.

«El cuadro de *Viriato* en que representó a este insigne caudillo traidoramente asesinado en su tienda de campaña, es otro glorioso ramo de laurel para la corona que la posteridad destina a D. José Madrazo. Su composición es rica y variada de afectos, elegante en las formas y vigorosa en el colorido.» Bien a las claras se ve el extraviado gusto que dictaba estos elogios.

David, con su genio superior, que somos los primeros en reconocer, fue en Francia una consecuencia del neo-clasicismo. El pintor republicano, hombre práctico, marchaba al compás de su época y pintó para el medio en que vivía; pero su estilo, su factura, como ahora decimos, estaba reservada a él solo; por eso, al imitar sus *bajorrelieves en color*, como algunos llaman a los cuadros de aquel artista nada vulgar, nosotros, los españoles, olvidándonos de Velázquez, nos contentábamos con pintar *La muerte de Viriato*.

A principios del siglo XIX, Goya, genio superior, llegó a imponerse, y despreciando las influencias que venían del otro lado del Pirineo, mantuvo enhiesta la bandera del arte puro español que Zurbarán, los Coellos, el Españoleto, Murillo y tantos otros habían glorificado. La patria le debe este beneficio, perdonándole sus excentricidades artísticas. Lo triste es que, después de haber dado Goya la voz de alerta, los que podían haber continuado la obra de renacimiento de la pintura en nuestro país, se pasasen con armas y bagajes al otro campo.

Nuestro *Museo de Arte Moderno* tenía bastantes cuadros de este primer período del reinado de Isabel II; pero las deficiencias de local han obligado a retirar algunos para dar cabida a los de nueva entrada precedentes de las últimas Exposiciones, haciendo ya punto menos que imposible estudiar aquellos lienzos de inapreciable valor para el caso, pues con su examen podría formarse concepto cabal y preciso del estado de la pintura en esa época, mejor que con las más minuciosas y eruditas descripciones.

El *Museo de Arte Moderno* puede visitarse gratuitamente

los domingos; pero los días laborables cuesta la entrada una peseta, precio que conceptuamos excesivo si se quiere fomentar entre las clases no bien acomodadas la afición a las Bellas Artes. No hay que olvidar el apotegma de D. Eugenio de Ochoa: «Todo aquello que es necesario para la existencia próspera de las Bellas Artes en una nación, y no puede realizarse por los particulares, debe hacerse por el Estado.»

Exposición de 1847.

La reseña de la Exposición de Pinturas de 1847 nos la da hecha D. Pedro Madrazo en un lindo artículo publicado en el *Semanario Pintoresco* de aquel año. Dice el inteligente y concienzudo crítico:

«Al César lo que es del César, y al arte lo que es del arte; a la Feria de Madrid sus melocotones, sus acerolas, sus cajones llenos de juguetes de cartón y de hoja de lata, su concurrencia diurna y nocturna de gente desocupada; a la Exposición de Pintura, su local aparte, separado del profano gentío que busca mantas de Palencia y trompetas de madera, y broma y conversación. Al comercio de segundo orden, reunido a lo largo de la calle de Alcalá, su mes de Setiembre y su prosaica sociedad especial; al noble comercio de la inteligencia, a las artes liberales de lo bello, otro mes aparte, otra sociedad distinta, si es posible, otro sitio diverso del que ha ocupado hasta ahora, alternando, al parecer, con los puestos del mercado.

»Tales eran nuestros votos en los últimos años cuando veíamos al público de Madrid, tan propenso a mirar los salones de la Real Academia de San Fernando como una especie de prolongación de los puestos de melocotones y hierro viejo, contribuyendo no poco la casual coincidencia de las Exposiciones de Pintura y Escultura con la feria de trastos y vasijas, a arraigar en la materializada inteligencia del vulgo la costumbre de considerar las obras de arte como esencialmente industriales.

»Desgraciadamente, este vulgo es muy numeroso, porque no le compone solamente el común de la gente vulgar o plebe; para las artes son *vulgo* una gran parte de los que en la jerarquía social ocupan altos escalones; así, el que en la sociedad de los salones es una notabilidad porque tiene un título y rentas y carruajes, puede muy bien ser *vulgo* para el artista; basta que el susodicho magnate sea de aquellos que creen haber hecho lo suficiente para la prosperidad de las artes con decir al pintor, afectando benévola amistad: «¿Qué nos pone usted de bueno este año?»; basta que sea de los que miran el arte como un objeto de *pasatiempo*, y los cuadros como *muebles bonitos* para hacer juego con sus pabellones.

»Este *vulgo*, que no sabe ver, ni juzgar, ni sentir, es el que más ha perdido con trasladarse a los salones de la Trinidad la Exposición de Pintura; los mismos paletos de los lugares, que nunca han visto un lienzo pintado, han perdido menos que aquel vulgo rutinero, indómito, terco en su malísimo criterio, indiferente a todo lo grande y bello, fastidioso en su siempre intempestiva crítica.

»Hemos oído criticar la disposición que en el nuevo local se ha dado a los cuadros presentados, y esta crítica carece, en nuestra opinión, de fundamento. Verdad es que en algunas capitales de fuera de España se cubren con lienzos de color oscuro los cuadros antiguos cuando las Exposiciones de Pintura se verifican en los museos o galerías; sin embargo, esta no es una razón para que aquí tenga que hacerse lo mismo. La comparación de las obras nuevas con las antiguas podrá, en ciertos géneros, ser desfavorable a los modernos artistas; en otros, por el contrario, servirá para hacer más evidentes los incontestables progresos del arte en su forma plástica; pero de todos modos, sea cual fuere el resultado de esta comparación, una Exposición no es un certamen intelectual de una época con otra, mucho menos aún el de un siglo con todos los que le han precedido; una Exposición no es más que una noble justa de los contemporáneos entre sí, una gloriosa arena

donde cada cual hace alarde de sus adelantos por medio de una doble comparación con las obras de los otros que se dedican a su mismo género y con las suyas propias de los años anteriores.

»Una cosa echamos de menos en el gran salón de la Trinidad: un espacioso tragaluz en su techo para que los cuadros reciban la luz de alto, que tan buen efecto produce en los lienzos, sin que sufra la vista la desagradable reflexión de distintos focos. Esta obra es tanto más de desear, por cuanto no la repugna la construcción del edificio; sin embargo, así para esto como para cubrir con lienzos oscuros los cuadros antiguos, según deseaban algunos se hiciera, eran menester fondos que no ha tenido a su disposición la Real Academia de San Fernando.

.....
 »La Exposición, este año nos indica, mejor que otra alguna, el verdadero estado de las artes en España; de ella deducimos varios hechos muy notables:

»1.º Los buenos pintores son escasísimos entre nosotros. 2.º La generalidad de los aficionados no comprende lo que es el arte, y sólo lo cultiva como adorno. 3.º Sin embargo, entre los que se dedican a la pintura de retratos, sin más objeto que la imitación servil de la Naturaleza, hay muchos que tienen el sentimiento del color. 4.º La propiedad del *colorista* (y este hecho es de mucha importancia para la filosofía del arte) es indiferente de la idea subjetiva de la belleza, que es la que principalmente constituye al verdadero artista. De todos estos hechos resulta que la elevación de ideas en el arte es efecto de la educación del sentimiento, y que las Bellas Artes en nuestra capital, y aun casi pudiéramos decir que en España, progresarán con mucha lentitud mientras la generalidad no abandone la falsa creencia en que está de que el pintor se desarrolla por sí solo copiando la Naturaleza, si le dispensa protección el Gobierno. Sin escuela no se forman buenos pintores; la meditación sobre los objetos de la Naturaleza, por más

genio que se tenga, será de todo punto estéril para el que no sepa observarla, porque es probado que no hay dos individuos en toda la creación que lean de un mismo modo las páginas de ese gran libro que la multitud se imagina abierto a los ojos de todos.»

Después de estos párrafos, rompe D. Pedro Madrazo una lanza en favor de los *academistas* y pasa a reseñar las obras presentadas en la Exposición.

José Utrera. *Guzmán el Bueno arrojando por entre las almenas de la muralla el puñal que ha de dar la muerte a su hijo*. Madrazo alaba el cuadro, por ser de un discípulo de la Academia; pero confiesa que tiene defectos de bulto. *Retrato de don Juan Bautista Alonso*. Lo aplaude el crítico, y le parece bien que, apartándose de la escuela de López, «hubiera hecho triunfar la cabeza de modo que los accesorios no llamasen la atención».

Agustín Sáez. Cuatro cuadritos de *costumbres populares*, del género de Alenza.

Federico Madrazo. *Retratos*, y *Niño en la cuna* que era «melancólica historieta de la vida íntima, o pequeña página de los placeres y dolores de familia».

Esquivel. *Agar despedida por Abraham*. En este cuadro siguió el autor «el mismo sistema que profesaba en Francia Horacio Vernet, sistema de estudio, de conciencia, de trabajosas investigaciones; sistema en que el artista se cambia, en cierto modo, en anticuario para reconstruir lo pasado con todos sus accidentes. En nuestra opinión, este es el mejor cuadro que ha pintado el Sr. Esquivel, a quien damos un sincero parabién, asegurándole, por el ardor con que estudia y adelanta, una reputación más envidiable y sólida que la que se consigue fascinando al público ignorante con falsos colores».

Gutiérrez (padre). *Retrato de la Reina* (de cuerpo entero). «Está la figura sumergida en una atmósfera tétrica y nebulosa. Con este sistema ha exagerado el Sr. Gutiérrez la máxima

que solía Van-Dyck emplear, de sacrificar a las cabezas todos los accesorios, aunque no por eso dejaba de dibujarlos y concluirlos lo suficiente para que no pareciesen borrachos o como en evaporación.»

Carlos Luis Rivera. *Retrato del Sr. Gil y Zárate*. «Se propone este pintor, cuando cultiva el género de retratos, sorprender todas las manifestaciones de la Naturaleza, aun las más imperceptibles, aunando de una manera sólida, meditada, profunda, todas sus regularidades e imperfecciones, sus más leves lunares, sus más tenues matices. Rivera es el pintor analítico por excelencia, el que busca la razón lógica de las formas y escudriña la sabia economía de los cuerpos, persuadido, sin duda, de que no hay en la Naturaleza cosa superflua ni armonía sin el contraste de lo que la generalidad llama aisladamente bellezas y defectos.»

Federico de Madrazo. *Retratos*. Este pintor seguía un principio opuesto a Rivera. «Cree—decía el crítico—que ciertas imperfecciones de la Naturaleza son puramente accidentales y no afectan en manera alguna su sabia economía, y que, por consiguiente, siempre que el pintor puede suprimirlas sin variar el carácter de la fisonomía retratada, debe hacerlo. Esta escuela conduce indudablemente a resultados más brillantes que los de la escuela demasiadamente científica; en ella campea más el genio del artista, y se advierte mejor el sello espontáneo de la inspiración, y la misión del arte de sublimar y ennoblecer la mente por medio de la belleza.»

Bernardo López. *Retratos del Duque de San Carlos y del General Azpiroz*. A propósito de este pintor decía Madrazo:

«Entre las varias escuelas que se puede proponer como modelo un pintor de retratos, para aprender a interpretar convenientemente la Naturaleza, son, sin disputa, la veneciana, la flamenca y la española las que reúnen en grado más eminente las tres dotes: naturalidad, grandiosidad y magia; y dado que este género de pintura sea de mero deleite cuando los personajes cuyas semblanzas perpetúa no son precisamente hombres

célebres o varones de alta importancia histórica, creemos que ninguna manera convencional que se aparte de un selecto naturalismo puede ser tolerable en un cuadro destinado únicamente a reproducir la figura de un individuo. Sin embargo, el Sr. López (D. Bernardo) se propone en sus retratos copiar la Naturaleza sin sujetarse a las máximas de los grandes maestros de las citadas escuelas. Fiel a los principios que por herencia y por elección ha recibido de los modernos prácticos valencianos, protesta contra el estudio de aquéllas, se declara independiente en su modo de comprender la forma, y, sacrificando el serio dibujo de Van-Dick, del Veronés y de Velázquez, y viendo todas las vívidas refracciones del prisma donde aquellos coloristas sólo veían una luz reposada y severos tonos, consigue, no obstante, cautivar la atención de una gran parte del público, y alcanzar como pintor de retratos una reputación muy envidiable.»

En otros párrafos de estudiada corrección, viene, en resumen, a declarar que la escuela de Bernardo López es *falsa*, sin acordarse de que antes había elogiado la *falsedad* de Federico Madrazo, bajo otro aspecto, pero falsedad siempre, contraria a Van-Dyck, a Veronés y a Velázquez.

Villamil. Presentó *varios paisajes* y la vista de la *Capilla de los Condes de Benavente*. Madrazo le elogia, aunque con distingos. Dice de él, entre otras cosas, con mucho acierto:

«La mente ardorosa de Villamil no tolera el análisis detenido y concienzudo de los fenómenos cuales son en realidad; su inteligencia, más sintética que analítica, partiendo de lo que es, procede rápidamente hacia lo que no existe, y se lanza, impetuosa, fuera de la Naturaleza positiva, creyendo de buena fe reproducir el mundo material con su verdadera forma. Por eso advertimos en sus seductores paisajes la verdad y la ficción tan portentosamente combinadas, en términos que no es fácil distinguir ante aquellos lienzos, donde tienen su límite el estudio y la imitación, y donde empieza a aparecer la exuberante espontaneidad de la fantasía; por eso, al lado de ciertos inimi-

tables juegos de luz que Villamil sólo puede haber sorprendido en la Naturaleza, advertimos tonos enteramente imposibles, reflejos totalmente arbitrarios, transparencias puramente caprichosas, que producen con la verdad combinaciones fascinadoras, indescriptibles y mágicas, pero fantásticas.»

Fernando Ferrant. *Paisajes*. De este pintor dice Madrazo que es diametralmente opuesto a Villamil. «Estudia con muy loable detenimiento la anatomía de los vegetales, la naturaleza de los terrenos, la economía local de las diversas latitudes; pero, después de acumular estos preciosos datos, se olvida de acomodarlos a un fin, de hacerlos concurrir a una armonía total.»

Camarón. *Paisajes*. Se le censuraba por buscar los originales de sus cuadros en el Norte y en regiones «donde el cielo está siempre envuelto en aplomadas nieblas».

La Reina Cristina presentó dos copias: una *Concepción*, de medio cuerpo, de Murillo, y la *Magdalena penitente*, de Correggio. A Madrazo le parecieron muy bien; pero acaba diciendo: «Y no es posible que la regia mano, que con tanto amor estudia las producciones del genio, no empiece en breve a mostrarse pródiga con los artistas, cuyas obras son las páginas que más immortalizan a los soberanos ilustrados.» Don Pedro era *très poli*, como todos los Madrazos.

Exposición de 1848.

Al hacer la reseña de esta Exposición, se lamentan los revisteros de que fuera poco numerosa en obras buenas; pero, como de todas decían lo mismo, y siempre la última les parecía peor, sacamos la triste consecuencia de que teníamos pocos pintores, y de éstos, ninguno que fuera sobresaliente en absoluto. Era criterio generalmente aceptado por el público la conveniencia de no verificar certamen todos los años, dejando uno, por lo menos, en claro para que los artistas tuvieran tiempo de preparar sus trabajos; de este modo se esperaba conseguir el aumento de la presentación de obras, y la Comisión encargada

de admitirlas podría rechazar muchas de las que en aquellas circunstancias se veía obligada a admitir, siendo reconocidamente malas, ante el temor de que faltasen cuadros en la Exposición. Bien es verdad que el patio grande del edificio era el local destinado a los lienzos que carecían de condiciones, en mayor o menor grado, para figurar en las salas de la Academia.

La Reina Isabel II y su madre Doña María Cristina presentaron dos copias: aquélla de Murillo y ésta de Giorgione, que fueron muy elogiadas, quizá no tanto por su mérito como por el hecho de concurrir y alternar tan egregias damas con los soldados de la milicia del arte, donde alguno había ante el cual tuvieran que rendir pleito homenaje.

Federico Madrazo. Retratos del Duque de Riánsares (esposo de María Cristina), del Sr. Oshea, de D. Luis Madrazo (hermano del autor) y de un hijo del Conde de Ezpeleta. Gustaban mucho los retratos de Madrazo, pero se lamentaban los aficionados de que no dedicase sus pinceles a tratar asuntos de Historia.

Tejeo. *San Sebastián, San Antonio* y Retrato del Sr. Puche. A Tejeo le elogiaban, aunque siempre con reservas.

Esquivel. *La caridad*. Decían que el autor se iba inclinando «a la *pintura sentimental*, que es uno de los peores géneros del arte».

Germán Hernández. *Jesús y la samaritana*. «Buen estilo; elegancia y sencillez en los ropajes.» Y amaneramiento, añadimos nosotros por nuestra cuenta.

Antonio Brugada. Dos marinas que tituló *Pesca milagrosa* y *Tempestad apaciguada*.

Angel María Cartellini. Retratos.

Fernando Ferrant. *Paisaje*, digno de llamar la atención.

Corona. *Las Marías caminando al sepulcro*. Era un boceto bien compuesto, con figuras llenas de expresión y de brillante colorido.

Y otros cuadros más que no merecieron el honor de ser mencionados por los revisteros.

Después de escrita esta reseña, la *Sociedad española de amigos del arte*, por el mes de Mayo de 1913, tuvo la feliz idea de formar una *Exposición de Pinturas españolas de la primera mitad del siglo XIX*, y aunque no pudo reunir más que 287 cuadros, vino a prestar un gran servicio a los que estudian y desean conocer el desarrollo del arte en el reinado de Isabel II.

Allí vimos retratos de Tejeo, de Elbo, de Gutiérrez de la Vega, de Carderera, Esquivel y Federico Madrazo. Todos persiguen el ideal de D. Vicente López, pero menos realistas, y, por lo tanto, dejando que su pincel dulcifique los tonos a despecho de la verdad. Madrazo es el más falso de todos, y, sin embargo, es quien les supera, merced a la corrección de su dibujo, a lo ajustado de su color y a la expresión que sabía dar a las figuras. Son ejemplo de ello el retrato de Villamil, el de Carolina Coronado y el de la encantadora Condesa de Vilches.

Don Vicente es el retratista por excelencia. Merecen citarse los retratos del Marqués de Remisa, del doctor Gutiérrez, quien, por lo que se ve, gastaba peluca; el del Conde de Retamoso, uno de los más característicos de aquel maestro, y el de Gutiérrez de los Ríos, donde se admira el acierto con que López sabía reproducir los accesorios.

Sentimos no poder tributar a López los mismos elogios respecto del cuadro titulado *Una Purísima*, que figuró en la misma Exposición.

De Alenza se presentaron algunos cuadros, que vinieron a confirmar el favorable juicio que ya hemos consignado anteriormente.

Los paisajes de Camarón, tan celebrados en su época, resultan amanerados y de colorido débil.

El esfuerzo de la *Sociedad española de Amigos del arte* merece un aplauso, aquí donde tanto escasean las iniciativas de este linaje de certámenes.

Exposición de 1856.

Merced a la iniciativa del Ministro de Fomento D. Agus-

tín Esteban Collantes, en 28 de Diciembre de 1853 se dictó un Real decreto estableciendo la celebración de una Exposición pública de Bellas Artes cada dos años, concediendo además cierto número de premios.

La primera que se celebró con arreglo a esta disposición fue la inaugurada el 20 de Mayo de 1856, en las galerías del Ministerio del ramo, que se hallaba intalado en el ex-convento de la Trinidad, calle de Atocha, esquina a la de Relatores. Asistió Isabel II, acompañada de los individuos del Gobierno, bien ajenos de que poco tiempo después iban a dejar el poder, a consecuencia de la contrarrevolución que transformó al General O'Donnell en Presidente del Consejo de Ministros.

En esta Exposición se presentaron 18 cuadros de Historia, 15 religiosos, 10 de alegorías, 34 de los llamados *de género*, 82 retratos, 32 paisajes, 7 marinas, 7 caprichos de flores y frutas y 4 miniaturas; formando un total de 216 obras, número que ciertamente superaría los cálculos de la Comisión encargada de organizar el certamen, y que causaría satisfacción indeleble a Esteban Collantes, al ver el ventajoso resultado que producía su Real decreto. Pero si bien es cierto que la protección del Gobierno, con el aliciente de los premios, sirvió de estímulo a los artistas, no lo es menos que la Academia de San Fernando había contribuido no poco a mantener el fuego sagrado con sus modestas Exposiciones. A cada uno lo suyo.

He aquí la lista de los pintores y cuadros que hemos conceptuado, por las referencias adquiridas, más dignos de mencionarse:

Pablo Gonzalvo. *Interiores*. Era su fuerte. Llegó a ser profesor de perspectiva en la Escuela de Bellas Artes.

Nicolás Gato de Lema. *Paisajes*.

Domingo García Díaz. *Los siete infantes de Lara*.

Luis Ferrant. *Obras de misericordia*.

Fernando Ferrant. (hermano del anterior). *Paisajes*.

Antonio Esquivel. *La Virgen con el Niño Jesús y el Espíritu Santo, Magdalena penitente, Retratos*.

Carlos Esquivel. *Prisión de Guatimocin por los soldados de Hernán-Cortés.*

Tomás Díaz Valdés. *Miniaturas.*

Manuel Castellano. *Patio de las cuadras de caballos en la Plaza de Toros de Madrid.* Contiene el cuadro los retratos de Montes, Cúchares, Chielanero, Regatero y otros toreros y aficionados.

Eduardo Cano. *Cristóbal Colón en el convento de la Rábida.*

Mariano Belmonte. *Retratos.*

Juan Barroeta. *La resurrección de Lázaro.*

Ceferino Araujo. *Retratos.*

Carlos Haes. *Paisajes.* Hoy tiene este pintor sala especial en el Museo de Arte Moderno.

Pedro Kunt. *Interior de la iglesia de El Escorial.*

Paulino de la Linde. *Romería de San Isidro.*

Federico Madrazo. *Retratos.*

Luis Madrazo. *Pelayo en Covadonga.*

Francisco Mendoza. *Jesús y la Samaritana.*

Benito Soriano Murillo. *El suspiro del moro.*

Ignacio Palmerola. *La caridad romana.*

Carlos Luis Rivera. *Retratos.*

Leonardo Santiago. *Paisajes y marina.* Este pintor era Brigadier de Caballería y discípulo de Eugenio Lucas (1).

Rafael Tejeo. *Cristo crucificado.*

Rafael Torres-Pardo. *Miniaturas.*

Eusebio Valleperas. *Felipe IV pintando la cruz de Santiago en el retrato de Velázquez.*

Francisco Van-Halen. *La batalla de Lucena.* El cuadro tenía cierto carácter político, porque el Conde de Lucena, don Leopoldo O'Donnell, era a la sazón Ministro de la Guerra.

Alejo Vera. *La poesía.*

Esta vez la política no perjudicó al arte, sino que coadyu-

(1) Lucas, aunque pintó mucho, no era afecto a presentar cuadros en Exposiciones, y solamente recordamos que llevó a la de 1849 unos *Paisajes.*

varon a su progreso los dos partidos políticos que se sucedieron uno a otro en la gobernación del Estado: los *moderados* dieron el Real decreto creando las *Exposiciones de Pinturas*; los liberales llevaron a la práctica esta disposición, que tanta ventaja había de reportar a los artistas españoles.

Exposición de 1858.

No desmereció de la anterior, ni por el número ni por la calidad de las obras.

Eduardo Cano presentó *El enterramiento de Don Alvaro de Luna*.

Antonio Gisbert. *La muerte del Príncipe Don Carlos*.

Carlos María Esquivel. *Muerte de Felipe II*.

Ramón Martí y Alsina. *Ruina de Numancia*.

José Casado del Alisal. *Muerte del Conde de Saldaña*.

A estos cuadros se les señalaba defectos, pero la gente estaba deseosa de asuntos históricos, y fueron bien recibidos.

Ramón Elorriaga. *Muerte de Abel*.

Lino García. *Santa Rosalía de Palermo*.

Miguel Fluyxenck. *Muerte de San Bruno*.

Valle. *Santa Sinforosa sacada del agua por su hermano*.

Villarrasa. *Virgen de la Piedad*.

Benito Soriano Murillo, Carlos L. Rivera, Eusebio Zarza, Manuel Alonso, Manuel Ojeda, Rafael Benjumea, Pablo Pardo González, Ignacio Palmerola y Ventura Miera presentaron retratos dignos de mencionarse, aunque no de figurar en primera línea.

Como paisajistas dejaron bien puesto su pabellón Carlos Haes, Martí y Alsina, Martín Rico (1), Cosme Algarra, José Rubio de Villegas, Ceferino Araujo, Vicente Camarón, Luis Rigalt, Mariano Belmonte, Romea y Antonio Redondo (2).

(1) Hermano de Bernardo, grabador notable.

(2) Escritor y dentista.

Por esta breve reseña se ve que en la Exposición hubo cuadros *de composición* o históricos, de asuntos religiosos, *de género*, paisajes y retratos. La Academia de Bellas Artes de San Fernando debió quedar satisfecha de este concurso, que venía a ser algo como la glorificación de sus esfuerzos y de sus iniciativas de otros tiempos.

La Exposición se verificó en el patio central del Ministerio de Fomento, patio que se cubrió con una techumbre segura y bien acondicionada, combinando perfectamente las luces.

Exposición de 1864.

Esta vez hubo verdadera protección por parte del Gobierno, pues construyó un edificio, que llamábamos *barracón*, de coste económico, en el solar del derruido convento de las monjas Vallecas, situado en la calle de Alcalá, esquina a la de Peligros. La construcción se realizó con carácter provisional, pero se decoró decentemente y se tuvo en cuenta dotar a todas las salas de luz cenital.

Para servirnos de base en la crónica de esta Exposición, hemos tenido la suerte de encontrar una reseña, debida a la pluma del espontáneo y elegante escritor D. Pedro Antonio Alarcón, cuyo parecer exponremos, aunque sin hacernos solidarios de los juicios que le sugería su manera de pensar. Alarcón considera las Exposiciones de Pintura como diversión pública, cuando dice que «a contemplar estas Exposiciones acuden todas las clases de la sociedad, distinguiéndose siempre, por el interés con que mira las obras y por el acertado instinto de su grosera crítica, *el pueblo* por antonomasia, la plebe de la villa, la gente que habla a voces en calles y plazas, y constituye, por decirlo así, la vanguardia de la opinión pública». Terminada la cita, pasemos a revisar pintores y cuadros.

Casado del Alisal. *La rendición de Bailén*. Alarcón estuvo muy severo con este cuadro, pues dice que carece de unidad; que la disposición de los grupos resulta confusa; que los epi-

E. M.—*Diciembre 1913.*

sodios se mezclan y se oscurecen mutuamente; que el dibujo es desigual, correcto a veces, y a veces exagerado o raquítico; que el cuadro resulta abigarrado, falta de perspectiva aérea y, de consiguiente, con los términos mezclados y confundidos.

Domingo Valdivieso. *Descendimiento*. Al crítico le gustó el colorido; pero notó incorrecciones en el dibujo y algún amaneramiento en ciertas figuras.

Gisbert. *Desembarco de los Puritanos en la América del Norte*. «Este cuadro—decía Alarcón—es la obra magistral, concienzuda, vigorosa del gran pintor que ha adquirido ya la seguridad de sus fuerzas y el dominio del arte, y ejecuta todo lo que se propone, y no hace más ni menos de lo que constituye su inspiración. Elogiaremos, ante todo, la gran unidad de acción, de composición y de sentimiento que domina en la obra. Sin perder la variedad propia de una muchedumbre de personas extrañas, ofrece aquel grupo cierto aire de cuadro de familia, que le añade nueva ternura y santidad. Sobriedad y nobleza; carácter sin afectación; dibujo grande y correcto; realidad sin *realismo*, o sea sin grosería: he aquí las principales dotes de la composición» (1).

Germán Hernández Amores. *El sepulcro: despedida de la Santísima Virgen del cuerpo muerto de Jesús*. En este cuadro el atildamiento mató la inspiración.

Teófilo Dióscoro Puebla. *Vuelta de las Hadas al lago*. Los asuntos mitológicos no le gustaban a Alarcón, y supone, con fundado motivo, después de todo, que el cuadro no inspiraba interés a nadie. Reconocía en aquel lienzo un conjunto armónico y un colorido agradable.

Lorenzo Valles. *Conversión de San Francisco de Borja*. Dice que el cuadro está inspirado en el de Paul de la Roche, que representa a Crómwel contemplando el cadáver de Carlos I, y añade: «Como ejecución, hay en el cuadro cierto vigor y ento-

(1) Gisbert ya tenía nombre como maestro desde la Exposición de 1860, en que había presentado su famoso cuadro de *Los Comuneros*.

nación agradable, aunque, por evitar el horror de la muerte, el pintor sólo ha dejado ver, sobresaliendo del féretro, la rubia cabellera de la emperatriz; pero pintada de tal suerte, que más hace adivinar una mujer viva que un cadáver infecto.» También censura que, para precisar el hecho, hubiera colocado en segundo término algunas figuras en actitud de alejarse, y tapándose las narices para evitar el mal olor.

El cadáver de Beatriz de Cenis, expuesto en el puente de San Angelo. Este cuadro, del mismo autor, le gustó más a D. Pedro.

Víctor Manzano. *El Cardenal Cisneros contestando a los Grandes que le pedían los poderes en virtud de los cuales gobernaba la nación.* Tampoco le gustó, tachando el dibujo de débil y el colorido de desigual. En otra ocasión, hemos tenido el sentimiento de demostrar la falsedad de la anécdota que sirve de asunto al cuadro, y estamos convencidos de que no sucedió de aquella manera; pero es lo cierto que al público, por la índole especial del acto, le resultaba simpático el lienzo, y como tiene brillantes tonos de color, y la acción allí representada es genuinamente española, los visitantes, en general, se detenían a contemplar la obra de Manzano.

Eduardo Rosales. *Isabel la Católica dictando su testamento.* En la crítica de este cuadro, no estamos conformes con D. Pedro Antonio Alarcón. «Esta es una de aquellas obras—dice—en que el pintor luce y merece más que su hechura. Merced a dos buenas condiciones, que son el acierto en la composición y la perspectiva aérea, déjase ver en este cuadro una inspiración joven, rica y llena de esperanzas; pero, como dibujo y colorido de cada una de las figuras, hay no poco que censurar, notándose frecuentemente la mano del principiante. El dibujo es incorrecto, y en cuanto a la entonación, desvirtúa por todas partes, y como que la mancha, una tinta negra que destruye, sobre todo, el color de las carnes.

»El novel expositor merece mil enhorabuenas, como las que nosotros le damos, leales y sentidas, hijas de nuestro amor al arte y a la patria, no fruto de aviesas intenciones, como lo

han sido, a nuestro juicio, los primeros hiperbólicos y exageradísimos aplausos con que la gente del oficio saludó esta obra. Aquellos aplausos, lejos de provenir de una entusiasta alegría, se presentaban con el deplorable intento de perjudicar a los pintores españoles; al Sr. Gisbert, rebajando su cuadro de *Los Puritanos* hasta igualarlo o subordinarlo al del Sr. Rosales, y al Sr. Rosales haciéndole cargar con la dura e infalible responsabilidad de tan loco paralelo, y desvaneciéndole e infatu-zándole hasta un punto que, de ser poca la sensatez del bisoño artista, hubiera podido encariñarle con los errores de su primer ensayo, y frustrar completamente su seguro porvenir en el arte de la pintura.»

Alarcón se dejó llevar de su simpatía hacia Gisbert, y al ponerse a la cabeza de la conjura que se armó contra *el bisoño artista*, no meditó bastante un acto que podría inducir a motejarle de apasionado, cuando el mérito de la obra era de indiscutible superioridad. Había dicho nuestro crítico que el lienzo de Gisbert *valía por sí solo toda una Exposición*, y el Jurado, en la propuesta de medallas de 1.^a clase, colocó a los expositores por este orden: Rosales, Gisbert y Casado del Alisal, desautorizando el parecer de D. Pedro Antonio Alarcón.

Después de haber fustigado al pobre Rosales, Alarcón apenas se detiene a examinar los cuadros presentados en el concurso, como si el objeto de sus artículos críticos hubiera terminado. Cita los cuadros *de género* de Julio Worms (francés), Ruy-pérez, Zamacois, Agrassot, Serra, Hispaleta, Fierros y Ferrándiz, que le gustan poco, y en los que señala notables defectos de colorido; de los *paisajistas* no quiere mencionar a ninguno, y de *perspectiva* alaba la *Sala capitular de Valencia*, de don Pablo Gonzalvo, cerrando sus artículos con un elogio al *Gallinero*, de Federico Jiménez Fernández.

Exposición de 1867.

Se inauguró el 28 de Enero, con asistencia de Isabel II. Fue la última de su reinado.

El edificio, construído con carácter provisional por el banquero Indo, bajo la dirección del arquitecto Jareño, se hallaba situado en el paseo del Cisne, y formaba un paralelógramo de 38.000 pies cuadrados, siendo su mayor altura 11 metros. Tenía 12 salas, y en ellas se instalaron 454 cuadros.

Vicente Palmaroli. *La capilla Sixtina*, en el momento de hallarse en ella el Pontífice con toda su corte de cardenales y prelados escuchando el sermón que les dirige un religioso. Entonación, colorido, perspectiva, ambiente, efectos de luz; todas estas cualidades se encuentran reunidas en este lienzo, decía nuestro amigo y maestro D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. «Y téngase en cuenta que el asunto, para un pintor de menos talento que el Sr. Palmaroli, ofrecía gravísimos inconvenientes. Un interior, y un interior cuyas paredes cubre la gran creación de Miguel Angel, ya era, por sí solo, asunto de difícil desempeño; pero cuando este interior hay que probarlo con figuras vestidas casi todas uniformemente de rojo, y cuando estas figuras tienen que destacarse sobre una alfombra verde, y en fondos de tapices, las dificultades debieran parecer insuperables si no se hubiese encargado el Sr. Palmaroli de demostrarnos con su cuadro que para un verdadero artista, que hermana la inspiración con el estudio, no existen imposibles en el mundo del arte.» La obra de Palmaroli produjo un gran efecto en el público. No así un retrato de la Infanta Isabel: se censuró de falso el colorido.

José Garnelo. *Muerte de Lucano*. Descontento de su obra el autor, la reprodujo en otra forma y estilo, presentándola en la Exposición de 1887.

Enrique Mélida. *Santa Casilda*.

Salvador Martínez Cubells. *Los Carvajales*. Color brillante como el que habíamos visto en Casado del Alisal. El cuadro es bien conocido.

Ricardo Balaca. *Toma de una galera de turcos*. No se pudo sustraer a la influencia de la antigua escuela, y descubre algo

del amaneramiento de su padre, que fue un buen pintor de retratos, a la manera de Tejeo y los Madrazo.

Eduardo Cano. *Los Reyes Católicos recibiendo a los cautivos cristianos en la conquista de Málaga.*

Joaquín Agrassot. *Josué.*

José Marcelo Contreras. *La madrugada del 3 de Mayo de 1808.* Se halla colocado este cuadro en un salón de la Casa Ayuntamiento.

Alejandro Ferrant. *Toma de una galeota de moros en 1574.*

Manuel García (*Hispaleta*). *Aparición de Santa Inés a su padre.* Conserva mucho del estilo tantas veces censurado en los artistas de esta época.

José Casado del Alisal. *Los dos caudillos, Gonzalo de Córdoba y el Duque de Nemours.* Respecto de los cuadros de Historia, decía Pí y Margall: «Fijan (los pintores) toda su atención en el estudio de los paños, y aquél se tiene por mejor artista que sabe deslumbrar más, con los reflejos del oro, la brillantez del raso, el claroscuro del terciopelo y la transparencia del tul y del encaje. La hermosura y contraste de líneas, la exactitud de los trajes, la nobleza y gallardía de las figuras, el acierto de agruparlas, cierta unidad afectada en la composición, son las principales dotes de los cuadros históricos.» Estos defectos que, con fina crítica, pone Pí y Margall a los cuadros de Historia, son condiciones esenciales del género, y, a nuestro juicio, no puede ni debe prescindir de ellas el pintor.

Francisco de Paula Van-Halen. *La noche de Zempoala: expedición de Hernán-Cortés contra Pánfilo de Narváez.*

Lorenzo Vallés. *Demencia de D.^a Juana de Castilla.* Iba el pintor por buen camino; mas no pudo llegar con ese asunto a la altura de otro genio superior que vino después. Ambos cuadros están en el *Museo de Arte Moderno.*

Antonio Gisbert. *Entrevista de Francisco I y su prometida esposa D.^a Leonor de Austria.* Fue un alarde de color.

Dióscoro Teófilo Puebla. *El compromiso de Caspe, Marga-*

rita y Mefistófeles en la Catedral, La devoción a la Virgen. Todos con resabios del antiguo estilo.

Antonio Pérez Rubio. *Escenas del Quijote.*

José Nin y Tudó. *Muerte de Abel.* Cuadro grande y con atrevimientos. El pintor, amigo nuestro, artista de gran ilustración, salió a la liza con mucho brío; pero los pinceles no respondieron a su buen deseo.

Benito Mercadé. *Traslación de San Francisco de Asís.* Cuadro pintado con sensatez y corrección. Hablando de este linaje de pintura, decía Pí y Margall: «Un misticismo exagerado y mal entendido, hijo, no de la fe, sino de la imitación; no del sentimiento, sino de un estudio más o menos detallado sobre los tipos que nos ha legado el Cristianismo en su mayor grandeza; cierta gravedad afectada en las formas, cierto amaneramiento inevitable, constituyen el carácter de los cuadros religiosos. Los pintores son imitadores casi siempre, y cuando no, más rimadores que poetas, más artífices que artistas.» Aquí puede que tuviera razón D. Francisco, por lo que respecta al siglo XIX.

Pablo Gonzalvo. *Interiores.*

Marcelino Unceta. *Carlos V en Yuste.*

Alejo Vera. *Coro de monjas. Santa Cecilia y San Valeriano.*

Domingo Valdivieso. *La primera comunión.*

Luis Alvarez. *El Cardenal Penitenciario aplicando indulgencias el Domingo de Ramos en la iglesia de San Juan de Letrán. Doña Isabel la Católica en la Cartuja de Miraflores.*

Joaquín María Hesser. *El agua bendita en las Comendadoras de Santiago. El chocolate en un convento.*

Martín Rico. *La salida de misa.*

Ricardo Navarrete. *Los capuchinos en el coro.*

Francisco Bushell. *La procesión en el Coliseo de Roma.*

Nicolás Ruiz Valdivias. *Procesión en un pueblo de Aragón.*

Francisco Díaz Carreño, *Paolo e Francesca.*

Bernardo Ferrándiz. *El tribunal de las aguas en Valencia.*
El charlatán político. De este género se hacía poco, y la ver-

dad es que tenía partidarios. Ildefonso Antonio Bermejo publicó en la *Revista Española de Ambos Mundos*, unos artículos sobre Bellas Artes, de los que entresacamos este párrafo pertinente al asunto:

«El pintor, para hacerse enteramente extraño a su siglo, no solamente recurre a lo pasado, sino que se envanece y se gloria representando en sus lienzos, y en el siglo XIX, la risueña perspectiva del paganismo. ¿No se supone la sensibilidad en el corazón de los artistas? Entonces, ¿por qué no lloran con el pueblo? Pintar la belleza no es ciertamente la única condición del artista. El verdadero artista, además de lo bello, debe pintar su época, la vida del mundo que habita; no es artista el que se contenta con reproducir o imitar la Naturaleza. El que contempla su pasado primero que su presente, se manifiesta ingrato con la época que formó su corazón. El arte contemporáneo no tiene más que belleza exterior: atiende más a la forma que al pensamiento. Habla más a los ojos que al corazón; se ejecuta, pero no se inventa.» No estamos enteramente conformes con todas las afirmaciones de Bermejo, pero en el fondo le concedemos mucha razón.

Serafín Rincón. *Reparto de sopa en un convento de capuchinos.*

Ignacio León y Escosura. *Narración de las campañas.*

Francisco Domingo. *Un lance del siglo XVII.* Aquí se reveló como un gran colorista. El cuadro nos entusiasmó a los muchachos.

Federico Jiménez. *Gallinas espantadas por un perro. Nido de palomas.* En este género no había quien le igualase.

Eduardo Zamacois. *La primera espada.* Fue discípulo de Meissonnier. Recordamos un cuadro suyo titulado *Los limosneros*, que era un prodigio de paciencia por la minuciosidad de detalles.

Como puede apreciarse por la breve reseña que de las Exposiciones de Pinturas hemos hecho, éstas sufrieron una transformación completa desde aquellas instalaciones de tres o cua-

tro docenas de cuadros que la Academia cobijaba en sus salones, hasta la construcción de edificios especiales, más o menos sólidos y elegantes, donde se exponían cuatrocientos cuadros; desde aquellos lienzos de estilo amanerado de Tejeo, Esquivel y los Madrazo, hasta tan grandiosas concepciones de Rosales, de Gisbert y otros muchos. Puede decirse que la pintura española, agonizante al comienzo de nuestros apuntes históricos, renació de sus cenizas, volviendo a ser con *Los Puritanos* y *El Testamento de Isabel la Católica*, honrosa continuación del siglo xvii.

Y, sin otra nueva serie, quedan definitivamente terminadas las *Crónicas del tiempo de Isabel II*, para no repetir el caso del prestidigitador Mr. Hermann, que en el teatro de la Zarzuela, el año 1860, dió cinco veces la *última* función de despedida.

CARLOS CAMBRONERO

CONSIDERACIONES GENERALES

ACERCA DE LA HISTORIA DEL VINO

SUMARIO: La historia del vino es interesante por múltiples motivos.—Esta bebida ha producido beneficios y ocasionado grandes males.—La vid se cultivó primero en Oriente.—La idea de beber zumo de uvas es antiquísima.—La fermentación vinosa es de las primeras que se conocen.—Osiris enseña a fabricar vino.—Nombres del vino en varios idiomas.—*Vegetal que da la vida.*—Lo que dice Virgilio en las *Geórgicas*.—Palabras de Cicerón y de Horacio.—Describe Homero la vendimia.—El vino en los hebreos.—Banquetes de Cleopatra.—El patriarca Noé.—Palabras de la Escritura referentes al vino.—El culto a Baco.—El arte y la tradición mitológica.—Cuadros de Velázquez y el Ticiano.—Estatua de Miguel Angel.—Ideas de Aristóteles, Plinio y Galeno, referentes al vino.—Longevidad de la vid.—Vinos que se fabricaban en Grecia.—Antigüedad de los vinos de Toro.—La vendimia, referida por Castelar.—El vino y los poetas.—Principales vinos de Europa y, sobre todo, de España.—Frase de Cervantes relativa a Ciudad-Real.—El vino como medicamento.—La Escuela de Salerno.—El vino desde el punto de vista científico.—El vino y la química.—Brevedad e importancia de la historia de este cuerpo.

El vino, que es el líquido resultante de la fermentación del zumo de la uva madura, o sea del mosto, tiene una importancia científica y social tan marcada, que resulta innecesario todo esfuerzo para evidenciarlo, por lo cual, el conocimiento de su historia tiene no pocos motivos de interés, no ya sólo como erudición o curiosidad, sino para seguir los derroteros de las costumbres humanas, al propio tiempo que dirigir la mirada a

una de las fuentes de riqueza agrícola, en que el suelo español tiene una antigua y honrosa representación.

Nada más justificado que la curiosidad de conocer las noticias referentes a la historia del vino; bebida identificada con la humanidad, que, al propio tiempo que ha producido beneficios indudables, ha motivado crímenes sin cuento y ocasionado no pocas desdichas, por lo mismo que su abuso es tan frecuente. Pero tiene un interés extraordinario, y excita el deseo de saber algunos de los datos de que se tiene noticia, en que ha intervenido de una manera más o menos directa.

Imposible fijar, ni aun de un modo aproximado, los orígenes de esta bebida. Lo que sí parece indudable es que la *vid* se cultivó primero en Oriente, y que la vinificación se ha practicado en todos los países que poseen vides. Los nombres mitológicos de Saturno y Baco, así como el que la Historia Sagrada asigna a Noé, son los primeros que se mencionan siempre que de este asunto se trata, el cual es verdaderamente oscuro.

Se cita el vino en los libros judíos, y el pueblo hebreo cultivó la *vid* con éxito. Prosperaba este arbusto en Palestina, y refiere Strabón que había algunos racimos de uva de tamaño extraordinario.

No puede, pues, fijarse la época en que comenzó la fabricación del vino, ni la ha señalado ningún historiador. Hay que referirla a esos períodos nebulosos y oscuros de la Historia, donde se interpone la verdad con la fábula y la fantasía. Ateneo, célebre gramático griego, que vivió en tiempo de Marco Aurelio, dice que Orestes fué a reinar a Ethna, donde plantó la *vid* y fabricó vino. El mismo Ateneo le concede un origen divino. Algunos refieren que los dioses de la fábula se embriagaban con el néctar y la ambrosía.

La idea de exprimir las uvas, para obtener su zumo, conservarlo en vasijas y destinarlo después a la bebida, es antiquísima, y surgió espontáneamente de los deseos humanos. Con sólo apreciar el grato sabor de este fruto, bastaba para que se suscitase ese deseo. Por eso, el arte de la vinificación estuvo

muy en uso entre los egipcios, y se verificaba principalmente en las regiones del Asia en que prosperaba la viña. Llega su conocimiento a la época mitológica. Según la tradición egipcia, Osiris enseñó a los hombres a cultivar la viña y a fabricar vino. La fermentación del mosto, para convertirse en vino, es una de las primeramente conocidas. Se sabía, desde época inmemorial, que el mosto pierde después de algún tiempo su sabor azucarado y adquiere propiedades embriagadoras, aun cuando al principio no se explicase científicamente ese cambio.

*
* *

Derivada la palabra vino del latín *vinum* y del griego *oinos*, habiendo algunos creído encontrar en el sánscrito *vena*, que significa agradable, el origen de esta voz tiene significación parecida en diversos idiomas, como *Vin*, en francés; *Wein*, en alemán; *Wine*, en inglés; *Vinho*, en portugués, etc.

La etimología de la palabra *vid* es de *vita*, vida (vegetal que da la vida), aunque otros la suponen derivada del verbo *vieo*, atar, refiriéndose a los sarmientos de la especie cultivada.

Virgilio, en las *Geórgicas*, habla ya de los diferentes vinos de Grecia y de Italia. Dice que las deliciosas uvas de Rodas proporcionaban un vino que podía servir para las libaciones de los dioses. Refiere también que el vino de Falerno tiene el color del ámbar.

Parece ser que cuando a Cicerón le dieron a probar un vino que tenía un siglo, exclamó: *Lleva muy bien sus años*.

Horacio es asimismo encomiador del vino y, sobre todo, del de Falerno.

El de Sorrento tenía fama de exquisito, de tiempo inmemorial.

Entre los hebreos, era la vendimia ocasión de grandes y prolongados festejos, y la pluma de Homero describió esta faena agrícola con la maestría propia de su gran talento.

Asia fue quien proporcionó la *vid* a Europa, y los fenicios

introdujeron su cultivo en las islas del Archipiélago, Grecia y Sicilia, para continuar extendiéndose por toda Italia, España y las Galias, experimentando grandes vicisitudes, y teniendo que vencer no pocas contrariedades, hasta lograr por completo el triunfo de su aceptación.

Diodoro de Sicilia asegura que Osiris descubrió la viña en el territorio de Niza.

La Historia refiere que el traje con que Adán y Eva cubrieron su desnudez después del pecado fue la hoja de parra, lo cual prueba que ya en el Paraíso existían estos arbustos.

Para algunos, la viña significa *árbol de la vida*, según ya se ha dicho.

En los libros del pueblo hebreo se cita frecuentemente el vino. Entre los judíos lo aromatizaban con mirra e incienso.

Se sabe también que las orillas del lago Marreotis, en Egipto, producían un vino blanco muy estimado. El zumo de las uvas de Rodas se prefería para hacer libaciones en honor de los dioses.

Los caldos de Argos y Argitia eran muy apreciados por los romanos; el de Cos, que excitaba el apetito; el de Creta, que olía a flores; el de Halicarnaso, el de Mindus en el Cairo, el de Prammcio, consagrado a Ceres; el de Sidiceno, o maconia, del que Cirene ofreció una copa a su hijo Aristeo para que brindase por el Océano.

Debe también citarse el de Siracusa, llamado de este modo por un rey originario de la Argólida, que trajo las cepas de Italia.

Cleopatra, en los fastuosos banquetes que daba a Marco Antonio, bebía a su salud un vino dulce y embriagador.

Refiere la tradición que cuando el patriarca Noé salió con su familia del arca, se fijó en la necesidad de cultivar las plantas más útiles, como la vid y el trigo. Que saboreó también la dulzura y suavidad de los frutos deliciosos de la primera, así como el líquido producido por su expresión, apreciando personalmente sus propiedades embriagadoras.

La Iglesia ha elegido el *pan* y el *vino*, que representan los alimentos de más uso, para representar en ellos la divinidad, instituyendo la Eucaristía.

Judea fue, en sus mejores tiempos, uno de los países donde creció la vid con más vigor y lozanía, y sus viñas fueron la admiración del mundo. La vida patriarcal del pueblo de Israel se admira en los deliciosos cánticos y regocijos con que celebraba la vendimia. La viña del Pacífico, que refiere Salomón situada en las proximidades de Jerusalem, fue nombradísima por la abundancia de su producción.

Como numen de la vid y protector del vino, tributó culto a Baco la voluptuosa Grecia, y lo representan coronado de pámpanos, con el tirso en la mano, tejido de vid y hiedra.

El uso del vino, como bebida, es igualmente de una antigüedad desconocida. Ya la Escritura dice que alegra el corazón del hombre (*vinum lætificat cor hominum*). Los antiguos se coronaban de flores en los festines para vaciar las copas de sus más famosos vinos.

En la vejez le creían más necesario para dar vigor a los sentidos, ya agotados por los años, y se citan algunos personajes cuya gran longevidad se debía al uso del vino.

*
* *

La mitología concede a Baco la primacía en cultivar la vid. Al volver éste de la conquista de la India, obsequió a la bella Aletis, que se rindió a sus amorosas pretensiones, con un precioso racimo de uvas, en las que se transformó el referido dios, y la Grecia le tributó culto, según ya se ha dicho.

El célebre cuadro de Velázquez, titulado *Los Borrachos*, figura una escena mitológica, muy propia para ser recordada en la historia del vino. *El triunfo de Baco*, cuadro del Ticiano, representa el momento en que Baco, conducido en triunfo, advierte la presencia de Ariadna, y entonces se precipita del carro y huye la hermosa joven de aquella persecución.

La estatua en mármol que hay en el Museo de Nápoles, titulada *Baco y el Fauno*, es también preciosa. Se ve a Baco representado por un niño, apoyado sobre los hombros del Fauno, y este niño está coronado de pámpanos.

Oprime con sus manos un racimo de uvas, y sonrío a un compañero suyo que está sonando unas campanas.

Este grupo es admirable por la elegancia de las formas y la gracia de la expresión. En el Museo del Louvre hay otro parecido, descubierto en el siglo XVI, en los jardines del Quirinal.

La estatua en mármol, original de Miguel Angel, titulada *Baco beodo*, existente en Florencia, es una de las obras más bellas de este inmortal artista. Coronado el dios de las orgías de hiedra y pámpanos, exprime unas uvas en una copa, en la que quiere beber un satirillo envuelto en una piel de cabra. La actitud de las figuras representa admirablemente la embriaguez, formando una obra maestra, de capital importancia.

Aristóteles dice que los vinos de la Arcadia se secaban en las vasijas, que había necesidad de llenar de agua para beberlos, y Plinio habla de vinos de más de cien años, que se espesaron como si fueran miel. Galeno, hablando de los vinos de Asia, refiere que, colocados en grandes frascos en la chimenea, adquirirían una dureza que parecía sal, a cuya operación daban el nombre de *Fumarium*.

Los antiguos decían que no debía beberse el vino de menos de siete años, y el Falerno, antes de los diez ni después de los veinte. Plinio cuenta que se sirvió un vino en la mesa de Calígula que tenía ciento sesenta años.

La vid es una de las plantas que más viven. Plinio cita viñedos de seiscientos años. Sus variedades son en grandísimo número, por lo cual dijo ya Virgilio que primero se cuentan los granos de arena de los desiertos de la Libia que las variedades de la vid.

Han llegado a reunirse en los criaderos del Luxemburgo mil doscientas especies, y la uva, por su grato aroma, su dulce

sabor, los preciosos y diferentes matices que la coloran, sus condiciones alimenticias, etc., hacen de ella el fruto más sabroso, apetecido e importante que se conoce.

En Grecia se fabricaban cuatro especies de vino, y en Roma la mayor parte de los vinos más caros y estimados eran espesos y con la consistencia de jarabe. Para beberlos, era preciso diluirlos en agua. Tenían verdadera obsesión por los vinos viejos, y les añadían miel y diversos perfumes, almendras amargas, higos secos y otras sustancias. Catón asegura que mezclaban los vinos con vinagre y agua de mar.

Platón prohibió a los adolescentes el uso del vino, hasta que hubieren cumplido los diez y ocho años. En Esparta, el vino y la borrachera inspiraban horror.

Don Pedro IV de Aragón llamaba *viat piment* a vinos especiales, compuestos con mieles y varios perfumes de Oriente.

Los vinos de Toro y pardillo eran ya conocidos y famosos en el siglo xv, y hay un curioso privilegio de Alfonso V de Aragón, que otorgó a su bufón predilecto, autorizándole para que bebiera sin tasa de todos los mostos almacenados en las regias bodegas. En el privilegio cita ocho clases, entre ellas los de Yepes, Ocaña, San Martín de Valdeiglesias, Toro, Cariñena y Clareya.

En el siglo xvii, Quiñones de Benavente cita, en el entremés *La puente segoviana*, un vino de Andalucía estimadísimo.

La vendimia ha sido cantada por los poetas y enaltecida por el arte multitud de veces. El gran orador Castelar, en su celebrado libro *Recuerdos de Italia*, en el artículo titulado «Mantua y Virgilio», dice a este propósito lo siguiente: «Lo que más trajo a mi memoria la Edad Antigua, fue singular espectáculo, que hirió mi atención y cautivó mi ánimo. Transcurría el tiempo de la vendimia. En carreta, verdadero lagar ambulante, formado de apretadas tablas, amontanábanse las recién cortadas uvas. Dos o tres mancebos, arremangadas las mangas de la camisa y los pantalones, pisaban los racimos como al compás de un baile, produciendo rojo río de mosto, que caía de la ca-

rreta en preparada cuba. Al pie, sentada sobre un barril, hermosa joven de tez morena y ojos negros cantaba canción melodiosa, para acompañar la danza de los pisadores. Varios niños, con las manos cargadas de mostosos racimos y las sienes ceñidas de improvisadas guirnaldas, danzaban también entre las ruedas, y los tardos bueyes lucían, a guisa de plumeros, en el testuz, manojos de sarmientos, cuyos pámpanos, verdes unos, y carmesíes otros, formaban el más bello contraste en aquel viviente bucólico cuadro, que no hubiera menospreciado Virgilio.»

Esta primera operación para fabricar vino ha merecido, no ya sólo que la ciencia del agricultor la estudie, sino que el arte la embellezca con sus filigranas, como preludio para llegar a producir ese líquido, del cual refirió el inspirado poeta Meléndez Valdés:

«El vino, que sabe
la pena más grave
en gozo tornar»,

o bien los conocidos versos de un popular poeta, que dicen:

«Con dos tragos del que suelo
llamar yo néctar divino,
y a quien otros llaman vino,
porque nos vino del cielo.»

Y otros muchos encomiadores de este líquido, que tiene también, con sobrada razón, bastantes impugnadores; pues, aunque produce beneficios, es a veces, como ya hemos dicho, causa de grandes males, por los abusos que de él se hacen.

*
* *

Europa es, sin duda, la región que produce la cantidad mayor del vino que se conoce en el mundo.

Francia tiene los célebres de Champagne, Borgoña, Bur-

E. M.—*Diciembre 1913.*

deos, Château-Margaux, Château-Lafitte, Château-Latour y otros varios.

Portugal tiene los de Oporto y Madera.

Italia, el *Lácrima-Christi*, Falerno, Orvieto y otros.

Alemania, los vinos del Rhin, de la Mosela y Tokay.

Suíza, los vinos rojos de Boudry y el de Chiavenna.

Refiriéndonos en este asunto principalmente a nuestra nación, puede asegurarse que España es uno de los países en que la riqueza vinícola figura como uno de los más valiosos elementos de prosperidad.

Así, por ejemplo, en Andalucía hay los vinos de Málaga, Pedro Jiménez, Sanlúcar, el de Jerez (superior a todos los del mundo) y Pajarete. Son de gran fama el Montilla, Lucena, Cabra y Aguilar, en la provincia de Córdoba.

Zamora, Salamanca y Valladolid ofrecen también motivo al elogio en tal concepto, pudiéndose citar el de Toro, que fue el vino predilecto de los Reyes de España, hasta que se trasladó la Corte a Madrid, y los de Nava del Rey, Arenas y otros. El tinto de Rioja es exquisito.

En Extremadura están los de Zafra, Trujillo y Medellín.

En Zaragoza hay el de Cariñena.

Cataluña tiene los del Priorato, Villanueva y Geltrú y Reus, celebrados ya en el siglo xvi.

La Mancha produce el predilecto Valdepeñas, tan justamente estimado de todos, que puede sostener dignamente la competencia con el famoso de Burdeos. Por eso llamó el gran Cervantes a Ciudad Real la antecámara del dios de la risa. Fue muy celebrado y preferido de los reyes de la dinastía austriaca. Si esa comarca estuviera cercana a las costas, créese que hubiera logrado anular el vino de Borgoña.

Puede evaluarse la producción total vinícola en España en 20 millones de hectolitros, representando una quinta parte próximamente de los vinos de Europa.

El vino se ha usado como medicamento desde época algún tanto lejana. Como tónico en las convalecencias, febrífugo en

determinados casos, preservativo de algunas enfermedades por el sudor que produce; en varias dispepsias y para preservarse del contagio de las epidemias en algunas ocasiones, así como también se emplea al exterior. Son muchos los vinos medicinales. Por tal motivo, forma parte de varios preparados farmacéuticos de mucha utilidad en la curación de gran número de enfermedades, siendo ya numeroso el catálogo de los referidos preparados. Desde el siglo xvi se ha empleado en tal concepto, y de día en día se han ido ensanchando los horizontes de esta aplicación, pues la humanidad creyó, con fundamento desde luego, que un líquido de esta importancia había de ser útil, no sólo para bebida habitual, sino como remedio aplicable a muchas dolencias.

El eminente químico Berthelot descubrió en el Museo Borrelly, de Marsella, un vaso de vidrio extraído de un antiguo cementerio romano de Arlés. Este vaso se había cerrado herméticamente. Abierto, se vió que contenía un líquido coloreado, cuyo análisis reveló ser vino, en buen estado de conservación. Créese que fue una ofrenda colocada en una sepultura.

*
* *

La Escuela de Salerno consignaba las condiciones que debía tener un buen vino, y eran las siguientes: transparencia perfecta, color puro, olor suave, sabor franco y agradable, miscible en todas proporciones con el agua, sin perder sus propiedades distintivas. Estos caracteres son también los aceptados (en unión de otros) por la ciencia moderna.

Sólo se trata en este artículo de lo concerniente a la parte histórica; por lo cual no se expone lo mucho que corresponde a la química, la higiene, la medicina, la agricultura y otras ciencias que intervienen en este estudio. La composición del vino es muy complicada. Su fabricación comprende diversas operaciones, desde la recolección de la uva o vendimia, despa-

lillado, presión, fermentación tumultuosa, trasiego, fermentación lenta, segundo trasiego y clarificación. Pero nada de esto es objeto de las presentes líneas.

Es tanto lo que la ciencia ha penetrado en este estudio, que constituye numerosa e inacabable biblioteca, en la que tienen representación lo mismo químicos eminentes que fisiólogos, higienistas, agricultores y médicos muy distinguidos; no dejando de haber cooperado algún tanto los que se dedican a estudios sociológicos y jurídicos, por lo que atañe a los efectos de esta bebida y conocer el papel que al legislador corresponde en el particular; así como también al hacendista, por lo referente a la tributación de tan interesante artículo, y al hombre de Estado, por lo que se refiere a los tratados comerciales.

También han sido objeto del estudio de los hombres de ciencia las enfermedades que aquejan a la vid, los insectos que la atacan, la influencia que ejerce en ella el clima y sus variaciones, así como igualmente los procedimientos que el progreso científico ha consignado para facilitar de un modo extraordinario la obtención del vino, que se practica hoy con mayor prontitud, esmero, limpieza y ventajas de toda índole, a lo que se verificaba en otras épocas, cuyo estudio tampoco es objeto del presente artículo.

Tampoco es propio de este lugar la exposición, aunque sólo fuera en forma de abreviado índice, de lo mucho que la química analítica conoce respecto al análisis de los vinos y de sus múltiples adulteraciones, donde el reactivo y el microscopio realizan verdaderos prodigios en la resolución de problemas que tienen por objeto investigar la existencia de cuerpos extraños en el vino, pues desviaría la índole histórica de este artículo; del mismo modo que señalar las sustancias a que se debe el aroma o *bouquet*, que tanto significa en su estimación, y que el químico ha designado con denominaciones técnicas especiales (éteres enántico, pelargónico, acético, butírico, etc.).

Vemos, pues, que la historia referente al vino es breve, pero llena de interés, doquiera que se mire. Comienza en épo-

cas remotas y casi desconocidas, y sigue en todos los tiempos y países, hallando siempre en su estudio algún motivo digno de fijar detenidamente la atención; por lo cual está justificado que se dirija una ojeada retrospectiva a un asunto que forma parte integrante e inseparable de la historia humana.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,

Catedrático en la Universidad Central.

PADRE E HIJO

ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

(CONTINUACIÓN)

Los miembros de la congregación, aunque dóciles, tímidos e incapaces, individualmente, de ser mucho tiempo de otro parecer que el de su ministro, manifestaban esta vez a espaldas de él asomos de oposición. Nunca se les había ocurrido a ellos ni siquiera seguir la idea de que se supiera admitir a uno de sus hijos en el número de los miembros de la congregación, y ellos mismos, aunque ya no fuesen jóvenes, tuvieron que pasar por un severo examen contradictorio. Que un impertinente chiquillo de diez años pudiera ser recibido entre ellos, con las prerrogativas de un adulto y todos los privilegios de la orden que tan difícilmente habían adquirido, debía de parecerles a muchos, por lo que supongo, una píldora amarga y difícil de tragar. María Gracia Bermington traía, de sus visitas a los campesinos, los ecos del descontento que se afirmaba aquí y allí y de las murmuraciones. Pero también eran muchos, o por mejor decir muchas—porque las mujeres estaban en mayoría,—quienes apoyaban con entusiasmo el proyecto de mi padre, y quienes, glorificándose abiertamente de las manifestaciones de mi precoz piedad, afirmaban ver en ella como una milagrosa promesa. Al hablar de mí, decíase corriente-

mente: «El segundo Samuelito.» Habíame convertido en un motivo de discordia. Amenazaba estallar en mi honor una guerra entre los dos sexos, y por mi causa disputaban ahora los campesinos mientras que almorzaban. Yo tenía mi puesto en los rezos públicos. No se me nombraba, pero era fácil verme en las alusiones que acostumbraban a hacerse en nuestros ejercicios espirituales, y yo era «el que todavía es de una edad tan tierna», o también «el retoño que se alza en la viña del Señor».

Mi padre, que deseaba poner término a todo, decidió llevar el asunto a tambor batiente. Acostumbraba a hacerlo así bastante a menudo. Un domingo otoñal del año 1859, al terminar el culto de la mañana, pidió a los santos que se sirviesen prestar atención a un asunto personal, que tal vez conocían ya por el rumor público. Tratábase, continuó, de admitir a su querido pequeñuelo a romper el pan en la comunión de los santos. Reconocía que yo no era lo que se ha convenido en llamar un adulto, cosa que era fácil de reconocer para los que me contemplaban sonriendo tímidamente a la asamblea, sentado y sin apenas llegarme los pies al suelo. Tenía que admitir que yo no era un hombre hecho. Pero, en cuanto al conocimiento del Señor, era verdaderamente adulto; tenía una visión tan penetrante del plan de la salvación, que más de una cabeza venerable hubiera pedido envidiar la amplitud de mi visión, su claridad, su conformidad con lo que revelaba la doctrina de las Escrituras. Este golpe asestado a los que más de una vez habían tropezado en su ascensión hacia la verdad, fue comprendido de todos, y más de una cabeza venerable permaneció inclinada hacia el suelo.

En seguida mi padre pasó a la exposición de su manera de ver, la que antes ha intentado definir. En mi caso particular, confesaba la ausencia de todo acto, de toda manifestación repentina, de una conversión aportada por la convicción de mi estado de pecado. Pero creía que yo me había convertido desde mi primera infancia, y alegó sus razones, añadiendo que, si era así, no era posible negarme por más tiempo los privilegios de

la comunión. Terminó declarando que en este asunto no quería usar de la autoridad que le conferían sus funciones de jefe de la Congregación, y que, renunciando por esta vez al privilegio de su ministerio, rogaba a los hermanos Fawkes y Bere, dos antiguos que gozaban de grande influencia, que se sirvieran examinar al candidato. Esto era un golpe maestro, porque, como había motivos para sospechar que los hermanos Fawkes y Bere excitasen el descontento general, era echar sobre sus hombros el peso de una abrumadora responsabilidad. Con esto terminó la reunión. Todos se separaron amablemente, mi padre y yo volvimos satisfechísimos a casa. En mi orgullo pasé un momento de los límites permitidos al presentar a mi padre la siguiente indiscreta cuestión: «Cuando me hayan admitido a la comunión, ¿me será permitido, papá, llamarte a ti también, amado hermano?» Mi padre estaba harto contento de haber puesto el asunto en tan buen camino para que me riñese por mi impertinencia. Sonrió y contestó: «He ahí una cosa, hijo mío, que aunque racional, rigurosamente hablando, costaría, me temo, trabajo el que pareciera razonable.»

Alguien insinuó que el día de mi décimo cumpleaños, ya muy próximo, sería muy oportuno para la prueba que me esperaba. En consecuencia, aquel día, en cuanto la noche hubo permitido que se encendiese nuestra nueva lámpara, que se quería inaugurar en honor del gran acontecimiento, me retiré solo a la sala, en mi opinión de suprema elegancia, porque al fin acababa de ser amueblada. Allí el hermano Fawkes, luego el hermano Bere, por último los dos juntos, conversaron conmigo. Por poco que sufráis la manía de la exactitud, deduciréis en seguida que padecí tres interrogatorios seguidos.

Yo no estaba nada intimidado, pero la tensión de mis nervios era tan fuerte, mi excitación tan grande, que todo mi organismo estaba como en vibración. El primero de mis examinadores manifestó una extrema confusión. Fawkes, un contrastista de obras, era bajo y gordo. Observé que su cara, de un color rojizo más oscuro y uniforme que de ordinario, estaba

sudando a consecuencia de la emoción nerviosa. De vez en cuando se enjugaba con un amplio pañuelo. Ahora bien; empleaba tanto tiempo en llegar a la cuestión, que me vi obligado a llevarle yo mismo adonde quería ir, y sentado muy derecho en el sofá, dándome de lleno la luz de la lámpara, confesé mi fe en el sacrificio expiatorio con una facilidad de elocución que me sorprendió a mí mismo. No había terminado, cuando Fawkes, hombre ya de cierta edad, y al que se decía duro con sus obreros, lloraba como un niño.

Larguirucho, delgado y seco, con la mirada curiosamente inmóvil, Bere, el carpintero, no se dejó fascinar tan fácilmente. Me interrogó con rudeza. Su piedad no le impedía tener algo del temperamento de un juez de instrucción. Pero, aunque levantase la cabeza más que Fawkes, no le impresionó menos que a su colega, todo lo que a mi alrededor, venía a dar más esplendor a la solemnidad del acto. Ninguno de los dos había entrado nunca en la sala desde que estaba amueblada, y me figuro que ambos admiraban la elegancia del papel que revestía las paredes. Hasta creo que se la indiqué yo. Cuando terminaron los dos primeros interrogatorios, los antiguos volvieron a mí, pero juntos esta vez, como ya he dicho; luego oraron largo rato. Arrodillado ante el sofá, con mis examinadores a los lados, ocurrió que una profunda depresión sucedió a mi exaltación violenta. Llegó mi turno de derramar lágrimas. Recuerdo confusamente que mi padre entró entonces en la habitación, luego que la silenciosa y buena Miss Marks me llevó y me acostó en un estado de fatiga y de debilidad completas.

En la mañana del domingo siguiente, la asamblea, que fue excepcionalmente numerosa, apenas habló sino de mí. Mi padre, que parecía más pálido y, sin embargo, más sombrío todavía que de ordinario, rogó al hermano Fawkes y al hermano Bere que se sirvieran dar cuenta a los Santos reunidos de la visita hecha a «uno» que había expresado el deseo de ser admitido a romper el pan. Me conmovió mucho la publicidad im-

personal de que era objeto, sin experimentar, de otra parte, la menor inquietud sobre la conclusión.

Lo que siguió después demostró que no había, en efecto, nada que temer. Acusábase algunas veces a Fawkes y a Bere de abrigar cierto antagonismo que estalló, en efecto, años después, y que fue para mi padre fuente de grandes preocupaciones y causa de una real pena. En aquellas circunstancias, su unanimidad fue maravillosa. Rivalizaron en el tributo de elogios que prodigaban a mi piedad. Mis respuestas habían sido tan claras; mi humildad—notadlo, os lo ruego—había sido tan suave; mi conocimiento de las Escrituras tan estupendo; el testimonio dado a los grandes principios de la salvación tan lúcido y tan explícito, que no podían decir otra cosa sino que habían quedado confundidos. Hasta se habían visto profundamente alentados y como arrastrados, un poco más adelante, por el sendero de su peregrinación hacia el cielo, al escuchar tales acentos en los labios de un niño, más todavía, de una criaturita. No me agradó mucho esto; pero no hay lecho de rosas sin un pétalo arrugado, y, en todo lo demás, el informe de los antiguos era un triunfo para mí. Mi padre lo coronó todo levantándose para dar cuenta a la asamblea del deseo que yo había expresado, con toda independencia, de confesar al Señor al recibir el bautismo públicamente. Inmediatamente después de esta ceremonia, añadió, sería yo admitido a comulgar «en calidad de adulto». La emoción llegó entonces a un grado tan alto, que, cuando emprendimos el camino de casa, una gran parte de la congregación quiso acompañarnos hasta la puerta de nuestro jardín, con mucho asombro del pueblo.

Mi bautismo en público fue el acontecimiento principal de mi vida de niño. Todo, desde los primeros albores de mi vida consciente, parecía converger a ese punto. Todo, en lo sucesivo, pareció apartarse de él cada vez más. El bautismo por inmersión en la playa de Oddicomba había sido completamente abandonado, y nuestra sala de reunión no poseía aún la piscina bautismal. En cambio, los Santos del pueblo próximo po-

seían una capilla muy espaciosa, bien provista de lo necesario. Así es que, en aquel tiempo, recurriamos a su hospitalidad. Estos bautismos eran ocasión de relaciones amistosas entre las dos congregaciones, y eran origen de agradables relaciones sociales. Creo que los ministros y los antiguos de las dos asambleas estaban de acuerdo para concertar entonces la fuerza de que eran jefes y para bautizar a sus candidatos en una sola y misma ceremonia.

El ministro que presidía los destinos de la congregación vecina era M. S., un buen anciano de venerable aspecto e imponente estatura. Sus cabellos y su larga barba eran de nieve; pero bajo la maraña de sus cejas llameaban dos grandes ojos negros, que parecían decir que aquella nieve no era signo de decrepitud, sino más bien un adorno. La víspera de mi bautismo se acercaba al fin. Se había fijado el acto para el día 12 de Octubre, tres semanas día por día después de mi décimo cumpleaños. Yo me había puesto un traje usado; pero todo mi equipo de la mayor elegancia se hallaba preparado en una maleta. Era de noche cuando esta maleta, seguida de mi padre, de un servidor de ustedes, de Miss Marks y de María Gracia, fue puesta en el interior de un coche que nos condujo, a través de una larga obscuridad, a la capilla en que nos esperaban nuestros amigos. Fuimos recibidos en medio de un deslumbramiento de claridad, con grandes apretones de manos, entre un rumor de voces confusas que murmuraban a veces fervientes plegarias. Algunos lloraban. En medio de esta indescriptible emoción, fuimos conducidos a los puestos de honor, en la primera fila de la asamblea.

La escena era de las que podían impresionar, incluso a personas que no fuesen como nosotros, hasta a personas acostumbradas al mundo y las rarezas de la vida que en él se lleva. La cosa me parecía una fantasmagoría. Yo estaba fuera de mí. Era la iniciación a la notoriedad, a la gloria. Otros varios candidatos al bautismo estaban a mi lado; pero eran sencillamente hombres y mujeres. Todos bendecían a Dios en alta voz por

la gracia que se les concedía al poder seguir mis huellas en el camino que les precedía. Reconocíase me como el héroe del día. En aquel tiempo, los periódicos estaban todavía en la infancia, no se les había pedido nada. Sin embargo, la nueva de la asombrosa ceremonia en la que se vería a un muchachillo de diez años recibir el bautismo por inmersión «en calidad de adulto», habíase propagado durante aquellas tres últimas semanas hasta los límites del condado. La capilla de nuestros vecinos era, ya lo he dicho, muy vasta, hasta demasiado vasta de ordinario. Aquella noche, sin embargo, estaba llena, y toda la multitud—los que estaban junto a mí lo murmuraban—había venido para verme.

A fin de asistir a un espectáculo tan extraordinario, había llegado gente de Exeter, de Dartmouth, de Totnes. Unos que estaban junto a mí me señalaban una anciana de ochenta y cinco años, que había salvado la distancia que nos separaba de Moreton-Hampstead para ser testigo de mi bautismo. Miraba yo con asombro a aquella octogenaria apergaminada, que no parecía mostrar ni curiosidad ni interés por lo que ocurría a su alrededor. Perfectamente indiferente a todo, estaba sentada, con la mirada fija, rumiando algo entre sus encías desdentadas.

En medio de la capilla, unas cuantas tablas del piso levantadas dejaban ver una especie de piscina. Nuestras miradas contemplaban aquel cuadrado sombrío de ondas misteriosas, en cuya superficie corrían ligeros espirales de vapor.

Los espectadores estaban escalonados en filas simétricas, paralelamente dispuestas a los cuatro lados de la piscina. Todo asistente podía seguir así todos los detalles de la ceremonia, sin empujarse, sin tener que subirse en los bancos. M. S., figura hierática, verdaderamente impresionante, se irguió. Recomendó la atención general e imploró del auditorio un silencio absoluto. En la mano tenía un librito, e iba a indicar el número de un cántico, cuando se produjo un golpe de teatro.

Fue un ruido de caída en el agua, con tumultuoso chapo-

teo, y se vió una joven que se agitaba en la pila bautismal, moviendo los brazos por encima de la cabeza, y sostenida verticalmente por efecto del aire que empujaba su erinolina inflada como una vejiga; parecía un extravagante grabado de modas del tiempo pasado. ¿Tocaban sus pies en el fondo? Lo supongo, sin poder afirmarlo. Aquella extraordinaria aparición suscitó un tumulto formidable, en el que se mezclaban gritos penetrantes con vociferaciones. Numerosos espectadores, en el paroxismo de la excitación, interpelaban a otros para exhortarlos a la calma, y era la ilustración de los versos de James Smith:

«El que para recomendar calma, grita «¡silencio!» con fuerza,
Está cerca de ser el autor del tumulto que deplora.»

La mujer, que estaba más o menos accidentada, fue prontamente sacada del agua y llevada a la especie de tienda de campaña dispuesta para los candidatos a la inmersión. Una rápida información hizo saber que la infortunada había deseado mucho formar parte de la congregación; que su más ardiente deseo era recibir el bautismo; pero que sus padres se oponían a ello formalmente. En la hipótesis de una caída accidental, una piadosa interpretación pretendía que el Señor, por un signo providencial, había mostrado que la que se cayera sería bautizada a pesar de todos los obstáculos. Sin embargo, mi padre, cuya sagacidad ordinaria no se dejaba sorprender, tenía dudas. Nos hizo observar, al día siguiente, que la joven no había sido bautizada de ninguna manera, puesto que no había sumergido la cabeza, y que, además, había saltado deliberadamente a la piscina, puesto que, si hubiese tropezado y caído hacia delante, hubiera metido necesariamente en el agua la cara y las manos, y ni una ni otras se habían mojado. El asunto, por lo demás, incumbía a la congregación vecina, y nosotros no estábamos autorizados a llevar más adelante la información.

Una vez restablecida cierta calma decorosa, M. S., que no

había perdido nada de su dignidad, propuso el canto de un cántico, eligiéndole de longitud suficiente para ocupar a la congregación durante los preparativos de la ceremonia. Después se retiró a la sacristía, y yo, que fué a quien se llamó primeramente para dar testimonio, fuí conducido por Miss Marks y María Gracia a la sombra de la tienda de que antes he hablado. Parecía que se balanceaba al compás de los acentos del himno de júbilo entonado por los Santos, mientras que las prendas de mi traje caían una a una y me ponían en estado de recibir la inmersión. La interrupción repentina del canto nos hizo comprender que el oficiante estaba en su puesto. Salimos, y, en medio del resplandor de las luces y del fuego de las miradas, avanzamos hacia M. S., quien, en efecto, estaba ya en la piscina con agua hasta las rodillas. Hiciéronme bajar escalón a escalón, y cuando llegué al último me recibió el ministro en sus brazos. Sentí entonces la impresión de ser uno de nuestros animálculos microscópicos, y cuando sufrí el abrazo del Titán me pareció que yo me había convertido en infinitesimal. Estaba revestido de una especie de larga sobrepelliz; y como ni aun entonces podía yo dejar de observar, noté que el aire encerrado bajo aquella vestidura formaba bollos, que M. S. se esforzaba en hacer que desaparecieran aplastándolos. Habíase echado a un lado la extremidad de su venerable barba, y remangado sobre sus muñecas las mangas de la camisa.

El silencio que reinaba ahora en la asamblea era muy grande; tan grande, que el chapoteo de mis pies vacilantes en las escaleras mojadas producía en mis oídos un ruido ensordecedor. M. S., perplejo ante lo exiguo de mi estatura, logró en fin apoderarse de mi persona, poniéndome una mano en el pecho y otra en la espalda. Lentamente, con voz fuerte, severa, que parecía penetrar en mi cerebro y vaciarlo, pronunció: «Hermano mío, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Mientras que pronunciaba estas palabras, me tendió suavemente hacia atrás, hasta que estuve completamente bajo el agua; y entonces, mientras que me levanta-

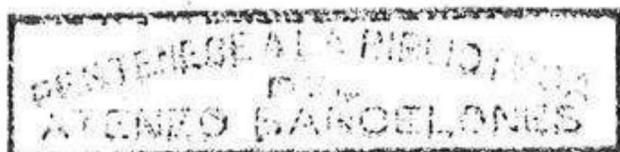
taba con sus brazos y con tierna solicitud aseguraba mis pies sobre los escalones, para ponerme, chorreando y tiritando, entre las manos ansiosas de las mujeres, que me llevaron precipitadamente a la tienda, la asamblea prorrumpió de pronto en un canto de trueno, en un canto de alabanzas a la gloria de Dios que, en su gracia sin límites, había permitido aquella manifestación de su infinita bondad. El entusiasmo era tan sincero, que con mucho trabajo se pudo moderarle para permitir que los otros candidatos, aquellos adultos que me seguían sobre mis humildes y gloriosas huellas, realizaran un rito por el que, desde el momento que ya no me concernía, nadie, aquella noche, en la asamblea, se confesaba capaz de tomar el menor interés.

Todavía hoy me es imposible recordar sin emoción la felicidad de mi padre durante las semanas que siguieron. Su austeridad se fundió en un consentimiento que manifestaba hacia las cosas. Reía, me sonreía, concedía a mis opiniones la más seria consideración, y, lo que estaba fuera de todos sus hábitos, llegaba hasta hacerme tímidas y furtivas caricias. No podía yo insinuar ningún deseo sin que tratase él de satisfacerlo, y las únicas advertencias que me dirigía entonces, en afectuosas palabras, eran para ponerme en guardia contra el orgullo espiritual.

Y esto convenía ciertamente a mi estado. Reventaba de orgullo, convencido como estaba de mi propia santidad. Trataba a mi padre como a piadoso confidente, era condescendiente con Miss Marks, que había renunciado, supongo, a aclarar la situación, arrogante con los criados e insoportable con mis compañeros, por los aires protectores que tomaba con niños de mi edad en cuya vida empezaba a mezclarme.

Ciertamente, quisiera terminar este saliente episodio de mi vida con una nota solemne; pero ¡ay! el deber que tengo de ser fiel a la verdad me obliga a confesar que algunos muchachos que asistían a nuestras reuniones se quejaron por entonces a María Gracia de que yo les sacaba la lengua por burla, durante

el servicio, para recordarles que ahora rompía yo el pan de la comunión con los Santos, mientras que ellos no podían hacerlo.



CAPITULO IX

Mi admisión a la comunión de los «Santos» tuvo para mí el resultado de que, en cuanto pasaron los primeros días de arrobamiento, me ví más atormentado que antes. Sin duda, gozaba, en ciertos conceptos, de una libertad mayor. Me era permitido obrar algo más bajo mi responsabilidad, y ya no se me informaba constantemente de lo que «la voluntad del Señor» podía querer en esto o en lo otro. Ahora se admitía que, para resolver semejantes problemas, tenía a mi disposición una inteligencia particular propia. Pero el rigor de nuestra vida no se relajó, y creo que entonces, al comparar nuestras costumbres con las de los demás, empecé a percibir cuánta era su severidad.

Lo que distinguía, sobre todo, mi situación actual de comulgante de la de un «simple habitante de las tiendas de justicia», es que todos esperaban verme responder con fervor inmediato a todo llamamiento de mi conciencia. Si me sustraía a este deber, mi situación se hacía peor que la de antes, a causa de la mayor responsabilidad que pesaba sobre mí. Los menores pecadillos revestían un carácter de espantosa importancia en cuanto que eran perpetrados por el sér en que me había convertido. Mi padre no se cansaba nunca de repetirme que, habiendo profesado el servicio de Cristo, debía en adelante proponerme, en todo lo que emprendiese, ser un ejemplo para los demás. Gustaba de presentar ante mi espíritu el espantoso cuadro de los niños imaginarios que me observaban secretamente desde lejos, y cuya carrera, para el tiempo y para la eternidad, podía ser influenciada de manera desastrosa si no tuviera yo «mi lámpara encendida».

El año que siguió a mi bautismo no empezó muy felizmen-

te para la comunidad. Habíanse producido considerables cambios. Los servicios impresionantes de mi padre, el prestigio de su predicación, la simple presencia, a la cabeza de nuestro reducido grupo, de una personalidad tan enérgica, había atraído oyentes cada vez más numerosos.

Por esta época, si mi memoria no confunde las fechas, abandonamos el horrible granero de encima de las cuadras. Habíamos hecho construir, en el centro del pueblo, una capilla muy sencilla, pero cómoda y bien acondicionada, lo que contribuyó en mucho a la prosperidad de nuestras reuniones. Todo se combinaba para asegurar a nuestros servicios cierta popularidad. Nos conquistamos un nuevo elemento: los jóvenes. Varios de ellos, albañiles y carpinteros, muchachas de tiendas y criadas, veían en nuestra sala un agradable lugar de reunión, y, por motivos más o menos superficiales, habían llegado a aceptar la salvación que les ofrecían los apremiantes llamamientos de mi padre. Pero éste era muy hábil para descubrir si iban a oírle por curiosidad o por desocupación, y expulsaba rudamente a los mozos que acudían sencillamente para cambiar miradas con las muchachas, y a las damiselas, cuyo único propósito era hacer que se admirasen las nuevas bridas de sus sombreros. Pero nada podía frente a una sinceridad momentánea, ante el simulacro de un real cambio de corazón. Muchas veces, cuando algún compañero que había asistido con fervor a nuestros servicios durante cierto tiempo, enfriado en su ardor, nos abandonaba, oí decir a mi padre: «¡Yo que pensaba que el Espíritu Santo había hecho su obra en él!» Son éstas decepciones que oprimen profundamente el alma de un evangelista.

Las sociedades religiosas están sometidas a raras e inexplicables vicisitudes. Al tercer año de nuestra llegada, la congregación parecía hallarse en muy próspero estado, a juzgar por el número de los oyentes, la cifra de las conversiones y las otras manifestaciones externas de su actividad. Sin embargo, al poco tiempo empezó a verse mi padre acosado por inquietudes

sin número, y la primavera de 1860 fue un momento crítico de nuestra historia. Aunque mi padre gustase hablar de los Santos en tono halagador, y hasta los envolviera a todos como en una nube de metáforas lisonjeras, la verdad es que no eran más que campesinos de un tipo algo primitivo, ignorantes de los preceptos de la moral e inclinados a las mismas debilidades que afligen a las gentes del campo en todos los países y bajo todas las latitudes. A pesar de constantes exhortaciones a obrar «como hijos de la luz», y aunque la mayor parte pareciese animada del sincero deseo de no faltar a su elevada vocación, no podía evitarse que se vieran asaltados por los pecados de que fueron víctimas sus antepasados durante numerosas generaciones.

La admisión a la comunión de tantos jóvenes del uno y del otro sexo produjo toda una serie de complicaciones enteramente desconocidas hasta entonces. Suscitábanse ahora dificultades sin fin, a propósito de «promesas de matrimonio», a propósito de hermanos jóvenes que «iban a pasearse» con hermanas más jóvenes todavía. Al recorrer las notas de mi padre, me sorprende la incesante repetición de casos en que un tal «corteja» a una cual, con la melancólica mención de que él la ha «desertado». En el lenguaje severo de mi padre, «deserción» no quería decir otra cosa sino que los dos enamorados habían cambiado de idea, muy inocentemente. A veces, sin embargo, quería decir más y peor. Y era para mi padre un gran consuelo comprobar que próximamente los jóvenes, muchachos y muchachas, que manifestaban el más vivo interés en el estudio de la Sagrada Escritura, y que, en apariencia por lo menos, aceptaban el mensaje de la Salvación con más inteligencia, eran a menudo los que con menor éxito luchaban contra las tentaciones de la carne. Atribuía esto a la malignidad de Satanás que disparaba sus dardos más emponzoñados a las más hermosas ovejas del rebaño.

A estas tristezas venían a sumarse recriminaciones, acusaciones recíprocas de embriaguez a domicilio, toda suerte de

miserias y escándalos. Frecuentemente, ciertos miembros llegaban a cometer actos calificados de «apostasías». Forzoso era excluirles. Quizá ninguna de estas flaquezas, considerada aisladamente, era de una extrema gravedad. Pero cuando varias de ellas se manifestaban simultáneamente, preciso era, a lo que parece, deducir que la Iglesia no estaba sana. A mí me ocultaban los detalles de la mayor parte de estos escándalos. Pero «las colmenas tienen oídos», y yo era una maliciosa colmenita. Había cultivado el arte de parecer absorto en otra cosa: libro o flor, mientras que las personas mayores hablaban confidencialmente. Así que, aun cuando me hubiera gustado saber más todavía, me hallaba, por lo general, muy bien informado de las flaquezas de los santos, aunque muy a menudo ignorase la naturaleza real de las faltas cometidas.

A veces, los que habían incurrido en pecado se arrepentían, gracias a las apremiantes amonestaciones de mi padre. Les ocurrió, para expresar su arrepentimiento, usar de expresiones extrañamente simbólicas. Recuerdo a la señora Pewings, nuestra lavandera, que después de haber sido convicta de intemperancia y excluida de la comunión por cierto tiempo, reapareció con el rostro resplandeciente por efecto del jabón y de la santificación: «¡Oh! niño bendito, me dijo, estás estupefacto al ver aquí de nuevo a la vieja Pewings... Pero él ha rodado a lo lejos mi montaña.» Me quedé atónito. Ella quería decir sencillamente que el Señor le había quitado de los hombros la carga de sus pecados, que la había vuelto a poner en estado de gracia.

En vista de que estas caídas se multiplicaban de una manera alarmante, decidió mi padre, a principios del año 1860, la promulgación de un ayuno solemne. Un domingo, pronunció un sermón que me pareció terrorífico, conjurándonos a todos a hacer un severo examen de conciencia, y recordándonos la suerte espantosa de la iglesia de Laodicea. Porque, añadió, no basta haber confesado la fe de manera satisfactoria, ni siquiera haber sellado esta confesión con el bautismo; es preciso

también vivir de conformidad con el ideal que hemos profesado. Sin duda, siguió, la certeza de la salvación debe ser anterior a la santidad de la vida, pero también ambas son esenciales. Era una mañana de invierno fría y lluviosa, cuando pronunció esta arenga que asustó enormemente a la congregación. Cuando nuestros huesos se hubieron helado hasta la medula, cuando las cabezas se hubieron inclinado ante él, y los sollozos, apenas perceptibles, de las mujeres, le indicaron que la lección había surtido efecto, anunció que se reservaría un día de la semana siguiente para consagrarle a un ayuno de arrepentimiento. «Los que tengáis que proseguir vuestras ocupaciones diarias las proseguiréis; pero sostenidos solamente por el pan de aflicción y el agua de aflicción.»

La influencia que mi padre ejercía sobre aquellos dóciles campesinos era ciertamente notable, porque ninguno intentó el menor esfuerzo para resistir a la exhortación. Después del servicio de la mañana, acostumbraba a detenerse unos momentos en la sala para cambiar amablemente unos apretones de manos con los Santos. Pero esta vez, se alejó arrogantemente sin decir palabra, llevando mi mano apretada en la suya hasta que estuvimos en la calle.

No se como observaría el ayuno el resto de la congregación, pero fue para nosotros un día espantoso. Despertado en medio de la noche negra, tuve que seguir a mi padre a la sala en donde una reducida asamblea celebraba una reunión de rezos penitenciales. Volvimos a casa al amanecer; luego, a la hora acostumbrada, nos sentamos ante un almuerzo que, en aquella hora lúgubre, consistía para todos en rebanadas de pan seco y en un vaso de agua fresca. En toda la mañana no se me permitió ni pintar, ni escribir, ni encerrarme en mi «caja». En un estado de depresión que no se podría describir, permanecimos en el comedor, ocupados en leer libros de devoción y en gemir de vez en cuando un himno desolado. Llegó por fin la comida de las doce y, como en el desayuno, no tomamos más que rebanadas de pan seco y un vaso de agua.

El programa de la tarde debía ser el de la mañana, y mi padre le siguió. Pero Miss Marks, al ver mis mejillas lívidas y mis ojeras, pidió a mi padre que le permitiera un paseo conmigo. Se le concedió el permiso después de haberse comprometido a no darme de beber ni de comer. Durante el paseo, en vano repetí a Miss Marks que me sentía «vacío», lo que, en Devonshire significa que se tiene hambre, no se atrevió ella a faltar a su palabra. Nuestra última comida tuvo el mismo carácter que las precedentes. Después, a fin de terminar la comida, acudimos, bajo la húmeda bruma, a otra reunión de rezos, de la que volví en un estado próximo al desvanecimiento, para que me acostasen sin el menor alimento. No había una gran penalidad en todo esto, lo confieso, pero así fue. Mi padre cuidaba de que la consigna que había dado, respecto al pan y el agua de aflicción, se respetase en el seno de su propia familia y por nadie más inflexiblemente que por él mismo.

La actitud que tenía yo que observar respecto a las almas de los que encontraba cuando no estaba bajo las miradas de mi padre, era para mí un tormento de todos los instantes. En nuestra gente de menudos chismorreos, mi padre tenía facilidades extraordinarias para saber mi comportamiento fuera de casa. No me lo explicaba yo entonces, y el conocimiento que tenía de mis palabras y mis acciones me parecía cosa de brujería. Gustaba de insistir cerca de mí sobre la necesidad de «tributar homenaje a Jesús en sazón y fuera de sazón», y exaltaba mis sentimientos a tal punto, que, semejante a Santa Teresa, me hubiera precipitado al encuentro de los moros y del martirio. Pero en contacto después con los unos y con los otros, mi celo se enfriaba notablemente, y hasta no hubiera tributado el menor «testimonio», de no ser por la desdichada expresión: «fuera de sazón». A decir verdad, me parecía que no se necesitaba decir más, puesto que toda ocasión que no fuese «en sazón» era «fuera de sazón»; la alternativa no comportaba otros términos, y no había ninguna ocasión en que la caza de las almas estuviese vedada.

Mi padre era muy generoso. Acostumbraba a magnificar todo esfuerzo, por mínimo que fuese, que intentara yo, con voz balbuciente, para santificar una visita. Todos, hoy lo comprendo, acostumbraban a animarme con alguna amable invitación, a fin de poder ser agradables a mi padre, refiriéndole que yo había «testimoniado» en favor del Señor. Todo esto era artificial, y no tenía por causa sino la incapacidad constante de mi padre para comprender que lo mejor es el enemigo de lo bueno.

Porque no me apremiaba así por mal humor o enojos, sino por efecto de un cariño lleno de excesiva solicitud. Tenía prisa por verme ser una brillante lumbrera, todo lo que había deseado ser él mismo, y no quería hallar en mí ninguna de sus insuficiencias.

Por esta época trastornó mi alma con una frase que dejó escapar, sin que, en mi concepto, la concediese entonces una importancia particular. Estaba ocupado, como le sucedía frecuentemente, en pulimentar y avalorar mi fe, cuando llegó a hablar del día en que yo subiera al púlpito para pronunciar mi primer sermón. «¡Oh! Si pudiera estar yo allí invisible, si me fuese dado oír el mensaje del Evangelio proclamado por su boca, diría entonces: «mi pobre trabajo ha terminado. ¡Oh! Señor Jesús, recibe mi Espíritu.» No sabría decir la angustia que me produjo aquel ardiente deseo, el horror con el que anticipé la hora de aquel *nunc dimittis*. Tenía la impresión de ser un pajarillo solitario, prisionero sin esperanza, expuesto en una jaula brillante. La claridad de la imagen personal me afectaba más que todos los textos, que todos los rezos y que todas las predicciones. Veíame para siempre cautivo del sistema religioso que se había apoderado de mí y que arrebatava mi espíritu sin fuerzas en su torbellino, así como en los círculos concéntricos de mi visión nocturna. No luchaba. Estimaba que aquello era inevitable, y que no había otro medio de hacer la paz con aquella divinidad terrible y siempre vigilante, con «el Dios, que es un Dios celoso». Pero consideraba mi

destino sin entusiasmo y alegría, y el temor del Señor absorbía y destruía toda noción de su amor.

Sería, sin embargo, injusto conmigo mismo si presentase la actitud que tenía entonces respecto de la fe como desprovista de candor. Muy seriamente deseaba yo seguir las huellas de mi padre. Mi pasión de la imitación, respecto a la cual ya he dicho mi pensamiento, estaba precisamente entonces en pleno desarrollo, y, por ella, me veía conducido a reproducir el lenguaje de mis libros piadosos en devotas fórmulas, que edificaban grandemente a mis compañeros adultos, y que además, por lo que hoy puedo juzgar, eran perfectamente sinceras. Experimentaba el más vivo deseo de ser bueno, de ser santo, y no concebía la menor duda sobre la absoluta infalibilidad de mi padre como guía en el terreno de las cosas del cielo. Pero estoy perfectamente seguro de que no hubo jamás un momento en que mi corazón respondiese con toda sinceridad y con un favor innato a las palabras que brotaban de mis labios en oleadas de unción. No puedo recordar sino una renuncia de mi inteligencia, sin ninguna alegría nunca en mi acto de resignación. No conocí jamás el arrobamiento del místico sintiendo su fantasma de ser, su alma penetrada, atravesada de parte a parte, y engalanada con una gloria nueva que conserva todo lo que pertenece a su personalidad, a su individualidad.

A pesar de todo, mi sér se adhería a un núcleo muy fuerte de individualidad, sepultado en lo más profundo de mi naturaleza de niño. A la presión de afuera abandonaba todo lo demás: mis pensamientos, mis palabras, mis esperanzas, mis certidumbres; pero había algo a lo que no renunciaba nunca: a mi yo, original y permanente. Sumiso como era, prestándome a todo con docilidad, conservaba siempre, sin embargo, la noción de esa facultad interior que había aprendido a discernir en mis días de estancia en Islington, de la existencia, en lo más profundo de mí mismo, de dos seres que podían conversar entre sí, en un inviolable secreto.

«Un hombre, con sus luces naturales, puede discurrir sobre

estas cosas, y muy seriamente; puede concederlas una especie de creencia natural como a una historia cuya autenticidad es posible; pero en cuanto a creer firmemente que hay en estas cosas una verdad divina, y estar más persuadido de esto que de lo que vemos con nuestros ojos, es una convicción que resulta ser la obra particular del Espíritu de Dios, y que es ciertamente también la fe que salva.» No hay que buscar estas líneas en las obras de algún extravagante hermano de Plymouth, sino en uno de los más sólidos clásicos de la Iglesia, en el *Comentario sobre la primera epístola de Pedro*, por el arzobispo de Leighton. Si reproduzco aquí este pasaje, es porque precisa, más exactamente de lo que pudieran hacer mis palabras, la diferencia que existía entre mi padre y yo, y que, en el secreto de nuestra vida, debía acentuarse cada vez más. Ciertamente, él poseía la fe que salva, la que levanta las montañas de la evidencia, la que ni el fracaso ni las decepciones hubieran podido disminuir en nada. En cuanto a mí, como empezaba a sentirlo entonces obscuramente, y como lo veo claramente hoy, me había sencillamente acostumbrado a otorgar lo que el arzobispo llama «una especie de creencia natural» a la doctrina, cuyo sello se persistía en querer imponer a mi conciencia. Era fatal que ese sello se fundiese en el rocío de la vida para ser absorbido por el sol del pensamiento y de la experiencia.

Mi padre, por un acto de complacencia, del que no puedo explicarme enteramente el capricho, dejó en aquel momento penetrar en mi imaginación una oleada de luz, ciertamente hostil a mi vocación celeste. Ya he dicho el interés que, instintivamente, tenía por la geografía. Era la única ciencia en la que no tenía necesidad de que me instruyesen. Los conocimientos geográficos parecían penetrar sin esfuerzo mis células cerebrales. A la edad de once años, sabía mucho más que la mayoría de los adultos, sobre los mapas y sobre las relaciones recíprocas de las localidades de todo el globo. Y esto lo había adquirido casi mecánicamente. Estaba a la sazón acaparado por la geo-

grafía de las Antillas, y había trazado los mapas de sus diversas partes. Había algo que atraía poderosamente mi imaginación en la gran cadena de las Antillas, puesta sobre el mar como un brazalete abierto, de gruesas y menudas pedrerías sujetas por un hilo invisible. Me complacía cerrar los ojos y contemplarlas en una visión panorámica, extendidas del Cabo San Antonio a la Boca de la Serpiente. Varias de aquéllas islas encantadoras, esmeraldas y amatistas puestas sobre la superficie del mar Caribe, las había recorrido mi padre en su juventud. Así es que le importunaba con mis preguntas. Un día, como multiplicase yo mis interrogaciones, se levantó con su impetuosidad habitual, y, trepando hasta el último estante de la biblioteca, bajó un grueso volumen, que me alargó al mismo tiempo que decía:

—Ahí encontrarás todo lo concerniente a las Antillas.

Y me dejó en posesión de *Tom Cringle's Log*.

El embargo puesto sobre toda especie de ficción por los poderosos escrúpulos de mi madre no se había levantado, a pesar de que ya hacía cuatro años de su muerte. Como lo he dicho en un capítulo anterior, era aquél un punto sobre el que no creo que mi padre hubiera estado nunca de acuerdo con ella. Había cedido, sin embargo, y ninguna novela, ninguna historia ficticia se había encontrado nunca en mi camino. Es raro que entre nuestros libros, cuyo número era de varios cientos, no hubiera yo descubierto nunca ninguna obra de ficción hasta el día en que mi padre mismo me reveló la existencia de la tumultuosa obra maestra de Miguel Scott. Estaba yo tan ignorante de lo que era la invención literaria, que empecé la lectura de aquel relato, sin sospechar que no fuese verídico, y creo que fue mi padre quien, para contestar a una de mis preguntas, me explicó que todo aquello era inventado. Me invitó a leer las descripciones del mar y de las montañas de Jamaica, cuidando de «saltar» las páginas que refiriesen aventuras y conversaciones imaginarias. Pero no seguí tal consejo. Aquellas aventuras y conversaciones eran para mí el encanto de la obra.

Nunca había leído nada semejante, nunca había soñado algo parecido. Mi horizonte se veía iluminado de gloria y de alegría.

Supongo que cuando mi padre era más joven y menos pietista, habría leído con gusto *Tom Cringle's Log*, porque la obra le recordaba escenas familiares. Además, y he aquí lo que nos acerca a la solución del enigma, la portada de aquella edición era un delicado grabado en madera, que representaba Blewfields, la espaciosa casa que se elevaba solitaria en medio de un jardín lleno de pimientos, y en el que mi padre trabajó, durante diez y ocho meses, en calidad de naturalista. No podía mirar aquel grabado sin acordarse de los recuerdos exquisitos y de las dulces brisas de aquel paraíso terrestre. Sin embargo, la sugestiva novela de aventura amorosa escrita por Miguel Scott, era un libro que parecía raro ver en manos de un niño al que nunca se le había permitido dar un vistazo a las historietas más plácidas y anodinas.

Era como si se hubiese dado un vaso de aguardiente puro a quien no hubiera conocido nunca sino la dieta láctea. No he vuelto a leer *Tom Cringle's Log*, y creo que no rompería gusto hoy el canto del recuerdo cuyo elemento principal es quizá la ilusión. Pero me acuerdo del relato en su casi totalidad, y recuerdo muy bien el lenguaje de los personajes. Por esto, si estoy seguro de que la obra es atractiva, estoy igualmente cierto de que los personajes que bullen allí se hallan lejos de aparecer sin tachas a los ojos del mundo. Las escenas nocturnas de las calles de Spanisch Town se salían no solamente del círculo de mi experiencia, sino también, gracias a Dios, del de mi imaginación. Las gentes de mar usaban, para conversar entre sí, lo que se puede llamar «un lenguaje particular», y, a través de toda la obra, de la primera a la última página, corría, si mis recuerdos son exactos, una llama, una pasión de vida que era decididamente pagana.

Había, en *Tom Cringle's Log* ciertas escenas, ciertas imágenes, que no solamente hicieron una impresión duradera en mi espíritu, sino que matizaron también mi visión de la vida.

Las largas aventuras, los combates y las evasiones, las repentinas tempestades de fuera, las sublevaciones de dentro, todo esto que se alzaba con poderoso relieve, y ciertamente con gran talento, sobre el azul radiante del Océano sin límites de los trópicos, hacía lucir, en el secreto de mis pensamientos, como una esperanza vacilante, muy vagamente percibida al principio, que se desarrolló en seguida lentamente, permaneciendo mucho tiempo débil y estacionaria, pero llevándome siempre a creer que me sustraería al fin a la estrechez de la vida que llevábamos en casa, y que me libraría de aquella sujeción a la ley y a los Profetas.

No es preciso que defina con demasiada claridad los movimientos ciegos del espíritu de un niño, ni que trate de darlos demasiada importancia. Pero estoy seguro de que el haber leído y releído *Tom Cringle's Log* ha contribuido, más que todo el resto, a afianzar mi personalidad, en gran peligro, hoy lo comprendo, de sucumbir bajo la presión que mi padre la imprimía por todas partes. Como *Fátima*, mi alma estaba encerrada en el interior de una torre en la que ninguna influencia de fuera podía penetrar, y la pobre cautiva estaba muy en peligro de morir de privaciones o, por lo menos, de perder toda posibilidad de restablecerse y reaccionar, si el mismo que me había hecho prisionero, por un capricho que todavía no puedo explicarme enteramente, no hubiera benévolamente practicado una ventana en la pared de mi cárcel, y no hubiese puesto en ella un poderoso catalejo. Esta ventana y este catalejo fueron las aventuras tropicales referidas en la picaresca novela de Miguel Scott.

En la primavera de aquel año empecé a pasearme solo por el pueblo, y hasta por el campo a largas distancias. Después de haber leído *Ton Cringle's Log*, me acosaba la esperanza de encontrar alguna aventura. No es que corriese tras las proezas de otra manera que en imaginación. Yo era muy tímido ante personajes reales, y hubiera interrumpido el hermoso sueño de cualquiera hazaña de alta mar para ocultarme apresurada-

mente detras de un seto al paso de dos labradores. Algunas veces, sin embargo, la onda de algún gran proyecto me empujaba adelante, como me ocurrió, cuando, en una época ciertamente anterior a la que hemos llegado, habiendo oído hablar mucho de los peligros de una sequía persistente, llevé mi regaderita encarnada llena de agua hasta el final del pueblo, y, bajando todo a lo largo de Petit Tor Lane, fui a derramar el cantarito en medio de un campo de trigo con la esperanza de mejorar las perspectivas de la cosecha futura. Pero tengo que contar ahora una excursión más memorable, a causa de la imborrable impresión con que señaló mi ser moral.

Ya he descrito la linda aldea retirada de Barton, a donde María Gracia Bermington me llevaba tan a menudo con ella en sus visitas. Allí vivía un matrimonio que ofrecía a mis ojos un interés particular, a causa de que aquellas buenas gentes, cuando vinieron a asistir a un bautismo por simple curiosidad, quedaron en el acto profundamente convencidas del peligro espiritual que los amenazaba. El marido, un cantero irlandés, se llamaba John Brooks, y su mujer Ana. Ahora bien; hasta entonces, aquellos dos personajes, no contentos con ser de los no convertidos, habían tratado a los hermanos con un enojo y un desprecio manifiesto. Habían ido a mi bautismo, con la intención evidente de tomarlo a chacota, y se habían ido vivamente impresionados.

Al día siguiente por la mañana, la mujer de Brooks, ella misma nos lo contó, estaba ante el fregadero, cuando el infierno se abrió a sus pies. Salió el diablo, teniendo en la mano una larga tira de papel que contenía la lista de los pecados de la pobre mujer. El choque que experimentó fue tan violento, que la emoción determinó un aborto del que estuvo seriamente enferma. Al mismo tiempo, su marido, al que mi bautismo había igualmente impresionado mucho, se convertía también. En cuanto se restableció su mujer, se bautizaron los dos, y ambos «rompieron el pan» con nosotros. Hablase mucho del caso de los Brooks, y se pretendió que indirectamente ha-

bía sido yo el agente de aquella doble conversión. Y, en efecto, si yo hubiera sido en aquella ocasión objeto de la curiosidad pública, hubiera podido suceder que los Brooks continuasen en los lazos de la iniquidad. No se necesitaba más para que me interesaran muy particularmente, y como, al mismo tiempo, había oído decir que eran sumamente pobres, sentí el ferviente deseo de proveer a sus necesidades.

Poco antes, había recibido algún dinero; mendigué todavía algunas pequeñas cantidades aquí y allí hasta que hube recogido la considerable suma de siete chelines y seis peniques. Con todas estas monedas, cuidadosamente guardadas en un saquito de tela, me puse en camino, un domingo por la tarde, sin decir una palabra a nadie, y llegué a la casita de los Brooks en Barton. John era un hombrón sucio, señalado por las viruelas y zanquilargo, llevaba patillas según el gusto de la época. Cuando llegué, el marido y la mujer estaban en casa, sin hacer absolutamente nada, como lo requiere la sana tradición dominical. Me recibieron con sorpresa, pero rápidamente expliqué mi misión y saqué mi bolsita. Con profundo disgusto mío, todo lo que John dijo fue: «Ya sabía que el Señor proveería», y, vaciando el contenido de mi saquito en la palma de su manaza, se lo metió en el bolsillo del pantalón dándose un golpecito encima. Ni una palabra de gracias. Me contrarió mucho.

Creo que en todo el transcurso de una larga existencia, no he experimentado nunca decepción más amarga. La mujer, que era de más instinto y de sensibilidad más viva, advirtió, sin duda, mi turbación, pero lo que se le ocurrió para confortarme fue todavía más mortificante para mi amor propio: «Poco importa, hijo mío, me dijo; volverás y me verás dar de comer a los cerdos.» Toda paciencia tiene límites, y, con el sentimiento de haber sido cruelmente desgarrado por el diente de la ingratitud, huí de la casa de Brooks para no volver más.

A la hora del te, aquella tarde, me mostré muy abatido, y apremiado por el interrogatorio de Miss Marks, se me escapó toda mi historia. Mi padre, que, como le ocurría a menudo,

estaba lejos de nosotros por sus meditaciones, percibió una palabra que le interesó, y volvió al conocimiento de lo que pasaba en torno suyo. Tuve que repetir mi relato, muy tristemente esta vez, porque tenía miedo de sufrir un regaño. Por el contrario, mi padre y Miss Marks se mostraron muy benévolo y simpáticos, lo que me fue de un gran alivio. «No hay que olvidar que son hijos del Señor»—dijo mi padre.—«El Señor mismo no puede hacer de una oreja de cerdo una bolsa de seda.»—añadió Miss Marks, que estaba muy irritada.—«Vaya, vaya»—contestó mi padre, agitando la mano con gesto suplicante.—«¡Pobre niño!»—exclamó Miss Marks, llena de indignación, mientras que me acariciaba una mano.—«El Señor recompensará el celo que, en tu amor, sientes por los pobres, aunque no tengan la gracia y la inteligencia suficientes para expresarte su agradecimiento»—dijo mi padre, posando en mí sus ojos oscuros, llenos de ternura.—«¡Brutos!»—exclamó Miss Marks, cuyo pensamiento evocaba a Jhon y Ana Brooks.—«¡Oh! No, no—corrigió mi padre.—Son unas pobres gentes. Estamos en el deber de soportar su limitada inteligencia.»—Todo esto era un emoliente para mis heridas, y quedé consolado. Pero la fuente de la benevolencia se había secado en mí, y nunca me he repuesto del efecto que me causó la grosera mirada de John y su «Ya sabía que el Señor proveería». La planta naciente de la filantropía se quemó entonces en mi corazón como por cal viva.

Durante el verano, un profesor joven se presentó en casa para anunciar a mi padre que acababa de abrir una escuela para los hijos de los señores de aquel país. Rogó a mi padre que le honrara con su visita. Mi padre atendió la invitación. El profesor habitaba una de las blancas casitas escondidas entre laureles, que animaban discretamente los alrededores de nuestro pueblo. El señor M. era franco, modesto, muy cortés con las opiniones de mi padre, y capaz, sin embargo, de defender las suyas. Su casa y él producían una excelente impresión. En el mes de Agosto pasé a ser uno de los alumnos de la escue-

la. La enseñanza se daba con toda sencillez. Las clases estaban en el piso bajo de la casa, en las dos principales habitaciones, y no recuerdo que el señor M. tuviera nunca necesidad de recurrir a un pasante.

Había en las clases como unos veinte niños, como máximo, y a menudo menos. Cuatro veces al día recorría el camino que separaba nuestra casa de la escuela. Cuando iba a buen paso, tardaba unos cinco minutos, pero este tiempo podía llegar a una hora entera, según el número de objetos interesantes que encontraba en mi camino. Con buen tiempo, la carrera era verdaderamente deliciosa, y, por limitada que fuese, era posible variarla casi indefinidamente. Me ocurría a veces encontrar a un discípulo que llevaba la misma dirección, y mi padre, al observarnos una mañana por encima de la tapia, experimentó cierta diversión al ver que yo iba andando de medio lado, por la acera, con la cabeza vuelta y los brazos caídos, sin dejar de hablar en voz alta, caso de pura herencia, porque de la misma manera tenía la costumbre de ir mi padre a la escuela, cuarenta años antes, por las calles de Paole.

Un día que afortunadamente iba yo solo, me abordó un señor de edad, vestido como un pastor disidente. Gustó de mi charla, y tomó la costumbre de dar su paseíto higiénico a la hora probable de mi aparición en la carretera. Nos hicimos muy amigos, y un día me llevó a su casa, modestísima morada en la que, con gran asombro, vi en las paredes del comedor dos cuadros que representaban el uno a un hombre, el otro a una mujer, con extravagantes vestiduras. Mi amigo me explicó que el primero de aquellos lienzos era su retrato tal como «hace mucho tiempo, mucho tiempo antes de su conversión, había aparecido en la escena».

Yo era lo bastante ignorante para no tener la menor idea de lo que aquello podía significar. Entonces me explicó que había sido actor y también poeta antes de que el Señor le hubiese abierto los ojos a cosas mejores. Yo ignoraba todo lo de actores; pero tenía ya veneración por los poetas. Mi amigo era

el primer poeta que hubiese visto. Era nada menos que James Sheridan Koronoles, el famoso autor de *Virginus* y de *Hunchback*, convertido en pastor bautista en sus ancianos días. Cuando mencioné en casa el conocimiento que había hecho, la cosa no despertó ningún interés. Creo que mi padre no había oído hablar nunca de Sheridan o no había prestado la menor atención al nombre del que fue el primero de los autores dramáticos de su tiempo.

A Sheridan oí por primera vez pronunciar el nombre de Shakespeare. Me imagino que le sorprendió hallarme tan curiosamente instruido en ciertas ramas de conocimientos humanos y tan profundamente ignorante en otras. Apenas podía creer que los nombres de Hamlet, de Falstaff y de Próspero no tuvieran ningún sentido por un muchachito tan versado en Teología y Geografía. Sheridan me sugirió la idea de pedir a mi maestro de escuela que nos leyera en clase algunas de las obras de Shakespeare. Proponía *El mercader de Venecia* por ser de circunstancias. Comunicué el consejo de mi muy anciano amigo (que debía de ser casi octogenario) al señor M., que acogió solícitamente la proposición. Todos los recuerdos que he conservado de mi primer maestro me lo presentan inteligente, amable y de viveza de espíritu, aunque no creo que estuviese muy sólidamente preparado para su profesión.

En consecuencia se anunció que la lectura de Shakespeare constituiría una de nuestras lecciones, y a la tarde siguiente, empezamos a leer *El mercader de Venecia*. Era un tomo grueso que se pasaba de mano en mano alrededor de la clase. A mí me correspondió el papel de Bassanio, e hice saber a todos con voz de éxtasis que hay

en Belmonte una dama de rico patrimonio,
Y ella es bella, y más bella que esta palabra.

También el Sr. M. debía de haber tenido que ver algo con el teatro. Experimentaba un placer evidente en la lectura de Shakespeare, y nada de todo lo que me enseñó me hizo tanta

impresión como sus observaciones respecto a la entonación particular que exige la lectura en alta voz. Yo estaba en el séptimo cielo; pero ¡ay! no habíamos llegado aún al segundo acto de la obra cuando nuestra lectura se interrumpió súbitamente. Nunca he sabido la causa; pero presumo que fue por deseo de mi padre. Se jactaba de no haber leído nunca una página de Shakespeare y de no haber ido más que una vez al teatro. Supongo que por haber hablado yo en casa de nuestras lecturas, mi padre invitó al maestro a volver al programa ordinario de su enseñanza.

Por cuanto yo era un «creyente», como teníamos la costumbre de llamar a todo iniciado en los arcanos de nuestra religión, y por lo tanto, en todo trato con los «no creyentes», mi deber era «tributar testimonio al Señor en toda ocasión», me fue imposible entablar amistades íntimas en aquella primera escuela. Retrocedía ante el acto penoso y molesto de detener a un condiscípulo al salir de clase, y hacerle de manera apremiante esta pregunta probablemente ininteligible para él: «¿Has encontrado a Jesús?» Era más sencillo esquivar el encuentro y deslizarme como un lagarto a través de los macizos de laurel para salir a la soledad.

Mis compañeros tenían la costumbre, cuando terminaba la escuela, de ponerse a jugar en la carretera, correteando y persiguiéndose. A mí me agradaba tomar parte en aquellos juegos. Pero mi compañía, si no era evitada, no era nada solicitada. Supongo que mis compañeros habían tenido noticias de mi curiosa historia, y que, cuando me evitaban, lo hacían no por intención de serme desagradables, sino por el instinto que les llevaba a ver en mí como un animal de especie diferente, extraño al rebaño. Los muchachos obedecen en todas partes a las mismas convenciones; el color de sus tradiciones es uniforme. Al mismo tiempo, si yo no hacía amigos, no me creaba enemigos. En clase, excepto por mi extraordinaria aptitud para la geografía—aptitud considerada como incomprensible y un poco rara,—era más bien de los últimos. Así no desper-

taba celos, y, por entero entregado a mis sueños, es probable que mi presencia oscura escapaba a la atención de mis discípulos.

A uno de los lados del camino, entre la escuela y la casa, había una charca, adonde los caballos iban a beber. Un seto la rodeaba por tres lados, mientras que unos copudos olmos se inclinaban hacia la superficie, y con su fronda, impedían que el cielo se reflejase allí. El lado que daba al camino era mi sitio preferido. Encontrábase allí un barro que tomaba todas las formas y las conservaba bastante bien. Allí creaba yo mis imperios marítimos; islas, una costa con puertos, faros, fortificaciones. Mi facultad de imitación geográfica tomaba allí todo su vuelo. A veces, mientras que yo estaba en mis recreos, se acercaba un carro a la charca, y un caballo se ponía a beber en lo más profundo de mi Océano, hollando con sus cascos mis archipiélagos, y dislocando mis puertos como un tifón. Pero, en cuanto se marchaba el carro, me volvía a poner al trabajo, y rehacía mi línea costera y mis puertos.

Me placía este juego infinitamente, y, con arreglo a mi imaginación, no me hallaba a la orilla de una charca fangosa, sino ante una costa espléndida con golfos semejantes al de Tor Bay. Así que no recuerdo haber sufrido nunca mayor humillación que cuando el viejo San Lambie, el herrero, uno de los «Santos», a quien preguntara mi padre si me había visto, contestó: «Sí lo he visto, hace un momento, haciendo moldes de barro en la carretera.» ¡Qué postura para el que había sido admitido a la comunión «en calidad de adulto»! ¡Qué mancha en el escudo del que hubiera querido ser un Cristóbal Colón!

Sin embargo, alguien hubo que apreciara mi labor. Una tarde en la que estaba engolfado en mis trabajos geográficos, se presentó una señora de edad madura, de hermoso rostro, con dulces mejillas sonrosadas y ojos de color de avellana que lucían brillantes. Me preguntó si me llamaba como efectivamente era. Yo la había visto antes. Era forastera en nuestra región, y su acento no tenía nada del peculiar de los habitan-

tes del Devonshire. Sabía vagamente que asistía algunas veces a nuestras reuniones, que habitaba en Upton, en casa de unos amigos nuestros que recibían huéspedes, en una casa antigua de la que se hubiera dicho que era una cesta de rosas.

Se llamaba Miss Brightwen, y aquella era la primera vez que me hablaba.

Sin sonreirse, miró con marcado interés mis puertos y mis islas. Me hizo, a propósito de mis penínsulas, preguntas inteligentes y pertinentes. Concluí por dejarme persuadir de que dejase mi obra, y me fuera con ella hacia el pueblo. Me agradaban su voz, su distinción; su traje, más elegante que los que veía de ordinario; sus maneras, más sueltas que las que observaba en otras. Hablamos muy agradablemente, y cuando nos separamos, tuve el gusto de comprobar que nuestra conversación me había sido tan grata como para ella instructiva. Le aseguré que tendría el mayor placer en decirla más en otra ocasión. Me dió las gracias con mucha gravedad, pero luego se echó a reír. Nos separamos haciendo protestas de estimación recíproca, y yo estaba lejos de suponer que aquella simpática dama cuáquera había de tomar el puesto de mi madre.

EDMUNDO GOSSE

(Continuad.)

es

LA PINTURA FLAMENCA EN ESPAÑA

El rey Juan II de Castilla.

El gobierno de este monarca, que duró cerca de cincuenta años (1406 a 1454), si en cuanto a la política fue época de turbulencias, en lo que se refiere a la cultura dejó mejor recuerdo en los anales españoles. Este rey, abúlico y ligero, que dejó los negocios en manos del prudente Alvaro de Luna, aparece rodeado de una corte de esclarecidos castellanos. La frase de uno de los primeros, el marqués de Santillana (divisa, por decirlo así, de la historia de la cultura española), de que nunca la ciencia había embotado su lanza ni hecho dormir la daga en su mano de caballero, procede de tales días. También en los anales de las artes plásticas encontramos el nombre de Juan II.

Las relaciones, luego tan importantes, del arte español con el italiano y flamenco, se remontan a su época; lo que nos refiere la Historia, por fragmentario que sea, produce la impresión de un preludio.

Tuvo la honra de ser llamado en vida del fundador de la vieja escuela flamenca; pudo saludar a Jan van Eyck en el Alcázar de Segovia, y a este encuentro debemos quizá una de las mejores obras del artista. En esta corte movíase muy considerado, hecho caballero por el rey, el pintor florentino de frescos y miniaturas, Dello. Y él inauguró la introducción de es-

culturas lombardas, con el retablo gigantesco en mármol, de la Cartuja del Paular, lugar oculto y retirado del valle del Lozoya, circundado por la Sierra, el Escorial del siglo xv. Su edificación fue legado de sus antecesores. Enrique II de Trastámara la mandó edificar, para expiación de sus pecados, en el lugar que ocupaba un palacio de caza; su padre, Juan I, puso la primera piedra de la iglesia; pero quien la concluyó de edificar fue Abderramán de Segovia (1433-41), en tiempo de su hijo, en estilo cristiano-morisco. El altar fue encargado a Génova; mide 11 metros de altura por 9 $\frac{1}{2}$ de ancho, y contiene, en cinco departamentos, diez y seis relieves en cuatro series, representando la historia de Cristo, juntamente con numerosas estatuítas en el centro, una gran estatua de la Virgen, rodeada de ángeles músicos, todo en estilo lombardo del principio del siglo xv. La conducción por mar, que costó 8.000 ducados, fue el transporte más largo de una obra de mármol de Carrara, de que habla la Historia, como símbolo de un homenaje de España al arte escultórico italiano.

Otro capítulo de la aún no escrita historia del arte español debería versar sobre sus relaciones con el arte flamenco.

La contribución aportada por los tallistas flamencos al decorado de las iglesias españolas en obras de altares, coros y utensilios eclesiásticos, suministra, para la historia antigua de su propia escuela, un material más abundante que las ruínas salvadas en su tierra materna de las tormentas de las guerras de religión. También en la introducción del Renacimiento las corresponde un papel de mediadores. Su difusión por la Península se efectuó en varias formas: por encargo e importación de las obras y por inmigración de los artistas, transitoria o definitiva, los encontramos al servicio de los príncipes y de los cabildos, como artistas viajeros libres, y por llamamiento expreso y formal.

Todo el que lea esto recordará el histórico odio nacional en aquella guerra nacional de un encarnizamiento sin ejemplo, pues se relaciona con la oposición de carácter, temperamento

y costumbres. Durante esta guerra no cesa un momento la demanda de obras flamencas. Lo que empieza en tiempo de Jan van Eyck, se acrecienta en tiempo del italianismo, y adquiere nueva vida en el siglo de Velázquez y Murillo. El más grande pintor de retratos de Holanda, en el siglo xvi, fue el atareado favorito de Felipe II, y aun el sol poniente de Rubens envió algunos rayos a la corte de su nieto.

¿Se trataba sólo de causas exteriores, como el azar de los negocios políticos, la ocasión del mercado, el afán de viajar y la industria de los flamencos? ¿O acaso existía un mutuo atractivo oculto, basado, tal vez, en la oposición de caracteres? La aplicación y delicadeza de los holandeses, su inclinación a representar los goces de la vida, parecen más bien cualidades opuestas al carácter español. Pero existía, no obstante, cierta afinidad: el detalle realista, la necesidad de ennoblecer la naturaleza vulgar, diríamos nosotros, la necesidad de la verdad, el odio a lo afectado, el sentido del color y del claroscuro. Así se explican fenómenos de recíproca influencia que a la observación investigadora parecen enigmáticos.

Estas relaciones entre España y los Países Bajos se remontan a una época más antigua de lo que se ha creído hasta ahora. La fama del arte flamenco, así como de sus tejidos costosos, así como del valor de sus tapices y bordados, vidriería y orfebrería, se había divulgado desde el siglo xiv por toda la Península pirenaica. Pero también la reforma de la pintura por los hermanos van Eyck, que señala una época en la historia del arte, fue casi conocida desde el primer momento, y contemporánea con la terminación del altar de Gante, prendió la chispa en aquel mundo artístico. El viaje de Jan a Portugal con el borgoñón Sieur de Roubaix, aparece frente a la difusión anterior de la pintura flamenca también en aquel país como un modelo valiosísimo. Pero, precisamente en este mismo tiempo, según datos recientes de maestros españoles de la corte de Alfonso V de Aragón, fueron enviados a Flandes, para asuntos artísticos, el tapicero Guillaume d'Oxelles, en 1430, y el pin-

tor real Luis Dalmau, en 1431; aquél para el establecimiento de la industria de tapices por el reino, y éste para la instauración de modelos, quizá también para aprender la nueva técnica de pintura, como nueve años más tarde el hijo de Alfonso, Fernando, envió a Nápoles a aquel Giovanni di Giusto: *por aprender de pinctar*.

El 6 de Setiembre de 1431 volvió el tapicero a Barcelona; el 21 volvió a partir Dalmau, con cien florines de oro como bolsa de viaje, que se le pagaron en Valencia, embarcando en el puerto del Grao. Mientras el Duque Felipo se esforzaba, sin éxito, por conseguir la mano de una de las dos infantas, la portuguesa y la aragonesa, se establecía esta notable alianza en un terreno ideal. Se ha conjeturado, con bastante atrevimiento, aunque no sin motivo, que Jan hizo un viaje secreto a España (26 Agosto 1426), pues precisamente por entonces pretendía el Duque a Isabel de Aragón (1427).

Este viaje sería la clave de la explicación histórica del altar flamenco catalán de Dalmau en Barcelona. Pero también hay indicios de una obra de distinta importancia, que en el mismo tiempo fue, si no pintada, planeada y pensada en el corazón de Castilla. También en ella, si bien de otro modo, se confunden el estilo español y el septentrional.

«Las fuentes de la vida.»

Un cuadro, el más importante y el más oscuro de todos, nos traslada a los principios de la invasión artística flamenca. En un convento de la antigua ciudad de Segovia encontramos, a mediados del siglo xv, una tabla que recuerda de modo tan sorprendente la antigua escuela de Gante, que ha sido tenido por muchos como un original de van Eyck. Se titula «Las fuentes de la vida», o también, aunque con menos propiedad, «Triunfo de la Iglesia sobre la Sinagoga», y fue trasladado, en 1836, desde el convento Parral al Museo Nacional de la

Santísima Trinidad de Madrid, cuyas mejores obras fueron luego incorporadas al Museo del Prado.

Las circunstancias y la forma de su nacimiento son hasta hoy desconocidas; sobre el artista no se sabe nada, y, según el asunto, es un *unicum*; sin embargo, por este lado el problema se resolvería antes. Poseemos nada menos que tres dibujos auténticos del asunto, clave del sentido simbólico, el cual, por lo demás, también puede ser averiguado por el mismo cuadro.

Un ángel que se ve en la ventana de una de las torrecillas sostiene una banda, con el letrero: *Fons ortorum puteus aquarum viventium Cant. Cant.* Es la fuente de la vida celestial del cantar, cuyo manantial surge a los pies del trono.

Este verso nos da el concepto general del asunto: la concreta representación artística del símbolo está tomada, evidentemente, de otro lugar: de la descripción de la Jerusalem celestial en el capítulo XXII de la revelación tomada del capítulo XLVII del profeta Ezequiel:

«Y mostróme un bullicioso manantial de aguas vivas, claras como el cristal que salía de debajo del trono del Señor y del Cordero.» El artista construyó, tanto la fuente de la vida como la ciudad celestial, en la arquitectura de su tiempo.

Un detalle litúrgico del cuadro nos ofrece una más segura indicación del sentido místico de estas aguas de vida. La salud de la Iglesia en la doctrina y en las obras, la vida divina de la religión culmina en el Sacramento. En aquellas aguas del manantial apocalíptico sobrenadan hostias doradas; aquí lo divino toma la apariencia de lo sacramental. El asunto parece, por consiguiente, una apoteosis simbólica de la Eucaristía.

Pero existe aún un tercer texto que explica el asunto: en el libro del convento donde aparece protocolado el presente regio del cuadro, está catalogado como

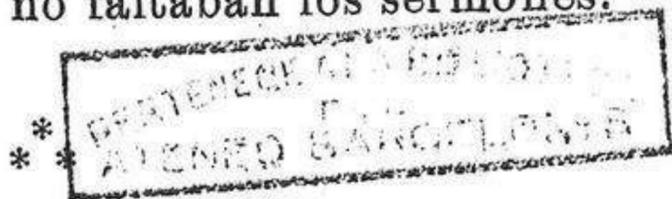
la Ystoria de la dedicación de la Yglesia.

Esta indicación extraña, ¿qué vemos en el cuadro que nos indique una consagración de la Iglesia? ¿Fue esto ocurrencia

de un monje ignorante, o debe considerarse como un cuadro histórico pintado con motivo de la consagración? Porque el nicho para colocarle fue planeado por el arquitecto, y aún se ve hoy en la pared de la sacristía.

Sin embargo, nuestra escena bien pudiera interpretarse como el símbolo de una consagración del templo. Pues la solemnidad de la primera misa con la que se consumara tal consagración, esa entrada de la presencia divina en el Sacramento, convertida en la fuente simbólica, podía concebirse como inauguración de la corriente celestial cuyo sentido explicaría el Pontífice sentado a la derecha del pilón.

Y realmente, aquella importante congregación de dignatarios eclesiásticos y seculares, parece estar trasladada de la ceremonia sobredicha. En estas consagraciones el clero se solía reunir en gran número, por lo que eran equiparadas a menudo con los concilios y sínodos, y no faltaban los sermones.



Para comprender el cuadro históricamente debe observarse que en él se mezclan acentuados rasgos de procedencia flamenca y española. Es una idea específicamente española, cultivada en suelo español; pero el estilo y la técnica son innegable y netamente flamencos, de van Eyck. Ya la indicación del libro conventual lo designa como un retablo lujoso del pincel flamenco, *un Retablo rico de pincel de Flandes*. Un autor competente como español aseguró recientemente que no hay allí una figura de *aire español*, y que ningún pintor de la Península ibérica pudo imaginar ni ejecutar en aquel tiempo una composición tan profunda y complicada. Quien haya visto el original, afirmará que separa un abismo al pintor de la fuente del pintor del retablo, del catalán Dalmau. Aquél habla su lengua materna; éste, un idioma extranjero, posterior y difícilmente aprendido.

Y no sólo la técnica y el conjunto de los medios represen-

tativos, incluso la fisonomía y la expresión, es sencillamente flamenco, sino que también la composición nos recuerda el modelo directo del altar de San Bavon. Esta impresión era tan fuerte en el que estudiaba el cuadro (1836), que los conocedores de la pintura antigua flamenca, y no sólo los que le conocían por una mera reproducción, le tenían por original del fundador de la misma. Y atribuían la invención al profundo Hubert, el espiritual autor del altar de Gante, y la ejecución a su hermano menor. Esta era la opinión de PASSAVANTS, que lo vió en el año de 1852. (Pág. 126.) SCHNAASE lo llegó a tomar por el primer ensayo del hermano, la obra de Gante, por el segundo, es decir, el mismo asunto corregido y aumentado; CAVALCASELLE, que lo vió en Madrid, le consideró obra de Jan van Eyck, hacia 1432, así como W. BURGER; OTTO MUENDLER halló primeramente en él el estilo de un período posterior de la escuela.

Ahora bien; si hoy ya la idea de que la obra sea de propia mano está abandonada, la cuestión del origen van eyckiano no está definitivamente resuelta. Pues según un documento del siglo XVIII, el cuadro del convento Parral sería una copia de un original hoy perdido. El viajero Ponz (viaje XI, 155) vió un cuadro casi exactamente igual al descrito (sólo cita en vez de los dignatarios cristianos, doctores de la Iglesia latina y griega; pero indudablemente tomó los personajes del primer término por Padres de la Iglesia), en la Catedral de Palencia, Capilla de San Jerónimo, de cuya *infinita prolijidad* «no es posible hallar, dice, ejemplo en aquel antiguo estilo»; y se expresa de modo que hay que pensar en un cuadro, sí, de van Eyck, pero no en la tabla del Museo del Prado. Por el contrario, se acordaba de ésta cuando hablaba de reproducciones que afirmaba haber visto en las iglesias de Castilla, *infinitamente distantes de la exacta ejecución de éste*. Y en efecto, en París, en casa de Haro, apareció una segunda reproducción, la cual fue vista por W. BURGER.

Pero cuanto más puramente flamenca es la pintura, y más

indudable su relación con el altar de Gante, más decididamente española es la invención. El *cachet* español está principalmente en el papel que en la obra juega la arquitectura.

Este «Triunfo de la Iglesia», como se le llamaba en España, sólo pudo nacer en un cerebro español. Todo español, y todo el que esté familiarizado con el arte eclesiástico del siglo, tiene en la lengua la palabra custodia cuando contempla el cuadro. La tabla es una fantasía pictórica sobre el tema «custodia»; nos traslada a los tiempos del entusiasmo de la Iglesia española por las grandes custodias.

Así como la custodia es un himno de los metales nobles a la idea sacramental, un motivo artístico en loor del *Pange lingua* de Thomas, la tabla es una glorificación de la custodia. Vemos aquí una transformación del cielo cristiano como mansión de la divinidad en el centro de sus falanges celestiales, conforme a un modelo de poesía arquitectónica. Las estatuillas que se solían emplear en las custodias se emplean ahora en la figuración viva de la fe, ordenadas y repartidas artísticamente según el esquema de Gante. Arriba, la gloriosa Trinidad, Cristo entre María y Juan, el cordero a los pies de Cristo; a los lados, los coros de ángeles que cantan el Misterio; abajo, las filas de creyentes que se acercan. Sólo los diez y siete profetas conservan la rigidez de la piedra.

La oposición entre el sentimiento español y flamenco aparece en la configuración especial de esta idea simbólica y otras semejantes. Los flamencos ponían sus simbólicos grupos en su paisaje: la adoración del Cordero se verifica en medio de una florida pradera rodeada de colinas con ciudades y palacios. La fuente mística en el cuadro de Dierich Bouts en la Abadía de Tongerlo (Museo de Lille, 523), brota en un solitario bosque. En el cuadro de la «Nostitzgalerie» hay un crucificado en el centro de la fuente, y las aguas se convierten en la sangre del perdón. Un amplio y detallado paisaje circunda el asunto de la gran tabla del Hospital de la Misericordia, de Oporto, donde el rey Manuel con los suyos está arrodillado

ante las figuras de José y María. La inscripción reza: *Fons misericordie. Fons vite. Fons pietatis.*

Este sentimiento del paisaje, este atractivo del ambiente patrio, falta en los españoles. Sus monótonas y áridas llanuras y sus sombrías sierras, nada ofrecen que despierte el sentimiento poético. El presentimiento de la divina presencia está aquí sólo en las severas salas de sus bosques de pilares góticos. De ellas extrajo el pintor de «Las fuentes de la vida» los motivos para la decoración de su cuadro.

Se le apareció un patio de catedral (*medieval court*), con la fuente en el centro; las caladas torres laterales, con los coros de ángeles, corresponden a los dos campanarios de la fachada de la iglesia; la gran pirámide central, al cimborrio sobre el cuadrilátero; la custodia, abajo, de la cual brota el manantial, al altar mayor.

Los retablos y tablas ofrecían al artista, menos que las tapicerías, reminiscencias para la transformación de un tal aspecto de iglesia en una construcción correspondiente a sus fines. En éstas últimas hallaba principalmente la fantasía del pintor más libre espacio para representaciones y cielos simbólicos, y tomaba asuntos para la invención en los Misterios, la Pasión y los Profetas. En los Gobelinos flamencos del palacio de Madrid, en la serie *Les Vices et les Vertus*, en la «Historia de la Virgen», encontramos tales divisiones en pisos, con loggias, escaleras y salas semicirculares. No hay que pensar en modelos directos.

La decoración arquitectónica tiene una ventaja: concede la posibilidad de presentar los diferentes grupos distintamente aislados, y reunirlos en un espacio articulado, en vez de la distribución en tablas separadas y encuadradas por la obra de carpintería. Así nació esta admirable obra de armonía, comparable a la parte anterior del Monasterio de Estrasburgo y a la fachada de la Universidad de Salamanca.

Semejantes composiciones simbólicas, en donde si acaso el grupo superior del Juicio final está substituído por otro tema,

las encontramos en los templos con frecuencia. Así, por ejemplo, sobre los altares de ánimas. En esto aparece, en la parte inferior, delante del grupo de los difuntos, la figura del Arcángel San Miguel, que pesa las almas (Colegiata de Játiba), o la misa de San Gregorio, según la promesa de que quien de este pan coma vivirá la vida perdurable (Seo de Gandía, Silvela en Valencia).

El color local y temporal español aparece más vivamente en el grupo de la derecha de la fuente.

Nos traslada al centro del movimiento contra los judíos, en su apogeo al final del siglo xiv, al principio del último período, que terminó con su expulsión (1492). El elemento motor fue la preponderancia de este pueblo en la hacienda y en la administración; el omnipotente privado de Juan II, Alvaro de Luna, los protegió hasta su caída (1453). Sin embargo, las crónicas de este año consignan ejecuciones de judíos en la capital de Castilla la Nueva, Valladolid y en Segovia.

Así como durante la Reconquista, las mezquitas de las ciudades recobradas eran transformadas en iglesias, así se hacía luego con las sinagogas. A consecuencia de la persecución promovida por el dominico Vicente Ferrer, en Toledo, en el año 1405, la gran sinagoga fue consagrada como iglesia de Santa María la Blanca. Pero ya hacía tiempo que la sinagoga edificada en estilo morisco por Samuel Leví, el tasador de don Pedro el Cruel, obra del Rabbí Mier, estaba aún en sus manos; sólo después de su expulsión la dedicó Isabel a la Orden de Calatrava (1494).

Aquel grupo de infieles de nuestro cuadro frente a los grandes dignatarios eclesiásticos y civiles, reunidos para la consagración de la iglesia, trata de hacer patente la formidable impresión de la divina presencia real en el Misterio de la Eucaristía. Este es el sentido de aquellos gestos y miradas de dolor, de odio y de desesperación. La explicación está en las inscripciones hebreas de las bandas. Estas inscripciones, que en otro tiempo cubrían también el perdido marco (*guarda-*

polvo) del cuadro, no daban, por cierto, ningún sentido, si bien un hebraísta español quiso deletrear una frase fatalista.

Mi venerado maestro Gildemeister, ni siquiera pudo descifrar defectuosas imitaciones de frases hebraicas. Pero las defectuosas formas de letras revelan la mano de un copista indocto. No es verosímil pensar en un amontonamiento de letras sin sentido en el original. Y todo en este grupo lleva el sello de la autenticidad. Lo genuino de los tipos nacionales y de los ropajes, el acento semítico en la viveza explosiva de las sombrías pasiones, en completo contraste con el solemne sosiego del grupo eclesiástico de enfrente, todo esto es tan evidente, que se pudiera admitir que habían servido de modelo judíos conversos; pues entre éstos se reclutaban los más encarnizados perseguidores. Por lo demás, los judíos españoles se ocupaban también en las artes religiosas, no sólo como orfebres y joyeros, sino también—en flagrante contravención del segundo precepto de Moisés—como pintores y escultores de imágenes católicas, como lo prueba una ley referente a este punto promulgada por Isabel la Católica.

Sin embargo, cuando se ha hecho luz en este extraordinario cuadro sobre el asunto, las circunstancias de tiempo y el ambiente, queda todavía envuelta en desesperante oscuridad la cuestión más importante, a saber: la de cuál fue su autor. Parece ser que no podemos llegar sino a ideas negativas sobre su persona, hasta tener la fortuna de hallar un dato documental.

Datos exteriores nos hacen pensar en Jan van Eyck con precisión envidiable. Estuvo en el lugar donde la tabla se halló probablemente desde su origen. Con ocasión del cumplimiento de un encargo de su señor, la entrega de la infanta en Portugal, hizo un viaje a España en Febrero de 1529, y últimamente estuvo en la corte de Juan II en Segovia, difícilmente sin intención determinada, cuando no por encargos y recomendaciones. ¿Debía dejar escapar aquel príncipe, amigo de las artes, la coyuntura que se le presentaba del viaje del maestro a la corte vecina y amiga sin utilizar sus servicios, cuando él mis-

mo enviaba al rey de Aragón un pintor para enseñar su arte.

Está efectivamente fuera de duda que esta tabla de van Eyck, encargada en 1429, no puede ser la que en 1836 fue trasladada del convento de Segovia al Museo Nacional de Madrid. Falta la finura nativa y, si se nos permite la expresión, la flemma nativa de la pintura de van Eyck, en que a veces parece que, en vez de pintar con su finamente estilizado óleo, pintaba con una áspera pasta de metal. Su copista tiene mano ligera que hace pensar en años posteriores, donde no parece que pinta con dos manos.

Pero tal mano extranjera no afirma nada contra la originalidad del desaparecido original, y los méritos de un cuadro no están circunscritos a la finura de mano de su autor, y menos en una obra del genio que también penetra en sus reflejos imperturbables. Esta invención (y lo sabe todo el que haya seguido de cerca al maestro) está, sin embargo, en el espíritu de Jan; todo indica un pincel que dominaba en alto grado los medios de representación de aquel siglo. Y justamente, las especiales cualidades del cuadro indican su especialidad, es decir, la pintura arquitectónica. «En la fuerza de la concepción y de la distribución, dice CAVASCALLE, la «Fuente de la vida» no corresponde a ningún pintor de la escuela flamenca.» ¡Cómo trató el arduo tema simbólico y apocalíptico, del cual aun los mismos grandes pintores sólo habían conseguido sacar jeroglíficos traídos por los cabellos! ¡Cómo supo armonizar éstos los más contrarios elementos!

Si consideran los monumentos aquí tratados, podríamos dar la siguiente probable explicación del origen del cuadro:

La «Fuente de la vida» es una creación de Jan van Eyck, conservada en la copia modificada de uno de sus sucesores. El original debió pintarse hacia el año 1433, y la ejecución de la tabla del Museo del Prado hacia mediados del siglo, después de la muerte de Jan. El plan del cuadro fue madurado en la corte de Juan II en Segovia. El encargo de este cuadro, tan importante a un artista extranjero, se debió a la fama, cada vez

más extendida, de la nueva pintura flamenca. Ofrece una sorprendente analogía con el altar de Barcelona (1445); un ejemplar español, pintado en estilo flamenco con las mismas reminiscencias de la obra maestra de San Bavón.

La intención del rey debió de ser poseer un cuadro semejante al de Gante, ya célebre en Europa. Quizá existía ya entonces el proyecto de una copia como la que su sucesor Felipe II mandó hacer. Pero no se disponía de pintor adecuado, y Juan II lo que debía querer era una variante de color y actualidad española; ambos, el artista y el príncipe, imaginaron una reducción y combinación de aquellos grupos de la gran tabla en una tabla de altar única, española, con lengüeta en forma de cornisa.

Así se explican los elementos fundamentales de la obra, el carácter flamenco y netamente vaneyckiano de la pintura en el estilo y gusto, la chocante analogía de la composición y el color español, tanto local como temporal, tan marcado, del alterado programa.

Los variados y profundos aspectos teológicos, según eran expuestos por los eruditos españoles y alemanes, presuponen la participación de un eminente eclesiástico en la confección del plan; y creemos reconocer a este príncipe de la Iglesia en el Obispo de Burgos, Alonso de Cartagena, uno de los más sabios, ilustrados y espirituales teólogos de aquel tiempo. Es también conocido como jefe de los intolerantes, y en armonía con este carácter está el papel que sus paisanos representan en el cuadro, y con cuyos trajes y gestos parece tan familiarizado. Este prelado fue también el que trajo de Roma al rey el oratorio de Roger van der Weyden con la vida de María, que el Papa (no Martino V, esto es imposible, sino Eugenio IV), respectivamente, como regalo propuso al Papa.

Este regalo era un testimonio de agradecimiento por la actitud de España y su orador en el Concilio de Basilea.

También nos da idea del lugar en que se pintó el cuadro, lo simbólico de la «Fuente de la vida», construída según la archi-

tectura de la custodia, la idea de hacer patente la esencia de la religión cristiana de manera nueva y chocante.

Segovia se jacta de poseer el más grande monumento arquitectónico de los romanos, el Acueducto, al cual no encontró par el veneciano NAVAJERO ni en España ni en Italia. Además, había sobre el monte Parral, en donde se estaba construyendo un monasterio entre jardines, a que se llamaba entonces el paraíso terrenal, una fuente curativa. También el motivo arquitectónico de las torres preocupaba entonces de manera inusitada la fantasía, y el mismo Alonso de Cartagena fue el que mandó construir las torres caladas de Burgos. También debió conocer el libro de su compatriota Ibn-Gabirol, en el cual expone éste su doctrina teológica de la emanación del mundo sensible y espiritual de la voluntad divina, con el título de *Me-kor Chajim*, es decir, *Fuente de la vida*.

Sobre la misma colina de Parral fundó el poderoso Juan Pacheco, Marqués de Villena, en el año 1447, un convento de Jerónimos; Juan Guas, *maestro mayor* de la catedral de Toledo, procedía de allí. El edificio se empezó bajo Enrique IV, 1454, y el rey destinó el cuadro para la sacristía, donde fue conservado hasta 1836.

¿Quién no piensa aquí en un paralelo posterior en cincuenta años, de esta «Fuente de la vida», ciertamente perteneciente a otro ciclo cultural completamente distinto, exteriormente muy semejante, pero emparentado con aquélla indudablemente en la idea?

Un italiano de aquel tiempo ciertamente le llamaría una disputa. Rafael pintó la Teología, la ciencia de las cosas divinas, como una Disputa, y como lazo entre las dos esferas de la Iglesia divina y terrena; el sacramento, ese lazo entre lo visible y lo invisible, lo divino y lo humano; de ahí el eje central del semicírculo por el ostensorio. Pero en la armonía dominante de esta obra juvenil las disonancias están sólo indicadas; la discordancia del escéptico se hace patente. Aquí, por el contrario, concuerdan las imágenes filarmónicas de arriba con

una cruel realidad dramática abajo. Rafael reservó la lucha en su figura terrena temporal a otro grupo de cuadros; pero también allí la realidad se oculta bajo el velo de historias de remotos tiempos.

Un detalle no despreciable de autenticidad son el retrato del artista en el lado izquierdo, un trozo de las mismas figuras en la tabla del recto juez de Gante. Quizá figuran allí a petición del rey. Pero no hubiera podido ser si el pintor no hubiera considerado a la obra digna de representarle en lejanos países. Fue la más valiosa creación de Jan, después de su obra principal.

CRUZADA VILLAAMIL creyó ver en la obra dos pinceles: uno más apurado, menos libre y más cautivo en el color, y otro más firme, de más seguro dibujo y de mucho color y de mucha expresión. No indica los sitios en que ha notado estas diferencias; sólo pudo referirse a la parte de arriba y a la de abajo. Los grupos inferiores parecen indicar una fecha posterior, así como el dibujo de los detalles arquitectónicos, que revelan un diletante en este género, que copia su modelo sin sentimiento del estilo. Así pone las más veces, en lugar del arco apuntado, un arco redondo sin estilo (no un arco de «herradura»).

En cambio, el reproche de las dimensiones desmesuradas de las figuras es infundado. ¿Cómo pedir verdad realística en la perspectiva a una fantasía simbólica que sólo debe ordenarse según las leyes de la euritmia? Es la misma especie de crítica que se ha ejercitado en «La Transfiguración», de Rafael; con igual derecho se podrían rechazar las figuras del techo de la Capilla Sixtina.

*
**

A consecuencia de esta pronta divulgación del nombre de los hermanos van Eyck, algunas obras suyas, ya originales, ya en copia, pasaron los Pirineos. Felipe II estimaba tanto el altar de Gante, que mandó hacer una copia, para la capilla del

Palacio de Madrid, a Michel Cocxiyen; en el inventario de su sucesión fue tasada en 3.500 ducados. Sólo bajo su nieto Felipe IV halló plaza allí «El Pasma», de Rafael.

Además de esta copia, poseía otra reproducción de las tres figuras celestes de la parte superior, medias figuras bajo bien dibujados arcos redondos. En el centro hay un círculo, del cual se destaca un ángel cantando; preciosa obra juvenil de Jan Gossaerts. (Prado, Nr. 1442.)

También, con el transcurso del tiempo, llegaron a España originales. PALOMIUS vió, en el palacio del Duque de Uceda, en Madrid, una pequeña tabla de la Virgen, de *Juan de Brujas*, extraordinariamente bella y finamente pintada, *con extremado primor y sutileza*, y al lado, como pareja, un *Ecce-Homo*, de Antonello da Messina, ambas, sin duda, signadas. Lord HEYTESBURY encontró en Lisboa unas «Llagas de San Francisco», que recientemente pasaron a América. El conde TATITSCHF adquirió en Madrid dos partes de un tríptico, con la Crucifixión y el Juicio Final, hoy en el Ermilage, durante largo tiempo, llamada falsamente *Peter Christus*, obra maravillosa de reducción, de más grandiosa concepción al tamaño más pequeño. No falta la sierra alpina cubierta de nieve, de la cual se precipita un torrente sinuoso; el revuelto mar en el primer término, que devuelve los cadáveres, parece observado desde un navío. No menos notable es la expresión, en la que la mirada está variada; el dolor en los párpados llorosos del joven Juan, que se inclina sobre la desmayada madre; la fiel expresión de amistad del ángel que conduce a los reyes al círculo apostólico; la ascética severidad del Bautista al lado del Juez; el gesto sarcástico de los gigantes; la encarnizada pasión del perseguidor.

Finalmente, la joya de sus retratos pasó también al palacio de Felipe II: «Los desposorios de Arnolfini», del tesoro de la Regenta María de Hungría; en 1789 estaba aún en un gabinete del palacio de Borbón (1), y fue entonces tasado en 6.000 rea-

(1) No. 871. Otra pintura de vara de alto y tres cuartos de ancho: Hom-

les, suma que fue señalada por un cuadro de la escuela de Rubens, «Un santo», del Españoleto, y los «Enanos», de Velázquez, mientras que una «Epifanía», de Rafael Mengs, estaba valuada en 100.000 reales.

El retablo de Dalmau en Barcelona.

El documento más antiguo, aún existente, del influjo de Jan van Eyck en la pintura española, se conserva en la capital de Cataluña. En efecto, la más notable pintura de esta activa ciudad industrial es un cuadro que posee muchas de las cualidades que hacen interesante a un documento artístico para el historiador. Posee todas las condiciones de la autenticidad, interiores y exteriores: nombre y fecha, nombres de las personas representadas, del que encargó la obra, buena conservación y los documentos relativos a su origen. Sobre todo, es el más antiguo testimonio de la expansión de la pintura de van Eyck en el extranjero, y la más notable producción de la antigua escuela flamenca hecha por mano de un extranjero.

El primero que habló del cuadro, aunque sin indicar el nombre del autor, fue ANTONIO PONZ (1). «Obra que, si bien cae antes de la restauración de este noble arte, despierta admiración por lo minucioso y acabado en todas sus partes, especialmente las cabezas.» Después, PASSAVANT (*Arte en España*, pág. 75, 1857) publicó el nombre del autor, que le parecía «haber salido inmediatamente de la escuela de van Eyck». CAVALCASELLE le consideró (1857) como el único documento por el que se conocía la existencia de un pintor de este nombre, que parece haber trabajado en el taller de van Eyck. En 1870 publicó JOSÉ PUIGGARI, archivero municipal, el contrato.

bre y muger agarrados de las manos. Juan de Encina. Inventor de la pintura al óleo.

(1) A. PONZ: «Viage en España.» XIV, 32. Madrid, 1788.

El cuadro estaba destinado a la capilla de la *Casa del Consell*, de estilo gótico, edificada de 1369 a 1378, llamada también *Casa Consistorial*, de la cual se conservan aún restos en el nuevo edificio, entre ellos la gran sala de los Ciento (*saló de Cent*), que está al lado de la capilla. En 1847 pasó a la iglesia de San Miguel, situada al lado del Ayuntamiento, donde lo vió el investigador de Francfort. A su destrucción en 1868 pasó al Archivo, y finalmente, en 1902, al recién fundado Museo. Tuvo el mismo destino que el de Colonia, del que es también contemporáneo. La tabla principal conservada contiene la figura de la Virgen con el Niño, venerada por los cinco consejeros de la ciudad con los dos Patronos, Santa Eulalia y San Andrés; en el fondo, ángeles cantando. Los nombres de estos consejeros, elegidos en 30 de Noviembre de 1442, son: Johan Lull, Ramón Zavall, Francesch Lobut, Anthom de Vilatorta y Johan de Junyent.

La resolución de pintar una tabla de altar para la capilla municipal fue tomada en una sesión del Consejo de los Ciento, en 6 de Junio de 1443, eligiéndose una comisión (4 de Noviembre), que encargó la tabla al más hábil maestro de la localidad (1). El 26 de Noviembre, el imaginero (*imaginario*) Francisco Gomar presentó al Consejo un dibujo del retablo de madera, y recibió el encargo de ejecutarlo. Debía ser hecho en buena madera de encina flamenca, bien seca y apropiada para tales trabajos (*de bona fusta de roure de Flandres, secca e abta al dit retaule*), por el precio de 75 *florens*, treinta pagados inmediatamente y el resto cuando entregase la obra el pintor.

Ya el 29 de Octubre del mismo año, Luis Dalmau había presentado su bosquejo (*exemplar*) y obligado a terminar la obra en poco más de un año. Al contrato acompaña un diseño del marco, con la indicación de las historias y su ordenación. En el contrato detallado, escrito en antiguo castellano, conserva-

(1) *Por el millor e pus able pintor.*

do en el *Libro de acuerdos*, se hacen constar los siguientes extremos:

Las tablas de encina debían revestirse de una cubierta de lona y de yeso (*ben endrapat e enguixat*). La Virgen debía ser vestida de paños de ricos colores (*vestida de varietat de colors vives, altes, e ben executs*); el manto, en especial, del azul más fino que se pudiera encontrar, con magníficos (*solempne*) galones de oro florentino, guarnecido de perlas y piedras preciosas. Los consejeros debían estar representados con el traje y atributos de su condición, con rostros que parecieran vivos, y vestidos de escarlata (1).

En el centro de la predella (*banchal*), la Piedad con ángeles de pie, el Evangelista Juan y la Magdalena con expresión de dolor; al borde, las armas de la ciudad. Este *banchal* no se ha conservado; para el manto de la Virgen se empleó auténtico ultramarino. En la cúspide del marco o guardapolvo (*guardapols*) debían estar las armas de la Corona de Aragón. El precio fue 5.000 sueldos barceloneses (266 escudos), pagados inmediatamente 1.500, cuando llevase la mitad 1.500, y a la terminación 2.000.—Entre los fiadores aparece un Manuel Dalmau, quizá pariente.

La tabla, sólo en un punto está en contradicción con estas prescripciones: el oro, con excepción de la fina guirnalda de la Virgen y de los dos Patronos, está reemplazado con ocre amarillo. Hasta aquí se ha tenido por verdadero que Dalmau había aprendido también la técnica de la pintura al óleo en Brujas; el mismo CAVALCASELLE le tuvo por un cuadro al óleo. Esto inducía a creer la impresión del color. Hubiera sido el primero en España, y en general fuera de Flandes. Pero un más detenido examen demostró que está pintado al temple con clara de huevo; por consiguiente, el catalán era ajeno al secreto

(1) E serán los dits concellers effigiats segons proporcions é habituts de lurs consors, ab les façes axi propies com ells viventes les han formades.

de la nueva técnica. En lo demás, la conjetura con la tradición medioeval y catalana es tan completa cuanto se puede imaginar.

Dalmau volvió a su patria bautizado en el Jordán del realismo flamenco. También sus españoles para quienes el cuadro es un producto de su escuela, han sentido desde luego el acento extranjero, no le parecen «hijos de la sierra patria» (1). Están vividos completamente en los tipos femeninos flamencos, burgueses de Jan van Eyck, hasta en el continente, la mirada y su adaptación al ambiente. El niño que tiene en su regazo la Virgen tiene ese movimiento angular en las piernecillas como el que vemos en la tabla del Domo de Brujas y en el tríptico de la Galería de Dresde.

Los cinco consejeros, arrodillados a los dos lados del trono, tienen la severa y penetrante exactitud de los retratos de Jan, y están tomados de la vida, con ausencia de toda estilización convencional; el mismo color de la cara está fuertemente diferenciado; estas cabezas debieron hacer allí un efecto pasmoso, completamente nuevo. A los dos lados del corillo corre una pared que se abre en cuatro ventanas en el fondo; la obra está ejecutada en el último estilo gótico catalán. Por las ventanas asoman apiñadas cabezas, de las cuales sólo se ven completamente cuatro ángeles cantando, en cuyas facciones, vestiduras y gestos se ve indudablemente la imitación de la obra de Gante. Estos ángeles no están mencionados en el contrato; su inclusión por iniciativa del artista revela la impresión que hicieron en Dalmau.

Pero detrás de las ventanas hay todavía sitio para un rico paisaje. A la derecha, un sombrío valle, del cual se destacan tres palacios con torres encarnadas y verdes entre cúpulas romanas; a la izquierda, algo más cerca, una ciudad más grande con las armas de Aragón sobre la puerta; entre colinas de for-

(1) La figura reúne... como tipo, unos rasgos que no parecen hijos de nuestro suelo. PUIGAGRI, loc. cit.

ma cónica se extiende una superficie marina tersa como un espejo. En el velo azul navegan nubes rizosas.

La plataforma del trono, que descansa en cuatro antiguos leones, tiene en los tres lados la inscripción:

Sub anno MCCCCXLV por Ludovicum Dalmau fue depictum.

¿Quién era Dalmau? El nombre en la forma catalana de *Dalmatius*, quiere decir vecino de Barcelona. Pero él procedía de Valencia (1428), donde ya en el siglo xiv encontramos un tallista Pere Dalmau. En un documento de 1433, en el que aparece como fiador, se llama Luis Dalmau del Viu, y abajo está la firma Ludovici Dalmau del Viu. Este apéndice debía distinguir probablemente a la familia de otra de nombre igual, los Dalmau de Navell. Viu y Navell son nombres de localidades (1).

Si, pues, Dalmau es un español, la fecha de su cuadro tiene algo de sorprendente. Diez años después de la conclusión del altar de Gante, antes que el arte de van Eyck se extendiese por países vecinos y de la misma raza, aparece aquí en el Mediterráneo un hombre educado en el nuevo estilo. Es muy probable que disfrutase de las enseñanzas personales del maestro Jan; fue el único español que tuvo esta fortuna. Si meditamos que la iniciación en un nuevo mundo artístico no es obra de meses, podemos aventurar la pregunta de ¿cuál es la ventaja que nuestro siglo lleva a la Edad Media en la rapidez de intercambio cultural? Efectivamente, hoy puede organizarse más rápidamente una exposición entre tan alejados países; pero la formal traslación de una nueva tendencia artística en el suelo de un Estado de otra raza e idioma, apenas pudiera efectuarse más prontamente.

(1) El nombre aparece a menudo en los empleos municipales de los siglos xv y xvi. Un Magnificus Dalmacius de Navel consiliarius Barchinonae fue en 1494 cónsul en Genova; un Magnificus Hieronymus Dalmacius, profesor de Derecho, fue cónsul de Alghers en Cerdeña en 1516. CAPURANY: Memorias históricas sobre la ciudad de Barcelona. Madrid, 1779, II Apend. 63.

La travesía de las plazas comerciales del Mediterráneo a Flandes la tenía Vasco de Gama por la más alta empresa de navegación; era la más larga y la más arriesgada. El viaje de Barcelona a Brujas, y vuelta, costaba de cinco a seis meses.

Barcelona, desde el fin del siglo XIII, frecuentaba muy poco el comercio con los puertos flamencos, que eran el emporio comercial del oriente: Gante, Brujas e Iprés. Ya en 1299 aparece un banquero en Dordrecht. En 1389, la unión catalana de comerciantes edificaron su Bolsa (*Lonja*) en Brujas (*firmaban los consols e mercaders catthalans*), tres años después de los portugueses, un año antes de los ingleses y tres antes de las ciudades anseáticas. Mas frecuentes ocasiones de solicitar la ayuda del poder del Estado, hicieron salir numerosas embajadas hacia el Norte, especialmente a Inglaterra, a causa de las piraterías del canal de la Mancha; de aquí que le llegase su turno al comercio personal. Pronto los emprendedores holandeses hallaron el camino de la lujosa y edificadora ciudad del Mediterráneo. Ya en 1393 aparece un pintor, Nicolás de Bruxelles, ciudadano de Barcelona (1).

Hizo bautizar en Monserrada a una hija suya casada allí.

En el mismo año de 1445 murió allí un batidor de oro, Tohannes Drroghe, de Brujas, y en interés de su sobrino y heredero se trasladó a Barcelona. Conócense cuatro individuos de una familia de artistas, apellidada Alemany o Alemania, cuya *casa solar* estaba situada en la calle de la Fuente de San Miguel; desde 1389 a 1491 recibieron varios encargos, sobre todo de trabajos en piedra en la Catedral; uno de ellos, Gabriel, recibió en 1450 una plaza como de pintor municipal (2).

Al componer este artículo en el año 1887, hice una conje-

(1) JOSÉ PUIGGARI: «Noticias de algunos artículos catalanes inéditos», pág. II, 14. Barcelona.

(2) En Gabriel Alemany ciutadá de la present ciutat e pintor de les coses tocants a festes, sepultures reals, alimares, armada entrades de reys ab carro triumphal, e totes altres coses que per la ciutat son stades fetes en lo pensat e per les devenidor, etc. PUIGGARI, 30.

tura sobre la prehistoria del contrato de 1445, que luego, por el descubrimiento de aquella embajada del rey Alfonso V, se puede prescindir de ella, pero que en todo caso debe ser mencionada. Según un documento que publica CAPMANY en el año de 1436, uno de los más distinguidos oradores, Johan Lull, fue hecho prisionero por unos piratas ingleses que a 25 leguas de Huis se apoderaron de una galeaza que conducía a diferentes comerciantes catalanes. A consecuencia de este suceso, la ciudad elevó al rey Enrique VI y a los dos protectores del reino, Henry Beaufort, Cardenal de Winchester y Humphry, Duque de Glocester, así como a los nobles de la City, un documento en demanda de la restitución de los bienes y de las personas. Nada se sabe del resultado que obtuviera dicha gestión.

Este Lull es el mismo señor que figura en nuestro contrato entre los *honorables consellers*. Su retrato tiene también el puesto principal en el retablo. En un documento del siguiente año, donde su hijo del mismo nombre por voluntad de la Corona de Aragón, fue nombrado cónsul por el Dogs, de Génova, se le llama «procedente de principales y antiguos antepasados» (*procreatus ex antiquis parentibus, utique generosis et notabilibus*). Puede suponerse que era un comerciante conocido en Holanda, que persuadió a sus colegas a que construyesen el altar de su capilla conciliar en el nuevo estilo. Según esto, o se envió el pintor a Brujas para que se preparase a tal trabajo, o pertenecía a la colonia catalana de aquella población, siendo un hijo de comerciante que tuvo la fortuna de visitar el taller de van Eyck.

Dalmau estaba indudablemente en 1448 aún en Barcelona, y en 1458 recibió un encargo del rey. Pero no se han encontrado otros cuadros que lleven su firma, ni siquiera tenemos noticia de ellos o de otros de su escuela (1). Y esto apenas pue-

(1) Sólo encontramos recibo de un retablo de la iglesia de Mataró (1457-1459), descubierto recientemente.

de considerarse como causa, puesto que desde el siglo xv se han encontrado allí tantas pinturas.

La tabla de San Ildefonso, tan discutida en la compra de la Colección Bourgeois, en Colonia, por el Museo del Louvre, como obra de Dalmau, sólo tiene en la composición una cierta semejanza con el retablo de Barcelona. Procede de un pintor castellano de hacia 1500. La tabla provenía de una iglesia de Valladolid; y en Avila, en el gran retablo de la catedral, del año 1508, encontramos su maestro. Las historias del mismo son de Pedro Berruguete y Juan de Borgoña; los santos de Predella de *Santos Cruz*, y éste es el autor del San Ildefonso. La coincidencia en el estilo, dibujo y demás particularidades no se explica bien.

Pero ¿cómo no halló Dalmau seguidores? Quizá porque el hueco entre lo antiguo y lo nuevo era demasiado grande. Al archivero municipal le parecían las cualidades de la tabla tan extraordinarias comparadas con las obras de los contemporáneos, que pudo creer en un momento de inspiración, en *un presentimiento superior a su época*. De hecho, la pintura catalana de la primera mitad del siglo nos muestra un aspecto muy diferente, nos sentimos allí en otro clima. Luz, actitudes y colores claros, narración animada; en las circunstancias dramáticas, movimientos desordenados; en las tranquilas, gracia; paños fluidos y de gran vuelo, las facciones de la Virgen y de los Santos, a menudo de una amabilidad que recuerda a los maestros de Siena y de Colonia.

Además, fastuosidad en el oro del fondo y en los dorados de los edificios, en los utensilios y en los trajes. ¡Cuán completamente distinta era la impresión de una tabla flamenca! El nuevo sistema estaba pictóricamente más alto; pero suministraba también más alta formación del gusto, que sólo se ha de educar a sí mismo. Proscripción de los metales nobles, sustitución de las superficies brocadas y doradas por los paisajes, en cuya belleza el meridional no se complace tanto; figuras dibujadas ciertamente con modelo, pero de movimientos tan

duros, que al lado de aquellas de movilidad desembarazada y graciosa, parecen frías, de palo; este conjunto aparece a la mirada del español sobrio y pobre. El paso fue demasiado brusco. Por esto, Dalmau recibió pocos encargos y halló pocos secuaces. Sentíase lo extranjero de aquello: no era visto con ojos benévolos. Cuando el alemán Michel Loquer o Louguer, con su discípulo Juan Federico, construyó en 1483 la cornisa del coro de la Seo, obra que, como dice *Piferrer*, perpetuará su nombre mientras haya corazones que amen la belleza, su trabajo fue declarado por el capítulo defectuoso, y la viuda del artista muerto, entretanto, perdió la mayor parte del precio ajustado.

CARLOS JUSTI

EL CLONDIC

Y LA VIDA DE LOS BUSCADORES DE ORO

XII

Otoño de 1899.

—Buenos días—dijo al ver a Billy Edwards, el guardián de los depósitos al servicio de la Compañía de transportes de Seattle y del Yukon.—¿Cuándo ha llegado usted aquí? La última vez que le vi fue en San Francisco.

—Sí—me contestó.—Poseía en Pehima una línea de ómnibus cuya explotación dirigía. Ahora gano aquí cien dólares al mes y la comida, y todavía debo considerarme feliz.

—¿Está usted aquí desde hace mucho tiempo?

—Desde hace unos tres meses.

—¿Por qué no busca usted una mina?

—Porque ni tengo dinero ni conocimientos técnicos. Me encontré algo perplejo cuando desembarqué.

Y añadió con risa franca:

—Supongo que no hace mucho tiempo que está usted en Dawson.

—No—repliqué,—cerca de dos meses.

—Pues bien, pasee usted por la población. Encontrará usted algunos muchachos que tenían una posición en California,

y que, sin embargo, han venido aquí: Milty Latham, Sam Poud, Charley Fairbanks y otros, han venido al Clondic para hacer fortuna. Es siempre la misma historia.

El padre de Latham había sido gobernador y senador de California en los Estados Unidos. El padre de Poud era alcalde de San Francisco. Los fuí encontrando a todos. Habían venido por tierra, sobre el hielo, después de haber dejado la costa, abundantemente provistos de provisiones. Pero murieron sus perros, luego sus caballos; faltáronles los víveres. En fin, tras un viaje de varios meses, llegaron a Dawson a principios de la primavera, en el más triste estado. Pero tenían dinero y, a falta de experiencia, no carecían de valor. Luego de haber recobrado fuerzas, fueron a las minas y compraron propiedades, que explotaron durante el otoño y el invierno siguientes, con mejor o peor resultado, más a menudo peor que mejor.

Había mucha gente en Dawson; las calles estaban llenas de hombres y mujeres, y cuando se paseaba uno por Front-Street, a lo largo del río, podía uno figurarse que estaba en el Strand. La calle estaba enmaderada, y tenía alcantarilla y aceras. El lado Este lo ocupaban numerosas tiendas, todas bien provistas, y cuyas ventanas, ¡gran maravilla!, tenían cristales con marcos. El otro lado, es decir, el Oeste, lo bordeaba el muelle del río. Muchas mujeres bonitas paseaban por la calle arriba y abajo, con trajes muy llamativos. En sus ojos, demasiados brillantes, y en el carmín de sus mejillas, podía observarse que habían trasnochado mucho. El número de mujeres honradas seguía siendo muy restringido. Las esposas y las hijas no se apresuraban a ir al Clondic. Los maridos que allí trabajaban tenían que proveer de dinero a las que habían dejado en casa; y antes de atreverse a mandar en busca de su familia, tenían que calcular su porvenir asegurado y su fortuna en buen camino. Además, las gentes de otras partes se formaban ideas tan raras de los habitantes del Clondic y de su manera de vivir, que costaba mucho trabajo decidirles a ir a aquel

país de hielo. El amor a sus maridos no siempre bastaba para atraer a las mujeres, y se necesitaban para decidir las largas razonamientos y buenas razones. Sin embargo, estos terrores imaginarios debían disiparse poco a poco con el tiempo, y al año siguiente veíanse en Dawson dos escuelas y tres iglesias. Por lo demás, este invierno era ya menos malo en este concepto que el invierno de 1898. Habíase dado entonces una gran comida, de la que se había tratado de excluir a todas las mujeres de costumbres dudosas; y uno de los periódicos de Dawson había hecho observar que, por poco rigor que se tuviera en la elección, no quedarían bastantes mujeres para formar dos parejas de baile. Esto era una mentira grosera, que nos hizo despreciar a su autor; sin embargo, el artículo no dejó de alcanzar el fin que se proponía, y de hacernos peores de lo que éramos a los ojos del mundo. Los golpes más duros que nos asestaban procedían de los que vivían con nosotros y nos eran conocidos.

A la orilla del río había una larga fila de barcos. Conté once. Me dijeron que había por término medio una llegada y una salida al día. Aquellos barcos procedían los unos de la fuente, los otros de la desembocadura del Yukon, es decir, de White-Horse o de San Miguel. Un barco que llegara con una carga de doscientas toneladas, le descargaban y se marchaba al cabo de veinticuatro horas. Los descargadores percibían un dólar y medio por hora, y no podían descansar un instante hasta que el barco no estuviera en disposición de zarpar en busca de otro cargamento. El verano era demasiado corto para que se perdiese el tiempo y no se aprovecharan todos los días y todas las horas. Hacíase el viaje de San Miguel en diez y seis días. Yo había tardado ventiuno el año pasado.

Encontré en el muelle al capitán de la *Leah*, Mac Ginley, que acababa de llegar.

—¿Cómo es—le pregunté—que va usted tan de prisa con el mismo barco y las mismas calderas que el año pasado, cuando vine con usted?

—Por de pronto quemamos más leña—me contestó;—antes nos tasaban en poco el número de *cuerdas* que habíamos de quemar. Ahora, en cambio, nos piden que vayamos lo más de prisa posible.

—Sin embargo, tenían ustedes que recorrer igual camino el año pasado, y el río es siempre el mismo.

—Pero no teníamos los mismos pilotos—replicó el capitán.—Hemos despedido a todos los pilotos indios. Los que tenemos ahora proceden del Mississipi. Les hemos contratado por tres años, aunque no tengamos necesidad de sus servicios sino durante seis meses del año, puesto que lo restante del tiempo la navegación es imposible. Estos pilotos del Mississipi han llegado aquí en primavera, y conocen el lugar de los bancos de arena, las corrientes y las diferentes profundidades del agua mejor que los indios que han pasado toda su vida en el río. El indio se detiene cuando no hay más que tres pies de agua bajo la quilla del barco; espera, busca, hunde las perchas... El blanco fuerza el vapor y pasa a través del lodo blando y poco resistente hasta que está a un agua más profunda... Pero, hasta la vista—concluyó el capitán saludándome.—Me han dicho que está usted en camino de la fortuna y de hacerse rico; espero que no me han engañado. Tengo que estar en San Miguel dentro de siete días, lo más tarde.

A los cinco minutos, la *Leah*, después de virar y trazar su curva elegante en las aguas del río, como para saludarnos, se alejó con una velocidad de doce millas por hora y desapareció tras Mossehide.

La historia que acababa de contarme el capitán puede compararse con el ejemplo de las zapatillas y de los calzados de fieltro: el indio queda siempre indio, mientras que el blanco ama el progreso y trata de mejorar su estado.

Detrás de la *Primera Calle* corrían ahora la *Segunda Avenida* y la *Tercera Avenida*, ambas cortadas por calles transversales. La charca sobre la que estaba construido mi almacén

había desaparecido. Habían desecado el suelo que ahora era firme. Una calle pasaba ante las puertas, y había al lado varias cabañas y hasta una casa de dos pisos. En las calles paralelas y adyacentes había algunas tiendas elegantes, con ventanas de cristales y rodeadas de viejas cabañas sucias. Digo *viejas*, porque todo el mundo las calificaba ya así; pero no tenían más de dos años de existencia.

Encontrábanse caballos en todas partes, enganchados a camiones o a carros. En los muelles se amontonaban haces de hierba, traída por los barcos; los había también a lo largo de las calles, en los terrenos todavía vacantes. En el extremo del llano, sobre el suelo inclinado, en donde hubo antes una charca de agua estancada, y que ahora era seco y salubre; formaban manchas aquí y allí cabañas nuevamente construídas. Carpinteros afanosos trabajaban a toda prisa; oíase por todas partes el ruido del martillo o el chirrido de la sierra; una ciudad de madera y de cristal sustituía a las tiendas de lona y a las cabañas de troncos de árboles. Parecía raro, en verdad, entrar en una verdadera casa, hallar una alfombra en el piso y un piano en la sala; estábamos asombradísimos de que hubiese tres habitaciones en el primer piso, y otro piso más. Sin embargo, observé que los tabiques que separaban las habitaciones no subían hasta el techo, y que quedaba entre los dos un espacio de unas diez y ocho pulgadas. La estufa, brillante y niquelada, era de grandes dimensiones y ocupaba el centro de la habitación mayor.

Por la noche, aquel otoño de 1899 se parecía mucho al de 1898. Se había reconstruído todo lo que destruyó el fuego del mes de Abril anterior, con materiales más sólidos y sobre cimientos más profundos. Sin embargo, las casas de juego, con las contiguas salas de baile, seguían ocupando el mismo puesto en Front-Street, y se veía siempre entrar o salir la misma muchedumbre. La mayoría de las gentes vestía mejor; veíanse más camisas blancas y botas charoladas; y, en su mirada firme y dura, en su rostro impasible, reconocíase a jugadores

de profesión. La mitad de la población permanente de Dawson vivía de noche y dormía de día.

Dos de los *dance-halls* se habían transformado en especie de teatros, en donde se bailaba y se representaban obritas de uno y dos actos. Tales salas no eran frecuentadas sino por hombres. No era que las obras fuesen inconvenientes (algunas eran producciones locales); pero la entrada se encontraba en el fondo de la sala de juego, y para llegar había que pasar entre el faro y la ruleta, en medio de una masa compacta de hombres que escupían, fumaban, bebían, jugaban y juraban: era un guante de desafío que ninguna mujer podía recoger.

En la otra sala, más decente, había, mezcladas con la multitud, jóvenes y lindas mujeres. Jugaban al faro y a la ruleta, de pie en medio de los hombres, con la misma desenvoltura y el mismo descuido que si se hubieran encontrado sobre las espesas alfombras de terciopelo del casino de Monte Carlo. Tenían continuamente que ver con el pesador de polvo de oro, que estaba junto a sus resplandecientes balanzas de cobre, y todas llevaban con ostentación saquitos en sus manos enguantadas. Pocos hombres jugaban de una manera tan constante. Ellas llegaban al bar, cuya balaustrada iba desde la ventana que daba a la calle hasta la puerta del teatro. La madera pulimentada del mostrador resplandecía. Largos espejos estrechos adornaban las paredes, en el fondo, y las botellas de todas clases y tamaños se reflejaban hasta lo infinito. Las damas se miraban complacientemente en los espejos, arreglándose y componiéndose. Alguna de ellas, dando la vuelta a la sala, decía a las personas que saludaba al paso:

—¿Quieren que tomemos algo juntos? Aquí está mi bolsa. Y echaba sobre el mostrador un saquito de piel de gamo, repleto de oro.

Con su cara de facciones regulares, era muy bonita y vestía espléndidamente. Era una colegiala de Sacramento, que se había dejado deslizar de California al Oregón y del Oregón al Clondic, o, por mejor decir, a Dawson, porque nunca había

visto el río. No hubiera sido para ella de ninguna utilidad. Era la más elegante de la población, y mantenía a distancia a todos sus admiradores. Decíase que había rescatado una hipoteca de diez mil dólares sobre una finca perteneciente a su madre, cerca de Sacramento. Corría también el rumor de que poseía un cinturón hecho con una cadena de oro de mil dólares, y que si hubiera querido «liquidar su situación», había podido dejar el país con cincuenta mil dólares.

Aquella noche me divertía en seguirla con los ojos durante una hora; entre las mesas de ruleta y el bar, debió gastar muy bien mil dólares. Perdía y pagaba con flemma imperturbable y un aplomo que no se desmintió un momento. La manera que tenía de jugar probaba, por lo demás, aptitudes y conocimientos infinitamente superiores a los míos. Cierto es que yo, durante los tres años pasados en el Clondic, no puse nunca un dólar en una mesa de faro o de ruleta. La cosa no me tentaba mucho, y de otra parte, estaba mal iniciado, y además estaba bien decidido a no gastar en Dawson nada que hubiera podido servirme en mis minas. Pensaba que había allí un campo más profundo y más rico, y lo cultivaba consagrandome todos mis esfuerzos, esperando el momento en que, habiendo plenamente triunfado, pudiera marcharme con alegría y exclamar, como Montecristo: «¡El mundo es mío!»

Vi a un hombre perder veintiún mil dólares en una noche al faro; el mismo perdió otros cinco mil dólares durante la semana. Pagó moneda sobre moneda; pero esto disminuía sus recursos, debilitaba sus nervios y perjudicaba a su reputación.

Había que luchar contra mil tentaciones durante aquellos meses maravillosos de otoño, Agosto y Setiembre de 1899. Era la mejor estación del año. Entrábase oro en la ciudad a lomo de caballo. Cuando los mineros se decían entre sí el oro que habían encontrado, se contaba, no por dólares u onzas, sino por libras. ¡Oh tiempos felices! Los barcos aportaban todos los días objetos de lujo. Comíamos entonces ostras frescas, terrinas de *foie gras*, naranjas, melocotones, albaricoques, golosinas...

Veíase a menudo a un robusto minero, de rostro claro y respirando salud, de ojos brillantes y miembros sólidos, ir lentamente por la calle principal, entrar en cada taberna y convidar a todos los que se encontraran, cualquiera que fuese el número, a medio dólar por cabeza. Llevaba los bolsillos llenos de frutas y golosinas.

—Vamos, Steve, bebamos. Y vosotros, compañeros, acercaos. Tomad una naranja, hacedme el favor. Acaban de llegar de Vancouver en el *Sofía*. No valen más que cincuenta cientos cada una, no es nada. Yo no he comido nada tan bueno desde mi niñez. Toma, patrón, ahí tienes mi saco. Cóbrate, pero no me robes.

El patrón no robaba, pero ponía, naturalmente, buen peso en las balanzas, sirviéndose del polvo de oro. Esta operación ascendía a veces, en los establecimientos mayores, a cien dólares cada veinticuatro horas.

XIII

Invierno de 1899.

El agua empezó a helarse en el Bonanza el 22 de Setiembre de 1899. No había caído aún mucha nieve; pero la temperatura había bajado mucho desde hacía una quincena. El 1.º había yo dejado el trabajo de noche. Entre las diez y las once, los rayos del sol ablandaban la superficie del hielo en los riachuelos, lo que nos permitía sacar agua; lo aprovechábamos para trabajar sin descanso lavando la grava hasta las siete o las ocho, hasta el momento en que volvía el hielo. Durante las diez horas en que teníamos agua, cuarenta hombres trabajaban sin perder un instante, porque la extracción del lodo se hacía muy de prisa. Por la mañana, cuando el hielo empezaba a fundirse, el agua corría lentamente sobre las piedras, y activábamos también el deshielo con agua caliente y vapor que

un tubo aportaba de las calderas. Se pierde mucho más polvo de oro cuando el agua está muy fría. Cuando se hace pasar la corriente por las lavadoras llenas de lodo, la grava se desagrega, y el oro cae en el fondo del recipiente tanto más de prisa cuanto más fuerte es la corriente. Pero cuando el agua que llega es fría y contiene partículas de hielo, parece que tiene cierta afinidad para el oro; se desliza por encima de los peines y se escapa burbujeando como agua de jabón. A los mineros no les gusta lavar el oro en lavadoras con tiempo frío, y repasan cuidadosamente lo que ha quedado, para ver si no han perdido más oro del que habitualmente se pierde; porque siempre se pierde un poco, incluso con los nuevos procedimientos perfeccionados que emplean actualmente. He sabido que en algunas minas muy ricas de Eldorado, algunos mineros ganaban hasta veinte dólares al día pasando por tamiz los restos abandonados. Pero en ese río las minas eran de una riqueza excepcional, y además se las explotaba en 1897 y 1898, época en la que las gentes eran más descuidadas y menos previsoras que hoy. Pienso que en mis minas, las pérdidas podían elevarse al cinco por ciento, no más seguramente. Todavía se me antojaba esto mucho, y hacía cambiar continuamente la forma y las dimensiones de las máquinas de lavar, el espesor y la dirección de los peines; disminuía o aumentaba la fuerza de la corriente para remediar este inconveniente. Varias veces al día lavaba la grava que había salido de las máquinas; y si hallaba uno o dos granos de polvo de oro de más que la proporción ordinaria, mareaba al contramaestre y a los hombres que lavaban y manejaban las vagonetas, invitándoles a aportar alguna mejora, haciéndoles cambiar algo, muy a menudo en balde. Hacía ensayar todo. Sólo con esfuerzos y ensayos repetidos, así como con la experiencia, se puede realizar algún progreso.

Cuando el hielo hizo presa en los riachuelos, despedimos a la mayor parte del personal de la mina y nos preparamos para el trabajo del invierno. Nos pusimos, como en otro tiempo, a extraer grava de las galerías y sus ramificaciones. Las vago-

netas, por sus railes, llevaban esa grava al pie de la colina, y se la amontonaba en pilas enormes a la orilla del río, en espera de poder lavarla cuando la vuelta de la primavera trajese el deshielo y las aguas tan esperadas reanudasen su curso de las montañas al mar. El trabajo consistía en dos operaciones bien distintas: había primeramente que extraer la grava, lo que ocupaba todo el invierno; después, el lavado, en la primavera. El trabajo de invierno es, naturalmente, mucho más costoso. Todo entonces es más caro. Se ve uno retrasado por muchas cosas, y los hombres no pueden trabajar ni tanto tiempo ni tan fructuosamente como en verano. Sin embargo, cada tonelada de grava que se sacaba de la mina, era para mí un paso hacia la liberación y me aproximaba al mundo, a Londres, a París, al Nilo, a mi querida California. Así empleé treinta hombres durante el invierno, y en la primavera tenía dos pirámides de lodo que se elevaban a mucha altura en la orilla. No había más que lavarlas cuando el agua llegara. Bauticé a mis pirámides con los nombres de Cheops y de Chefren. No eran ni tan altas ni tan duraderas como sus homónimas egipcias. Sin embargo, distrajeron mi espera y me permitieron pensar, al contemplarlas, en la alegría que tendría al ver de nuevo las otras.

Permanecí en la mina hasta mediados de Noviembre. Mientras tanto, me construí un hotelito en el flanco de la colina, cerca de la entrada de las galerías mineras, e hice construir también un comedor con una cocina para los mineros. Tenía la intención de emplear cien hombres al verano siguiente, y estaba en el deber de proveerlos de alojamientos confortables. Y además, tenía necesidad de una habitación cómoda y situada todo lo cerca posible del lugar en que trabajaba en aquel momento, para mi secretario y para mí. No había tardado en reconocer que era sumamente incómoda la oficina construída apresuradamente el año anterior; estaba muy alejada y era demasiado expuesta. Tanto hubiera valido vivir en la calle.

Mi secretario debía volver en primavera. Estaba actual-

mente en San Francisco, y haría el viaje por el hielo. Comprendía que me sería de gran alivio un ayudante inteligente, tanto más, cuanto que las responsabilidades deberían ir aumentando en lo sucesivo y tendría que ejercer una vigilancia cada día más activa.

Determiné el lugar de las nuevas galerías y ordené empezar los trabajos. Compré por contrata cuerdas de leña, a veinte dólares la cuerda, que debían entregarme en el verano siguiente, antes de empezar el deshielo; porque un tiro de caballos, que podía arrastrar un trineo cargado con dos cuerdas y media de leña sobre una pista de hielo, no hubiera podido acarrear una carga mitad menor sobre nieve deshelada y fango que, a fines de primavera y principios de verano, cubrían el suelo y tapaban la pista. La leña se cortaba en los bosques situados a unas cinco millas de la mina, en las montañas al Este del riachuelo Adán. Estos bosques comprendían sobre todo olmos, abetos, algunos pinos y hasta cedros de tamaño medio. Había también, en el bosque de Alaska, algunos álamos del Canadá. No faltaban leñadores. El país estaba lleno de hombres que buscaban trabajo; pero aquel invierno no había más que un número relativamente restringido de minas en explotación, y todas ocupaban un personal muy reducido. Empezábase a comprender que la mejor estación para trabajar en las minas es el invierno. Por esto, los mineros que no hallaban trabajo durante el invierno, iban a Dawson, compraban provisiones, buscaban un compañero o dos, y marchaban a los bosques, en donde plantaban su tienda para cortar árboles lo más pronto posible. La leña era muy solicitada, y un buen leñador podía ganar hasta siete dólares al día con un trabajo asiduo y penoso, tallando árboles y cortándolos en los pedazos del tamaño requerido para ser vendidos por cuerdas. El trabajo no faltaba para los que querían trabajar, y, en una o en otra cosa, había dinero que ganar. Aunque el termómetro marcase de ordinario cincuenta grados bajo cero, el Clondic era un paraíso para todos, salvo, por supuesto, para los perezosos.

Cuando iba a Dawson, paraba en el hotel Macdonald. Era un bonito establecimiento de dos pisos, bien acondicionado, comprendiendo en el de arriba las habitaciones, y en el bajo un bar y un comedor. El método de calefacción era sencillo y verdaderamente práctico. Al pie de la escalera, en el *hall*, había una amplia estufa de un nuevo sistema perfeccionado, muy elegante y enteramente niquelada. Llena de combustible, caldeaba suficientemente toda la casa durante los días más fríos. Era una especie de calorífero, del que partía una verdadera red de tubos que irradiaban alrededor, y subían y bajaban, a lo largo de los pasillos a los que daban las puertas de los cuartos. Si se tomaba la precaución de dejar la puerta entreabierta al salir, los tubos que pasaban por los corredores y subían hasta los techos llevaban bastante calor a las habitaciones para hacerlas completamente habitables. Pero debo decir que en tales habitaciones no se abrían nunca las ventanas desde Noviembre hasta Marzo inclusivamente. Eran ventanas dobles, de cristales gruesos, que, sin embargo, daban una claridad suficiente. Había en todas partes alfombras, en los cuartos, en el *hall* y en los pasillos. Las habitaciones estaban bonitamente amuebladas, y la casa tenía un aspecto alegre y familiar. Yo me sentía regenerado, fortificado y lleno de entusiasmo. Y cuando hube oído las sencillas canciones que cantaba Anita Lauria, acompañándose al piano, en la habitación del señor Macdonald, me pareció haber entrado por completo en el círculo del mundo civilizado.

Dawson estaba muy cambiado. Era difícil comparar el Dawson del invierno de 1898, con sus cabañas de una sola pieza, sus habitantes mal vestidos, sus calles interceptadas por troncos de árboles, y el Dawson del invierno de 1899, con sus casitas bien acondicionadas, de varios pisos, sus habitantes bien vestidos, y sus calles claras y bien trazadas. Era una transformación.

Hacía tanto frío como el invierno anterior, pero no lo notábamos. Estábamos aclimatados. Nuestro cuerpo se había he-

cho a aquel género de vida y a las condiciones de la existencia en aquellos países, por su bien, porque nunca habíamos estado de mejor salud y nunca habíamos tenido el espíritu tan vivo y tan claro. En vez de temblar de frío y de estremecernos acurrucados junto al fuego, salíamos, andábamos al aire libre y jugábamos al tennis sobre el hielo liso y claro del río, con patines. Dimos carreras en trineos de perros remontando el Clondic, lo que nos producía tanto bien como placer. Pronto se puso muy de moda para las señoras guiar ellas mismas tiros de perros, y hacer cortas excursiones a cinco y seis millas de la ciudad; dirigiendo solas como los conductores más prácticos. Llevaban faldas cortas, botas de paño, tocados de pieles y mitones; pero nunca se les vió abrigos de piel ni siquiera de simple lana; ni llevaban manguitos en aquellas excursiones, aunque el frío fuera extremadamente vivo y el termómetro descendiese de una manera espantosa. Consideraban con dulce piedad a las mujeres *chzechakas* que habían llegado al Clondic en el verano o el otoño último. Estas, desde principio del invierno, no salían a la calle sino impulsadas por una necesidad absoluta y cuando verdaderamente no podían hacer otra cosa; y cuando lo hacían era vestidas de espesas pieles, que les daban la forma de una bola y las semejaban a un puerco espín. He visto a una señora que llevaba tres inviernos en el Clondic, pasar por la calle riendo, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes; se había echado atrás su gorra de piel, y charlaba con sus amigas, tan tranquila y descuidada como si, en vez de cuarenta grados bajo, el termómetro hubiera marcado cuarenta grados sobre cero.

Tom Chislom no llevaba jamás en la cabeza sino un viejo sombrero de jipijapa. El capitán Scarth, que salía sin guantes y sin mitones, no tuvo nunca un dedo helado.

Yo había ido a Dawson para pasar un invierno agradable. Sabía ahora que nuestras minas eran buenas y me producirían mucho el verano siguiente. Estaba satisfechísimo de haber venido al país, y resolví divertirme un poco. Como había vivido

en una mina todo el verano, conocía pocas mujeres y muy pocos hombres en la ciudad. Pero pronto hice conocimientos, y al poco tiempo ofrecí una comida a algunos de mis nuevos amigos.

El restaurant era famoso, sobre todo, por sus precios excesivos. Sin embargo, yo no tenía donde elegir, porque necesitaba ir a aquél o no hacer nada. Había otros, pero que no tenían salas suficientemente vastas para dar una gran comida, y a las que, además, no hubieran podido ir mujeres distinguidas, lo que ponía fin a la cuestión. Enviamos unos hombres a la montaña a buscar helechos, que permanecen siempre verdes bajo la nieve, y que encontraron con bastante facilidad ahondando. Tuvimos también otras plantas de adorno, con las que engalanamos la sala. Nuestros músicos, en número de cinco, no concertaban quizá con todo el rigor apetecible, y ocurrió que a veces su armonía era algo discordante; pero debo hacerles la justicia de decir, que individualmente sus instrumentos podían ser siempre oídos y distinguidos. Sus melodías eran sencillas; eran aires viejos. Preferíamos siempre los que ya conocíamos, o, en su defecto, los que debían ser familiares a los músicos. Reproduzco aquí la lista de mi comida, y no creo que se la juzgue mal, dados la época y el lugar.

M E N U

Ostras Baltimore.

Sopa.

Consommé Imperial.

Jerez.

Pescado.

Sombra del Clondic.—Colihan de Alaska.

Sauterne.

Ensalada.

Langosta.

Entradas.

Hígado de ave.—Empanadas de pollo.

Clarete.

Hors d'oeuvre.

Asado.

Vaca.

Champagne.

Caza.

Ptarmigan con setas.

Legumbres.

Guisantes.—Espárragos.

Oporto.

Postres.

Tortilla al Ron.—Queso Roquefort.

Frutas frescas.—Nueces.—Uvas.

Jeréz.

Café.—Licores.

Las ostras en conserva eran un verdadero dón de los dioses, y acababan de llegar de White-Horse, en trineo de perros. Hombres y mujeres vestían de etiqueta. La manera que tuvieron algunas de procurarse el traje es toda una historia. No había en toda la ciudad sino un solo sastre, y confesaba no haber hecho nunca un frac en su vida, por haber ejercido siempre su profesión en los países situados por encima de los cincuenta y tres grados de latitud. De otra parte, los exploradores que iban al Clondic en busca de fortuna, se dejaban, como es natural, los trajes en casa, y hasta entre los oficiales que residían en Dawson aquel invierno, muy pocos tenían en su ropero el uniforme de gala o el frac de paisano. Pero las mujeres, seres previsores y que piensan en todo, se habían mostrado prudentes y no se habían dejado nada tras ellas. Ellas nos pidieron, a nosotros los hombres, que nos vistiésemos «como caballeros», y les obedecimos.

Mi ejemplo fue prontamente seguido. Se dieron otras comidas, y hasta un baile algo más adelante, por San Andrés. De los anglo-sajones que había en Dawson aquel invierno, los más eran escoceses, que hubieran formado la mayoría de la población de Dawson si no hubiese sido por los canadienses. Los escoceses y los suecos han predominado siempre en esos países del Norte.

Todos los que pudieron procurarse el traje de rigor acudieron. Se pilló literalmente la ciudad para hallar telas y todo lo necesario para hacer trajes de un color y un corte convenientes. Toda mujer que sabía cortar y coser estaba ocupada, ya para sí misma, ya para un amigo, a menudo para un amigo y para ella misma a la vez. Los sastres surgían por todas partes, como hombres de Cadmo, y percibían sumas exorbitantes por trajes que pretendían «hechos a medida».

Dawson se convirtió en pocos días en una ciudad mundana. Me acordaba de los tiempos en que no se veían sino calzados de goma, de los tiempos en que nadie llevaba otra cosa que camisas de franela y abrigos de pieles. Pero se tuvo de repente la impresión de que los que no iban al baile estaban aparte del mundo y no pertenecían a la buena sociedad.

La comisión que organizó el baile se encontró en una situación de las más embarazosas para elegir las damas a que había que invitar; porque era preciso contar, de una parte, con las que querían ir al baile, y de otra, con las que se negarían a ir si algunas iban.

Había entonces en Dawson una media docena de mujeres cuya posición y reputación eran inatacables. Se reunieron sin ruido y se constituyeron en comité de examen. Todas las demandas hechas por las mujeres que querían ir al baile habían de serles sometidas, sin lo cual se negaban a ir al baile. Y si ellas no iban, claro está que no hubieran temblado las esferas, pero no hubiese habido baile. Censuraban las demandas sin merced. No hubo nunca gran chambelán cerca de una reina, que examinase los nombres con cuidado más meticoloso, que

hiciera más investigaciones, que se mostrara más severo que aquel Consejo de los Seis. Y estaban bien enteradas, ¿Quién las informó y cómo supieron lo que sabían? Misterio. Aquellas pocas mujeres, que vivían tranquilamente en sus casas, que pocas veces se las veía en la calle, que no trataban sino a un número restringido de amigas, conocían a toda mujer de la ciudad en los detalles más íntimos de su vida, estaban al corriente de su situación actual y hubieran podido contar la historia de su pasado, y hasta quizá—¿por qué no?—la de su porvenir. Empezábase a murmurar que Miss Larkin era una divorciada de Seattle, que Miss Bertrand tenía un marido y dos hijas en San Francisco, que Mrs. Charles no estaba casada con Mr. Charles, que el marido de Miss Godchaux había venido de Ottawa a Dawson el otoño último, y que ella le había convencido, merced a numerosos regalos, para que se volviera y la dejase en paz.

Tales eran las mujeres que tenían una situación digna, que eran respetadas en la ciudad y consideradas como las mujeres más honradas del mundo. En cuanto a las numerosas bellezas errantes que frecuentaban las casas de juego, no estaban comprendidas en la proscripción, porque no figuraban en la lista de las que se presentaban.

Sin embargo, cuando llegó el gran día, el número de las mujeres presentes pasaba con mucho de ciento, y Dawson pudo felicitarse de poseer, a pesar de este procedimiento de selección, tantas bellezas puras e irreprochables.

Al poco tiempo se celebró la comida de los ex-cadetes de la Escuela Militar del Canadá. Fue la fiesta más simpática y que mejor resultó. Pronunciáronse discursos y brindis con buen vino, que no faltaba, y todos aquellos uniformes de oficiales alrededor de la mesa hacían pensar en un banquete en el Hotel Cecil.

Nos hacíamos completamente ciudadanos. Sin embargo, seguíamos sin telégrafo, el correo era de una lentitud desesperante y poco seguro, y no recibíamos periódicos. Varias per-

sonas dejaron el país por tierra, pero muy pocas llegaron.

A decir verdad, estábamos casi tan aislados del mundo como en el invierno anterior, a pesar de nuestros progresos aparentes. Así fue que nos dedicamos por completo a nuestros deportes y a los placeres locales, para tratar de olvidar un poco que estábamos, en suma, proscritos del mundo civilizado.

Un hospital fundado por jesuitas había sido, durante los años de 1897 y 1898, el único refugio para los mineros enfermos del Clondic. Se había gastado mucho en pro de los enfermos y los indigentes; y alguien tuvo la idea de organizar un bazar y una venta de caridad a beneficio del Hospital. Inmediatamente se reunió un grupo en los cuarteles, que discutió la proposición, la aceptó y eligió una comisión conveniente. La señora capitana Stames fue nombrada presidenta de la sección de mujeres, y a mí se me otorgó la presidencia de la sección de hombres. Nosotros debíamos ocuparnos de todo y tomar la dirección del asunto. La señora de Stames era una francesita canadiense picante, viva y animada, sumamente simpática. No era menos enérgica e inventiva que espiritual. La apodamos la *caporalita*. Su marido, el capitán, que era de origen inglés, como su nombre lo indica, era en aquella época el segundo jefe de la policía; además, juzgaba los procesos relativos a los delitos de poca monta. Se temían y se respetaban sus juicios y sentencias draconianas. Gracias a él y a su severa jurisdicción, los mineros no se embiagaban demasiado, y las luchas no eran demasiado frecuentes. Cuando la policía había expuesto los motivos de una detención:

—¿Qué tiene usted que decir en su defensa?—preguntaba el magistrado al detenido.

—Pues bien, mire Vuestro Honor. Yo había salido con Fred Olsen para ir a echar un traguillo... y todo lo que recuerdo, es que Jim, aquí presente—y señalaba al policía—me tumbó en la nieve. Era el traguillo, señor, ese maldito licor que fabrican ahí abajo, al Oeste de Dawson... Y que me condene si...

—Sesenta dólares de multa o treinta días en las pilas de leña. Vamos al otro suceso—decía el capitán.

Harry Nunn fue detenido una vez por la misma razón y llevado ante el juez. Harry y Starnes se conocían muy bien; pero cuando actuaba, el capitán se hacía inflexible como Radamanto. Tenía una elevada opinión de lo que debe ser la dignidad de un tribunal. Así, cuando Harry apareció en compañía de algunos conductores de trineos, detenidos como él, en la audiencia de la mañana, con las facciones tan descompuestas que parecía haber pasado diez noches en vez de una en la cárcel, el tribunal pareció consternado.

—Comprenda usted, capitán...—dijo Harry, que todavía no se había repuesto bien.

—Yo no soy el capitán aquí. Soy el magistrado.

—Pues bien, *jall right!*, magistrado. Comprenda usted que yo estaba sencillamente tumbado en la acera para refrescar mi mente febril, cuando este animal—y señalaba a quien le había detenido—vino a perturbar mis sueños. Era un insulto grosero. Yo estaba tan borracho como ahora. Le denuncié, pues, y doy queja ante este augusto tribunal.

El tribunal hizo entonces observar que Harry se había metido las manos en los bolsillos de su pantalón, lo que constituía una imperdonable infracción al código de las conveniencias.

—¿Dónde tiene usted la manos?—preguntó el juez con retintín.

—Pues en el extremo de mis brazos—contestó el acusado.

—¿Dónde tiene usted las manos?—volvió a preguntar el tribunal con tono glacial.

—¿Pero dónde demontre quieren ustedes que estén sino aquí, en mis bolsillos?—afirmó solemnemente Harry, completamente inconsciente de su delito y sin cambiar las manos de posición.

El tribunal se levantó.

—Sí, en los bolsillos; en donde no deberían estar nunca

mientras que es usted interrogado por el tribunal. Se lo he advertido dos veces. Oficial, lleve este hombre a la carcel y tén-gale en una celda durante veinticuatro horas. No deje que le vea nadie.

Harry fue llevado fuera de la sala, sin que comprendiera bien por qué ni cómo. Necesitóse que intervinieran media docena de personajes muy influyentes, entre ellos el oficial superior de Starnes, para que se nos permitiese ver al desdichado Harry. Y tuvo que cumplir sus veinticuatro horas de arresto.

Pero vuelvo a mi bazar. No había más que una sala adecuada, y pertenecía a Charley Meadons. Este Charley, como ciertas damas de Dawson, tenía también una historia. Había vivido mucho tiempo en el Colorado, en Méjico y en varias ciudades del Oeste; se había batido con los indios y hasta había sido sherif de Arizona. Alto, apuesto, arrogante, con largo pelo negro y ojos brillantes, representaba bastante bien el tipo de Buffalo Bill; y ciertamente, el célebre cazador no era más hábil que él para montar a caballo y cazar en la pradera.

En el mes de Agosto de 1897, Charley vagaba por Dawson, en compañía de un escritorzuelo ambulante. Era el invierno en que se reconoció la riqueza del país y la presencia del oro, sin poder todavía hacer cálculos precisos sobre la duración probable de una explotación o sobre la cantidad de oro sepultada en el suelo. No obstante, había gentes que consideraban las minas como inagotables; todos los días se presentaba algún nuevo millonario en las casas de juego procedente de los ríos. Charley y su amigo Virgín sugirieron a aquellos señores la idea de publicar un periódico del Clondic, que contuviese la historia del país y en el que relataría, en compendio, la historia de cada uno de dichos millonarios. Su idea recibió inmediatamente un asentimiento universal, y al mes los dos amigos marchaban por el hielo, en pleno invierno, con cuarenta mil dólares.

El periódico del Clondic debía publicarse en San Francisco, y, en consecuencia, Charley retuvo media docena de ha-

bitaciones elegantes en el hotel Baldwin. Pasaron varios meses. Por fin, un buen día, entre dos botellas, decidió componer una hoja que hizo imprimir. El documento estaba enriquecido con horribles retratos de los nuevos millonarios del Clondic, y contenía una historia de sus vidas. Esto era todo. Fueron distribuidos ejemplares a cuantos los pedían, y en todo el país estalló una carcajada general. Charley volvió al verano siguiente sin Virgín. Este prefirió quedarse en su casa con buen instinto; el recibimiento que se hizo a Charley no fue entusiasta; le amenazaron, y si Dawson hubiera sido una población americana en vez de una población canadiense, habría habido tiros. Pero éste era un entretenimiento al que eran poco aficionados los canadienses. Estas gentes meten en la cárcel a los que cambian balas en público. Por esto no le ocurrió nada a Charley, y gracias a estas costumbres pacíficas salvó la pelleja. Después de todo, no se podía censurar a Charley; había explotado abiertamente la vanidad y la ignorancia de aquellos individuos, sin realizar nada delictivo. Pero se apartaban de él, le huían. Al cabo de unas cuantas semanas, se asoció con varios artistas, y arregló un teatro en Dawson. Justamente, el teatro estaba libre durante aquella semana de Navidad. Se alquiló para organizar el bazar, porque era la única sala en condiciones que se podía encontrar. Abrióse, pues, el bazar, y todo el mundo aplaudió la idea. Yo hice distribuir el programa de inauguración. Teníamos trozos para piano y violín, solos, coros, cuadros vivos y bailes que duraron toda la noche. Sesenta y cinco mujeres, que habían cosido o bordado durante semanas, vendían artículos de fantasía a los bravos mineros, detrás de los mostradores, a precios fabulosos. Cuando el reloj dió las once y media, se quitaron las mesas que formaban los mostradores de venta del bazar, y se dejó la sala despejada. Entonces, a razón de un dólar el baile, los hombres pudieron bailar con las damas hasta la una de la mañana. Los establecimientos de baile y de juego de Dawson estuvieron casi completamente desiertos durante aquella semana.

Las damas del bazar expresaron el deseo de ver bailar y cantar, si la cosa era posible, a las actrices de los dancing-halls de la ciudad. Como es natural, ellas no podían ir a aquellos establecimientos, y, por lo tanto, se veían privadas de esta diversión. Se habló a las artistas, que contestaron con alegría. Aquellas pobres muchachas estaban satisfechísimas de hallarse en la misma sala que las damas distinguidas, y de representar, por una vez, papeles decentes.

Lo único que nos embarazaba era la elección. Había una muchacha, una *contorsionista*, que nos dijeron que tenía una reputación demasiado mala para que se la pudiera invitar. Por esto, después de haber estado en el programa para el jueves siguiente, recibió la víspera un recado diciéndola que no podían aceptarse sus servicios. La pobre criatura lloró a lágrima viva. Comprendía que, esta vez, estaba bien caída, y para siempre, puesto que se la condenaba al ostracismo. Suplicó que se la concediese el privilegio de mostrarse por una sola vez en el bazar antes de su clausura, y amenazó, si se lo negaban, con suicidarse.

Con el consentimiento de la señora de Starnes, le permití que, la última noche, acudiese a realizar sus ejercicios, y—cosa bastante curiosa de observar—las damas la acogieron de la manera más cordial. En seguida se encargaron de cuidar de la pobre muchacha. Era bonita, con una cara simpática, y concluyó por casarse con un rico minero.

El bazar produjo, libre de gastos, doce mil dólares para los pobres; sirvió, además, para que las gentes se relacionasen, y dió origen a que se anudasen en el Clondic las amistades más íntimas que nunca hayan existido.

El 22 de Febrero, los americanos dieron una comida a los ingleses, y fue el autor de este libro quien la presidió. Cada americano debía invitar a un inglés. Eramos cincuenta a la mesa, y la charanga militar amenizó el banquete. Ingleses y americanos rivalizaron en ingenio y amabilidad, y nos separamos blandiendo tantas botellas como banderas, habiendo

perdido un poco la noción exacta de las cosas, pero capaces, sin embargo, de cantar hasta el fin «Auld Lang Syne».

XIV

El río Galena.

En 1899, poco antes de que cayeran la primeras nieves, Arturo Wellman y Jim Gild hablaban juntos en la *Aurora*.

Wellman era de Sidney, y Gild procedía de Nueva Escocia.

—¿Cuándo ha llegado usted al país?— preguntó Arturo, mientras que empuñaba un sifón y llenaba de soda su vaso de scotch.

—En Junio último. Bajé el río en una almadía, pasando por Chilkoal y el lago Bennett. Teníamos muchas mercancías, que se vendieron bastante bien y nos proporcionaron algún dinero. He pasado el verano explorando el país, no queriendo contratarme a sueldo. Pero ahora me encuentro casi sin recursos. ¿Y usted?

—Yo he venido de San Francisco, por San Miguel, hace cosa de un mes—dijo Arturo.—He estado en algunas minas, pero todavía no he hecho nada. Tampoco me gusta contratarme y llevar la vida de un asalariado. Me parece que un hombre tiene algo mejor que hacer en el Clondic.

—Entonces, ¿busca usted una concesión?—preguntó Jim confidencialmente.

—Sí—contestó Arturo.

—Pues bien; ¿quiere usted, Arturo, que le diga algo en secreto?

—¡*All right*, Jim! Diga usted.

—Oiga: conozco unos suecos que han comprado todo un equipo en la *Alaska commercial Company* ayer, y que han marchado hoy. Sé que han ido al río Galena.

¿El Galena? ¿Dónde está? Nunca he oído hablar de él hasta ahora—exclamó Arturo.

—Voy a decírselo. ¿Conoce usted la isla de Montecristo, a unas cuatro millas de aquí, remontando el Yukon?

—¿La islilla que está cubierta de álamos del Canadá?

—Sí.

—¡Oh! ciertamente la conozco bien. Tengo un compañero que ha ido a instalarse allí y que corta leña para los vapores que pasan.

—Eso es. Precisamente enfrente, al otro lado del río, se encuentra el riachuelo Galena. No es muy largo, y no nos costará mucho encontrar a los suecos. Si se han instalado allí, seguramente tienen alguna razón para hacerlo. Vámonos juntos. Compremos un equipo barato y sigámosles. Tal vez nos haremos ricos. Es un nuevo río que todavía no ha sido explorado.

—No sé—dijo Arturo con cierta duda.—No me gustan mucho esos riachuelos que no se conocen. Me parece que si hubiese oro allí, ya haría mucho tiempo que lo hubieran encontrado.

—Pero ¿qué va usted a hacer durante el invierno? — preguntó Jim.

—¡Ah! no lo sé—contestó Arturo.—Me parece que si tengo que buscar una colocación, me valdría más volverme a Sidney. Puedo colocarme en cualquiera parte. Oigame: le voy a proponer una cosa—añadió volviéndose de manera que se puso de frente a Jim.—Iré con usted a ese sitio a probar fortuna, pero a condición de que hagamos entre los dos el siguiente convenio: Si en Navidad no hemos encontrado nada, me comprará usted mi parte de víveres y de provisiones, y me dejará usted marchar. Entonces abandonaré el país.

—Sea, trato hecho—aprobó Jim.—Vámonos en seguida á la *Alaska commercial Company*, y encargaremos lo que necesitamos. Ya encontraremos una canoa en alguna parte y podremos empezar a remontar el río mañana mismo. No tenemos tiempo que perder, y quiero ponerme desde luego a la obra.

En efecto, al día siguiente navegaban por el Yukon en

una barcaza cargada de toda suerte de provisiones, excepto de carne fresca. Estas especies de asociaciones se pactaban siempre muy rápidamente, y los contratos se ejecutaban siempre lealmente, sin que hubiera necesidad de escribir una línea o de apelar a testigos. Los hombres se fiaban unos de otros, en lo que tenían razón, porque no había nunca tramposos.

Gild y Wellman encontraron a los suecos, en cuya busca iban, a cosa de una milla del Yukon en el Galena. Uno de ellos, Nels Johanssen, conocía a Jim, y le contó que una vez él y su compañero habían encontrado un poco de oro en un agujero que hicieron; pero que habían hallado agua a una profundidad de ocho pies, antes de haber alcanzado la capa rocosa.

—No sé nada más—dijo el bueno de Nels.—Tal vez haya algo, quizá no haya nada. No le doy ninguna opinión. Le prevengo, sin embargo, que todo el mundo pretende que este riachuelo no vale gran cosa.

Y, empuñando el hacha, se volvió hacia un árbol caído y continuó su trabajo. Los dos ingleses se quedaron muy desilusionados; habían esperado que Johanssen podría decirles algo más preciso y más alentador. Sin embargo, continuaron remontando el valle, y finalmente, se establecieron a una distancia de unas cuatro millas del Yukon. En aquel lugar, el cauce del río se estrechaba, y, de haber oro, se le encontraría evidentemente allí, bajo la capa rocosa.

Tenían que esperar al invierno para empezar a abrir un pozo. Pero no por esto permanecieron inactivos, y ocuparon las semanas que siguieron a su llegada en construirse una cabaña con lechos, una mesa y sillas, en cortar leña para cocinar y deshelar el suelo, y en trasladar las provisiones y los útiles que se habían quedado en el fondo de la canoa. Todo esto constituía un trabajo largo y penoso. Tenían que trasladar todo a hombros, porque no tenían perros.

Por fin, a últimos de Octubre, cuando todo estuvo preparado y la cabaña bien acondicionada, el tiempo se puso lo suficiente frío para que se pudiera empezar a cavar.

—Espero que encontraremos una mina—dijo Arturo al encender la primera hoguera.

—Hemos trabajado de firme, y lo merecemos—contestó Jim.—Me pregunto qué es lo que pueden estar haciendo los suecos.

—Hace ya dos meses que estamos aquí, y no hemos visto a nadie—dijo Arturo pensativo.—Me gustaría llegarme a verlos; pero esta capa de nieve es demasiado espesa.

—Por mi parte preferiría carne fresca—dijo Jim.—No sé, pero no me siento muy bien.

Concedámonos un día de asueto y tratemos de matar alguna pieza. Debe haber caza por aquí.

—¡Oh! no, no. Descendamos primeramente hasta la capa rocosa, y veamos si encontramos algo—exclamó Wellman, impaciente por conocer el resultado.

Olvidáronse, pues, de los suecos y de la caza, y se pusieron a trabajar activamente, el uno arriba, maniobrando el cabrestante; el otro en el fondo del pozo, llenando los cubos. No pararon un día, y trabajaron cuanto pudieron, viviendo frugalmente de tocino, carne salada de cerdo, judías y una especie de pan que hacían ellos mismos con harina. En el momento de comprar sus provisiones, se encontraron con que las conservas de carne y legumbres eran muy caras en Dawson. Así es que no habían podido comprar muchos de esos artículos inapreciables. Habían marchado con la intención de instalarse más completa y cómodamente cuando hubieran encontrado oro.

El suelo era muy difícil de trabajar, porque era muy poco consistente y se desmenuzaba. Tuvieron que ir revistiendo de madera los paseos a medida de ir ahondando. La capa rocosa estaba mucho más lejos de la superficie del suelo de lo que pensaban, y no la encontraron hasta una profundidad de cuarenta y cuatro pies. Esto era ya un mal signo; porque cuanto mayor es la profundidad de la capa rocosa, tanto menores son las probabilidades de encontrar oro. Es un axioma en el Clon-

dic. Sin embargo, perseveraron animosamente, aunque Gild se sentía cada vez peor. Tenía las piernas torpes y los ojos turbios. Sus brazos no tenían ya fuerzas para dar al cabrestante. Tuvo que descender al fondo del pozo y cambiar de puesto con Arturo.

Sin embargo, seguía teniendo buen apetito, conservaba vivo el espíritu, por lo que no le inquietaron sobremanera semejantes síntomas; continuó trabajando animosamente, sin preocuparse, en su afán febril de llegar a la tan deseada capa rocosa, la cual fue por fin descubierta dos días después de Navidad. A los ojos de un minero experimentado, no presagiaba nada bueno, porque era dura, lisa y sólida. Cuando la capa rocosa contiene oro, está por lo general inclinada, y la roca es rompediza; se puede romperla fácilmente con un martillo o un pico. Ahondaron hasta una profundidad de dos pies en la roca y pusieron la capa al descubierto en una superficie bastante considerable; pero en ninguna parte les reveló nada la presencia del oro.

Al domingo siguiente, Wellman bajaba para ir a ver a los suecos, mientras que Gild se quedaba en la cabaña; se sentía enfermo, cansado y descorazonado.

Arturo volvió a una hora avanzada de la noche; la nieve era profunda y había tenido que abrirse una pista. Su rostro estaba pálido. Sentóse fatigosamente, sin decir palabra.

—¡Ah!—dijo Jim con ansiedad,—apostarí a que no han tenido más suerte que nosotros.

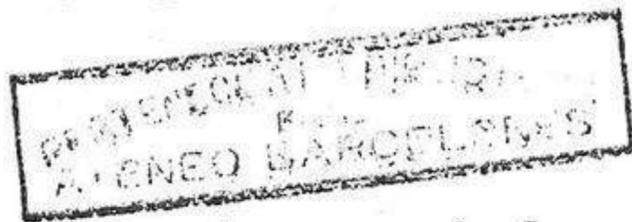
—Peor que eso—dijo Arturo.

—¿Peor?

—Peor o mejor, como quiera usted; se han marchado.

—¡Cómo! ¿Lo han dejado todo?

—Sí, sus pozos están cegados. Han quemado toda su provisión de leña. No queda nada. Costaría trabajo encontrar su cabaña. Han abierto cuatro pozos, mientras que nosotros no abríamos más que uno. Creo que este río no vale nada, Jim, y que hemos perdido el tiempo y las provisiones.



Los dos hombres se sentaron en silencio y se acercaron pensativos a la estufa confortante. No se quejaban y no se hacían mutuamente ninguna recriminación; sabían que tales son los azares del Clondic. Pero Jim se sentía cada vez peor; estaba más enfermo de lo que Arturo y él mismo pensaban. Arturo se levantó, y dijo:

—Ya se acuerda usted de nuestro convenio. Dijimos que si no habíamos encontrado nada en Navidad, me marcharía.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues bien, cuando hayamos comido, examinaremos la cuestión de las provisiones—añadió Arturo.—Creo que no tendrá usted gran cosa que pagarme.

—No llegará a una docena de onzas—contestó Jim con sonrisa dolorosa.

No quedaba, en efecto, gran cosa, y una onza y media de polvo de oro que Jim tomó de su bolsita arregló toda su deuda con Arturo. Al día siguiente, por la mañana, Jim dijo a Arturo:

—¿Quiere usted cortarme leña antes de marcharse, Arturo? Yo no me siento muy fuerte.

—En ese caso, ¿por qué no se vuelve a Dawson conmigo? ¿Por qué no abandonar este condenado agujero?—exclamó Arturo.—Un hombre sano no debería quedarse nunca solo en el Clondic; con mayor razón un enfermo.

—Me siento demasiado fatigado para marcharme hoy, es la verdad—replicó Jim.—Además, no tengo mucho dinero, y la vida es cara en Dawson. Me quedaré aquí todavía cosa de una docena de días, hasta que mis provisiones se hayan agotado, y luego, cuando me encuentre mejor, remontaré el Yukon y trataré de encontrar trabajo en los riachuelos.

Arturo no pudo hacer que Jim cambiara de resolución. Derribó, pues, unos cuantos árboles y los cortó en pedazos del tamaño requerido para echarse a la estufa; luego llevó una gran pila al interior de la cabaña. Hizo un montón con el resto, que

colocó en el interior, delante de la puerta, de tal suerte que Jim pudiese alcanzarlo sin casi salir de la cabaña. Luego, después de haber cenado, se despidió cordialmente de su compañero y marchó aquella misma noche a Dawson. La distancia no era más que de una docena de millas, y cuando hubo llegado al Yukon, encontro la pista, siempre frecuentada, que va de White-Harse a Dawson. La semana de Navidad de 1899 ha quedado memorable por sus magníficas auroras boreales. Eran tan brillantes, que su claridad cegaba la de las estrellas, como el sol, e iluminaban las pendientes nivosas de las montañas como una lámpara de plata suspendida en el cielo. Pero una aurora boreal que se manifiesta durante la noche indica una temperatura extremadamente baja, y los indios no salen nunca de sus chozas cuando ven brillar en el cielo esas luces resplandecientes.

El pobre Jim, enfermo, hubo de comprobarlo la misma mañana que siguió a la marcha de Wellman. Cuando están dos hombres en una cabaña, siempre hay uno de los dos que vele e impida que se apague el fuego. Pero Jim estaba enfermo y débil, y se sintió helado antes de poder encender un poco de fuego en la estufa rodeada de hielo. Todo el día estuvo apelo-tonado junto a la estufa, habiendo conservado estrictamente las fuerzas necesarias para calentarse y comer un poco de tocino y de judías. A sus piernas debilitadas les costó trabajo llevarle hasta la cama en que se metió. Aquella noche se apagó el fuego por falta de combustible, y a la mañana siguiente Jim no pudo levantarse. Sus encías comenzaban a hincharse y a dolerle; sus piernas sobre todo le hacían sufrir cruelmente, y de pronto, como un relámpago, le ocurrió el pensamiento de que estaba atacado de escorbuto. No tenía nada de raro. Llevaba casi cuatro meses sin probar un bocado de carne fresca, viviendo de carnes y legumbres en conserva, saladas y casi rancias.

Al tercer día, comprendió que le era absolutamente preciso hacer un esfuerzo o resignarse a morir. Consiguió deslizar-

se fuera de la cama y cayó pesadamente al suelo, donde quedó desvanecido. No debió de permanecer así más de unos cuantos minutos, porque de otro modo, su cuerpo se hubiera puesto duro como un trozo de madera, y Jim habría muerto infaliblemente. Pero durante los instantes que estuvo sin conocimiento, sus pies y sus manos se helaron. Cuando recobró el sentido, se arrastró hasta la cama, a la que, gracias a prodigios de voluntad y de esfuerzo, logró subir. Allí permaneció tumbado durante treinta días.

En la pared, en una tablita al alcance de su mano, había un saco lleno de azúcar. A su lado había otro saco conteniendo un poco de harina, y en la mesa, cerca de la cama, había una vela, algunos fósforos y una taza de hierro. Recogía los pedazos de hielo que se formaban en la pared, con sus manos heladas. De estos trozos de hielo tenía una amplia provisión que aumentaba todos los días. Los derretía con ayuda de la taza, que ponía encima de la vela, para hacer agua. Echaba un poco de harina en el líquido tibio, y se tragaba la mezcla; después, a guisa de postre, comía un poco de azúcar.

Jim Gild vivió así durante treinta días, esperando, esperando siempre, ¿qué?, no hubiera podido decirlo, mientras que la nieve sepultaba la cabaña cada día un poco más y que aquella tumba viviente se iba haciendo cada vez más yerta. No perdió el conocimiento un solo instante, sino cuando un sueño bendito se apoderaba de él. Aunque, bajo sus encías infectadas por el escorbuto, sus dientes hubieran permanecido sanos, éstos empezaron a caerse, y él se los sacaba de la boca mientras que comía la harina mojada en agua. Sabía que nadie había venido al río Galena más que él, Wellman y los suecos, que todos se habían marchado y que él estaba solo. Sabía también que su cabaña se encontraba en un lugar por el que nadie pasaba nunca, y que estaba muy lejos de todos los caminos que se podían seguir para ir a Dawson. Sin embargo, mientras que respiraba, esperaba, aguardaba. Todos los días, con toda regularidad, alcanzaba un almanaque de pared y anotaba paciente-

mente los días y las semanas. Así, el último día del mes de Enero de 1900 marcó el día treinta de su muerte lenta. Su cuerpo helado estaba inmóvil y entumecido. Jim no era ya más que la imagen petrificada de un hombre. Su cabaña, cubierta por la nieve y por el hielo, no era visible, y reinaba perpetuamente en aquel sepulcro la más completa oscuridad. Era difícil imaginar una situación más desesperada... Sin embargo, fue salvado. Ciertamente es, que para morir poco después en Dawson.

José Fox y tres compañeros suyos, que estaban acampados en el Yukon, remontaban aquel día el río Galena en persecución de un alce, cuyas huellas seguían en la nieve. Observaron en aquel valle desolado árboles cortados, lenguaje que todo *propector* comprende. Siguieron las señales, y concluyeron por caer casi sobre el techo de la cabaña. El tubo de la estufa que atravesaba el techo estaba completamente recubierto y sepultado por la nieve. Sin embargo, lograron abrirse paso y penetrar en el interior. Encontraron al pobre Jim helado, inmóvil y casi muerto en la cama. Los bravos muchachos encendieron inmediatamente fuego y le hicieron tomar un poco de té y de sopa. Mientras tanto, dos de ellos volvieron a su campamento, tomaron un trineo y se abrieron una pista de cinco millas de larga que les condujo a la cabaña solitaria de Jim Gild. Le pusieron en el trineo, y aquellos hombres le condujeron cuidadosamente, hasta tiernamente, a su comfortable albergue. Al día siguiente, lo transportaron a Dawson, en donde entró en el hospital.

Cuando salió de Dawson, hacía cinco meses, pesaba ciento cincuenta libras. Cuando volvió, pesaba exactamente setenta y cinco. Mientras que estuvo en el hospital, contó que, no la harina, sino el azúcar, es lo que le había permitido resistir tanto tiempo y conservar una chispa de vida; y que, si no la hubiese tenido, hubiera sucumbido al cabo de una quincena.

Hubo que amputarle los dedos al infeliz; pero, a pesar de

hábiles cuidados, no pudo resistir sus horribles sufrimientos; murió a las dos semanas y fue enterrado en el suelo helado del cementerio, en donde duerme hoy con tantos otros desconocidos que se jugaron la vida a ese terrible juego de azar del Clondic, y perdieron.

JEREMÍAS LYNCH

(Continuará.)

A LAS RUINAS DE FREJUS

Oh Foro Julio, aquí do, ha veinte siglos,
al compasado impulso de los remos,
las galeras en Accio victoriosas,
de bullidora espuma blanquearon
la linfa azul de dilatado golfo;
hoy, enfrente a los montes que, en la tersa
serenidad del cielo, alzan altivos
sus dentelladas cumbres; entre el verde
ondear de los pinos y las palmas,
y la muelle embriaguez de los aromos
agobiados al peso de sus áureos
racimos; mueve el paso vagabundo,
al tibio sol del provenzal invierno,
ya vestida de blanco, la extranjera.

Julio César aquí, con mente próvida,
rival te destinó de la rebelde
Marsella; al pie de estas murallas, míseros
restos de tu temible ciudadela,
tremolaron de Octavio los pendones;
y do hoy, envuelto en polvo, el automóvil,
tronante exhalación, pasa y se pierde,
cargados con las telas y la púrpura
de remotas riberas, amainaban
el cándido velamen los navíos.

Allá, so la rugiente gradería
del vasto anfiteatro, recreaba
el moribundo gladiador los ocios
de la plebe cruel; allí, en la escena,
el histrión procaz la griega túnica
a las plautinas gracias desceñía;
y aquí do, en el establo, hoy la aldeana
llena feliz los tarros espumantes,
hábil esclavo, en tus pulidas termas,
del tepidario al regalado ambiente,
el cuerpo unguía al galo afeminado.

¡Oh cuán poco al estrago de los siglos
de tu esplendor pasado hora subsiste!
Entre tus mudos restos, por los campos,
pace el buey perezoso; de tus muros,
un día inexpugnables, se levanta
el humo azul de la alquería; asómase,
y escóndese veloz la lagartija,
entre las grietas de tus rotos pórticos;
y de tu alto acueducto, por do un tiempo
el agua del Siañola murmurando
a tus fuentes bajó, piadosa hiedra
trepa por las arcadas derruidas.

Tú, empero, ante mis ojos, al hechizo
de apasionada evocación, sacudes
el polvo secular de tus ruínas,
e incólume y radiante al sol te yergues.
Y otra vez tus antiguos moradores
en el foro discuten; tus mercados
rumorosos invaden; se aglomeran
en torno al pregonero en tus cuadrivios;
tus empinadas callejuelas suben,
y, al caer de la tarde, por tu Puerta
Dorada a la marina van bajando.

Yo con ellos las glorias del imperio
 celebro al són del horaciano alcaico;
 en mis viñas al olmo maridadas,
 madura el zumo que hervirá en mis cubas;
 en mis sembrados que fecunda Ceres,
 sonrío la Abundancia que más tarde
 henchirá mis graneros; ya no nublan,
 cual bandada rapaz, el horizonte
 las naves del pirata, y en la arena
 del guarnecido litoral, tranquilo
 veo morir del mar las mansas ondas.
 Agítalas tal vez Euro violento,
 mas no ya, mensajeras irritadas,
 el aire asordan con fragor de guerra.
 ¿Quién al fiero Sicambro, al Recio enorme,
 al Medo atroz, al Cántabro indomable
 recuerda ya y al errabundo Escita?
 ¡Era feliz! Hoy gusto en mi retiro
 los frutos de la paz, y al divo Augusto,
 cual nuevo Lar, mi vino más añejo
 al fin consagro de la parca cena.

La noche en el triclinio me sorprende.
 Luego, por el marmóreo peristilo,
 curiosas me contemplan desde lo alto,
 con trémula mirada, las primeras
 estrellas. Tras el pórtico, en el huerto,
 con lánguido vaivén, más negro y grave,
 el ciprés se columpia. La traidora
 brisa de la montaña húmeda espira.
 Yo me envuelvo en mi toga, y taciturno
 en el atrio penetro. Allí, ya el largo
 papiro desarrollo que la pómez
 de los Sosias pulió, ya de mi Delia



me quejo al confidente pergamino,
Tibulo ignoto, en flébil elegía.
Arde en los candelabros soñolienta
la lámpara de aceite, que oscilando
refleja el agua del impluvio. En torno,
todo rumor se extingue; los esclavos
ya han terminado su labor; y apenas
si, en el silencio, llégame el monótono
ritmo con que al inquieto muchachuelo,
al fondo del cubículo vecino,
arrulla la cunera vigilante...

Tal, aquí, en el recinto de estos muros,
plácidamente al sueño, cada noche,
entornaste tus ojos infantiles,
oh Agrícola prudente, por quien, dócil
y sumiso, el selvático Britano
la dura ley de Roma acataría;
y tú, Cornelio Galo, a quien las Musas,
menos esquivas que la infiel Licoris,
a las aonias cimas condujeran,
y a quien Lino, el pastor, la sien ceñido
de guirnaldas silvestres, confiara
para cantar el bosque sacro a Apolo,
el blando caramillo de Beocia.

JUAN FRANCISCO IBARRA

Marzo de 1913.

LA CULTURA DE ESPAÑA EN DINAMARCA

El ilustre escritor danés Carlos Bratli, que hace cuatro años se captó las simpatías de todo el mundo intelectual de España y la admiración de todo el mundo sabio de Europa, con la publicación de su hermoso libro *Filip den Anden af Spanien hans liv og personlighed* (Copenhague, I. L., Lybeckers, 1909), acaba de dar otra prueba brillante del interés y cariño que siente por las cosas de España, con otro nuevo libro: *Spaniens Kurturbilleder*, impreso también por el editor Lybeckers, en Copenhague, en los últimos meses del año pasado de 1912 (1). El título castellano de esta última producción es: *Cuadros de la cultura de España*. Bratli es un enamorado de España, en el cual renace la leyenda que ha poco se extinguió con la muerte del escritor alemán Johannes Fastenrath, aunque muy diversas entre sí las facultades del escritor germánico y del historiador de Dinamarca. No obstante, así como Fastenrath, que estudió en la Universidad de Sevilla y viajó de una en otra provincia por toda la extensión de la Península, tuvo habilidad para ponerse en relación con todo el mundo intelectual de España, de cuyos más ilustres escritores contemporáneos tradujo multitud de trabajos, principalmente poéticos, para darlos a conocer en Alemania, como parte inte-

(1) *Spaniens Kurturbilleder*: af CARL BRATLI, Konesp. medier, af det Egl. Hist. Akademi i Madrid.—Köbenhavn; I. L. Lybukers Feslag, 1912.

grante de nuestra mentalidad nacional en aquel tiempo, y a su vez nos aportó a España los 767 artículos, en su mayor parte biográficos, de los grandes nombres literarios, científicos, políticos y artísticos de Alemania, que forman los 15 volúmenes que de la *Walhalla* se ha hecho espléndida y numerosa edición castellana, a expensas de su viuda, la Sra. D.^a Luisa Goldmann (1), Carlos Bratli ha hecho una intensa labor para que el nombre de España, más conocido en Dinamarca geográfica que científicamente hasta ahora, suene de aquí en adelante en aquella parte de la Europa septentrional en una nueva forma, con la noción por él brillantísimamente ilustrada de sus grandes figuras históricas, y con los cuadros de su verdadera vida interior y civil.

En Dinamarca puede decirse que sólo dos nombres españoles habían logrado arraigar con indeleble resonancia: el del rey Felipe II, por las ideas adversas que contra él se tienen, como el sostenedor de la intransigencia religiosa, en todo el mundo dominado por las doctrinas de Lutero, y el del marqués de la Romana, por la acción militar heroica que en aquella lejana monarquía llevó a cabo en 1808, formando parte del Ejército napoleónico que desde allí operaba contra Inglaterra y sus aliados en el Báltico, y del que, al saber la conducta de Napoleón en España, al recibir las noticias del 2 de Mayo de 1808 en Madrid, no sólo desertó del contacto del enemigo infiel, aun hallándose las fuerzas que mandaba muy diseminadas en las islas de la Fionia y la Zelandia, y él mismo, mas que muy vigilado, verdaderamente prisionero del príncipe de Pontocorvo. De estos dos tan diversos personajes españoles, los sentimientos de los daneses eran muy distintos: a Felipe II se le profesaba todo el odio, que en todo el Septentrión cultivó desde su tiempo contra él el fanatismo de los protestantes y la influencia de la política de Inglaterra. Del marqués de la

(1) *La Walhalla o las glorias de Alemania*, prólogo de M. R. Blanco Belmonte.—Madrid, Establ. Tipogr. de Rivadeneyra, 1910-1912.

Romana, en cambio, la admiración producida por su temerario arrojo, sostenía una leyenda de la mayor simpatía, que identificaba hasta en la opinión popular su nombre con los de los héroes más conspicuos de las leyendas odínicas. De nuestros grandes caracteres intelectuales, apenas existía alguna incolora noción; del *Quijote de la Mancha*, en Dinamarca, no se había hecho traducción directa ninguna, ni se conocía la obra inmortal de Cervantes, sino por los extractos de alguna mala traducción francesa. El teatro de Lope de Vega y de Calderón de la Barca era enteramente ignorado, a pesar de los trabajos críticos de los alemanes sobre el último. Todo lo demás que de España allí se sabía, eran las descripciones geográficas y las noticias generales de la Estadística general.

El marqués de la Romana había tenido un historiador danés brillante en el profesor del Liceo de Odensee, capital de la Fionia, el Sr. Carlos Schmidt, y el rey Felipe II, al fin y al cabo, ha tenido allí, en el Sr. Carlos Bratli, el más erudito hasta aquí de sus biógrafos e historiadores, y el más equitativo y justiciero de sus críticos. Aventurarse, en medio de un país luterano, a describir el verdadero carácter moral e histórico del monarca más odiado de todo el protestantismo, y cuyos destructores durante tres siglos habían logrado imponer sus imposturas, no sólo en todo el Norte de Europa, sino en todo el continente con reflejos mismos de la ignorancia hasta en su propia patria, ha sido en el Sr. Bratli una obra de tan audaz atrevimiento, que le coloca en el rango de los escritores de mayor valor moral que hasta ahora se han conocido. El ha arrostrado con denuedo las impugnaciones que en su patria ha hecho a su obra el espíritu hostil tradicional sostenido por el fanatismo religioso de sus connacionales; pero el fundamento científico y documentario de su hermosa labor ha sido tan firme, que a la postre su país le ha discernido el laurel y los homenajes del triunfo.

Espíritu tenaz, por una parte; conciencia segura de su raza por otra, y, finalmente, con el estímulo caloroso del aplauso y la

inclinación simpática que siente hacia España, le han inducido a proyectar y poner en ejecución otra obra que ponga más en contacto a la España, que él personalmente ha estudiado recorriéndola de extremo a extremo, con el espíritu de observación y el auxilio de la inmensa emoción de las cosas españolas que posee, y después de haber hecho y publicado también algunas traducciones de libros españoles, entre ellos, las novelas de Alarcón y Valera *El sombrero de tres picos* y *Pepita Giménez*, su último libro *Cuadros de la cultura de España*, de tal modo ha llamado la atención de sus connacionales, y conmovido el entusiasmo de algunos centros sociales y escolásticos, que ya se anuncian para el verano venidero algunas expediciones que saldrán de Copenhague con rumbo a España, para venir a conocernos de cerca.

Este precioso libro, como todos los que salen de la pluma de escritor de facultades tan variadas y tan extensas, se halla por su autor dividido en trece partes o capítulos, y la mera traducción de sus epígrafes basta para formar una idea completa de los diversos puntos de vista bajo los cuales el Sr. Bratli ha querido presentarnos a las simpatías de las lejanas naciones del Septentrión, por las que toda su labor literaria se difunde con el gran prestigio que goza su nombre, y con las que él se había propuesto, al publicar esta obra, vulgarizar la graduación efectiva del estado de cultura moral e intelectual en que España se encuentra, para relacionarla con el ambiente general europeo de la vida contemporánea y sembrar en tan remotos países el deseo vivo de intimar con nosotros.

En el primer capítulo no se describe a España con los datos prosaicos de la estadística, sino por el de su fisonomía histórica y tradicional. Es España para el Sr. Bratli, y así nos representa, el país del romanticismo y de las tradiciones más hermosas que se registran en toda la historia de Europa desde los siglos medios, y cuyo carácter, a pesar del tiempo y de las vicisitudes en la Historia, ha conservado. Su título es *Spanien Romantikens og Traditionens Land*. No tiene que apelar para

esto a Bernardo del Carpio, al Cid y a Guzmán el Bueno, aunque, para dar algunas pinceladas sobre la formación del carácter genuino español, se refiere a la extraña mezcla que en su composición étnica han formado tantas invasiones diversas que constituyen el engranaje de su origen, iberos, afrosemitas, griegos, fenicios, cartagineses, romanos, godos, francos, ismaelitas y agarenos. De todos y de cada uno quedó algo en el fondo de la sangre que vivificó la raza subsistente, y a ese conjunto tan heterogéneo se debe el de las varias aptitudes, rasgos y fuerzas que individualizan al pueblo español entre los demás pueblos del Continente. Estos caracteres románticos y tradicionales palpitan en todo lo que vive como elementos del pasado, y en todo lo que alienta como ambiente esencial de su existencia; estos caracteres se respiran en la atmósfera de cada una de sus regiones y provincias, en cada una de sus grandes ciudades, en cada una de sus instituciones políticas y militares, en cada una de las manifestaciones de su espíritu, en las acciones, en la literatura, en las artes. El que ve su ejército, acto continuo recuerda sus *tercios* antiguos que comandaron Alejandro Farnesio y Don Juan de Austria; esa historia está siempre viva en Granada, en Toledo, en Avila, en Burgos, en El Escorial y en todas partes: su pensamiento está siempre en Cervantes, su saber en los Melchor Cano y los Francisco Suárez; sus artes en Velázquez, en Murillo, en Zurbarán. Todo en España es romántico: todo vive perpetuamente en la leyenda de los siglos, no por atraso en nuestra cultura nacional, sino porque ese es el fondo del espíritu de nuestra raza.

Como el propósito del Sr. Bratli es dirigir hacia España una corriente activa de los excursionistas de su patria, el capítulo segundo de su *Spanien Kulturbilder* lo dedica a describir los medios cómodos de viajar que existen ya en nuestra Nación y los medios de hacer la vida en ella, así como aquellas instituciones civiles originalísimas que España tiene para la seguridad de sus campos, de sus caminos y de sus poblaciones. En ninguna otra parte encuentra nada semejante y más

perfectamente organizado que el instituto de nuestra *Guardia civil*, y el estudio de nuestros *Serenos* le causa verdadera delectación; pondera los servicios de nuestros aún llamados *Alguaciles*, y halla de un acierto extraordinario la institución de la primera de estas creaciones de policía esencialmente españolas, de carácter genuinamente español, y cuyos servicios son de tal importancia, que en ningún otro país encuentra un elemento de autoridad semejante al que representa *una pareja de la benemérita*.

Respecto al hospedaje del viajero, no diremos que prefiere *una casa de huéspedes* a un gran hotel; pero halla en aquéllas un colorido local muy superior a las que se llaman *casas de pensión* en otras partes. La casa de huésped española es para el Sr. Bratli una prolongación del hogar de la familia. Hasta la cocina española que se sirve en las mesas de estas casas la encuentra encantadora en este capítulo, que en danés se llama *Om a i Spanien: Mad og Drikke*. Lejos de apestarle, como a algunos españoles extranjerizados, *el café con leche* y *el chocolate con buñuelos o tortas* de nuestros desayunos, y en las comidas *el puchero* y *la olla podrida*, *el arroz a la valenciana*, *las sardinas fritas*, *el bacalao a la vizcaina*, *el chorizo picante* de Extremadura y *la mojama* de Alicante, con otros condimentos esencialmente nuestros, se deleita en recordarlos, y mucho más nuestros vinos incomparables, nuestro *Jerez* y nuestro *Montilla*, nuestro *manzanilla* y nuestro *Málaga*, nuestro *Rioja* y nuestro *Valdepeñas*, porque estos vinos hacen *hombres* y no *peleles*. Muchos de los condimentos de nuestra cocina española le parecen reminiscencias seculares de algunos de los pueblos remotos que, en muy lejanos siglos, tenían asiento colonial en España, y ante nuestro *puchero* y nuestra *olla podrida*, se echa a pensar cómo se condimentaría la proverbial *olla* en el Egipto de los extinguidos Faraones.

Desde el capítulo tercero entra a detallar nuestras grandes poblaciones y nuestras principales regiones históricas. Este capítulo se consagra exclusivamente a Madrid, y repite el tí-

tulo del libro famoso de D. Alonso Núñez de Castro, que en 1677 se imprimió aquí, dedicándole al primer marqués de Villasierra, D. Fernando de Valenzuela, privado que fue de la Reina doña Mariana de Austria y ministro Universal del rey Carlos II, hasta que, en la conspiración de D. Juan José de Austria con gran parte de los Grandes y Señores de España, después de acorralarlo en El Escorial, lo deportaron entre cadenas a Filipinas. Aquel libro se tituló *Sólo Madrid es Corte*, y Bratli repite la frase porque, aun después de tres siglos, todavía la considera muy adecuada para calificar a la capital de España. No hay que decir que en Madrid todo le encanta al Sr. Bratli, que durante su residencia en ella todo lo vió, todo lo escudriñó, incansable en buscar los medios de saciar la curiosidad a que le movían tantos cuadros y tantas cosas originales. Bratli es un enamorado de la Puerta del Sol con su abigarrado movimiento y su numeroso cocherón de tranvías, de cuya red es centro; del Prado, aunque él ya no ha podido conocerle en el espacioso aspecto que tenía cuando representaba en España a su país el famoso diplomático danés dal Borgo di Primo, que vivió también en España como su segunda patria, por espacio de unos treinta años, desde los últimos del reinado de Fernando VII, hasta mucho después de la Revolución de Julio de 1854; de la Castellana, que en vano lucha por recobrar el ambiente aristocrático de la sociedad del reinado de doña Isabel II; de los Parques del Este y del Oeste, nombre el primero que ha substituído al antiguo del Buen Retiro, que llevó desde el reinado de Felipe IV hasta después de la Revolución de 1868, y el segundo, de moderno trazado, hecho para hermosear la entrada de Madrid, viniendo de Europa por la vía férrea del Norte, y para dar oxígeno a los pulmones de los que habitan los nuevos barrios de Pozas y Argüelles con que por allí tanto se han extendido los nuevos ensanches de la capital. Pero aún más que todos estos sitios públicos, que con razón llaman y deben llamar la atención de un extranjero, otras dos cosas hay en Madrid que forman la seducción de Bratli:

la Plaza de Toros, la fiesta popular característica de nuestra Nación, con su *Lagartijo*, su *Bombita*, su *Guerrita* y su *Fuentes*; y el teatro, donde ahora campean Echegaray, Dicenta, Pérez Galdós, Sellés, Cano, Feliú y Codina, etc., etc., a todos los cuales nombra y aplaude, como en el renacimiento del pasado siglo brillaron en él Hartzenbuch, el Duque de Rivas, Bretón de los Herreros, García Gutiérrez, Zorrilla, López de Ayala y Tamayo y Baus, dignos descendientes de Lope de Vega y Calderón de la Barca, Ruiz de Alarcón y Moreto, Guillén de Castro y Rojas Zorrilla. Hasta en los de género chico encontró primores que le produjeron la extrañeza de que, habiendo en España tanto ingenio original, se traduzcan tantas exóticas producciones ínfimas de Francia, y que hasta en la música se tome a veces del arte extranjero, lo que es muy inferior a las obras encantadoras de nuestros grandes maestros populares Arrieta, Barbieri, Gaztambide y Chapí. Para lírica cosmopolita, cree Bratli que nos basta con nuestro Teatro Real, uno de los primeros de Europa, y donde sientan su pedestal a la misma altura que en sus patrias respectivas los grandes maestros de Italia y de Alemania.

No termina este capítulo sin una excursión, tan ilustrada como suya, a nuestros grandes centros intelectuales, científicos o literarios y artísticos. Al llegar a la Biblioteca Nacional, respetuoso se descubre ante la presencia de Menéndez y Pelayo, gloria de España y universal de su siglo (1). Otro gran homenaje rinde al visitar el Museo del Prado, no a Murillo, ni a Zurbarán; no a Goya ni a López, aunque a todos los admira, sino a *Diego Velázquez de Silva*. En su opinión, ninguna nación artística del mundo, ni en lo antiguo ni en lo moderno, presenta artista de su altura; el español DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA es el mayor pintor que la Historia conoce.

El capítulo cuarto, en que Bratli estudia y describe los al-

(1) Después de escrito y publicado el libro del Sr. Bratli, España ha tenido el dolor de la pérdida de este ilustre escritor.

rededores de Madrid (*Madrid omegn*), comprende los recuerdos de El Escorial, Segovia, Avila, Aranjuez y Toledo. Cada uno de estos parajes tiene su fisonomía especial y característica, que presta su gran aliciente a la amena descripción de un hombre tan poeta, tan observador y tan erudito. Otro que tal sucede en el capítulo quinto con Salamanca y su Universidad famosa; en el sexto, en Andalucía, con Sevilla, Córdoba y Granada; en el séptimo, con Murcia y con Valencia; en el octavo, con Cataluña, con Tarragona, Barcelona y Monserrat, después del cual incluye también a Andorra, como Principado de nuestro Obispo de la Seo de Urgel; en el noveno, en que recorre sucesivamente a Aragón con Zaragoza, a Castilla la Vieja con Burgos, a León y a Galicia con su Santiago de Compostela. Monumentos, recuerdos históricos, nombres augustos y nombres inmortales, costumbres particulares, tradiciones benditas, todo entra en esta exposición, siempre con notas nuevas de una percepción exquisita y original.

En el capítulo décimo del *Spanien Kulturbilleder*, el panorama cambia bajo la pluma del autor; ya ni describe, ni evoca los recuerdos gloriosos del pasado; ya no trata de España como la visión de un monumento continuo y dilatado de la antigüedad, movido por las escenas de la vida renovada. Ahora el cuadro se limita a una relación muy interesante, muy bien informada y muy veraz de nuestra política interior y de nuestra Administración pública (*Spanks Politik og Administration*); pero donde sube de punto la importancia de este libro escrito en medio de un pueblo luterano, es en el capítulo siguiente, el oncenno, en que trata de la realidad del sentimiento religioso en nuestro país (*Religiose Forhold*). No resaltan en él ni las críticas intempestivas de los que nos tildan de un fanatismo que no es fanatismo, sino la plena posesión de creencias arraigadas, tan arraigadas como las de los calvinistas de Inglaterra y en Suíza, y como las de los luteranos en Alemania y Dinamarca, y que lejos de rebajar el concepto moral de España porque las profesa con una fe indeclinable, la hacen ante la

opinión de los sensatos, más respetable todavía, porque en estas creencias funda el carácter nacional que la enaltece. Todas las creencias se hacen dignas de respeto ante los hombres cultos, sensatos y honrados; sólo son censurables los que, por no profesar ningunas, se hacen despreciables y se aproximan a las bestias.

Era natural que en un libro en que tales cuadros se detallan no faltase el que dibuja la ilustración general de España en el tiempo presente, su cultura y su mutualidad. Ya se ha expresado el entusiasmo ingenuo que el Dr. Bratli profesaba por la personalidad científica de nuestro recién perdido Menéndez y Pelayo. En todas las posesiones encuentra y exalta nombres que serán perpetuamente gloriosos para nuestra patria o en un pasado no muy lejano los Martínez de la Rosa, el historiador Lafuente, el arabista Gayangos, el ingeniero general Zarco del Valle, el filósofo Balmes, el orador Ríos Rosas, el jurisperito Alonso Martínez, y el rayo de la elocuencia tribunicia Castelar y el gran hombre de Estado Cánovas del Castillo. Entre los que, al escribir, se hallaban como gobernantes en el imperio de la vida, celebra a Maura y a Canalejas; entre los sabios, a Cajal, Unamuno, Altamira y Carracido; y estudia la literatura que enlaza los dos siglos, xix y xx; en la alta crítica a Milá y Fontanals; en la novela, a Alarcón, Fernán Caballero, el P. Luis Coloma, Emilia Pardo Bazán y Valera; en la poesía, a Campoamor, a Trueba y al P. Jacinto Verdaguer; en el arte, a Fortuny, Pradilla, Moreno Carbonero y Garnelo, y a otros no menos esclarecidos en toda clase de facultades; esto sin contar ni con los grandes sabios del reinado de Felipe II, ni con los grandes ingenios del de Felipe III, ni con los nombres notables del renacimiento salmantino en el último tercio del siglo xviii.

Todavía el libro del Dr. Bratli tiene un capítulo más: el decimotercero, que denomina *Spaniens Fremtid*, es decir, *El porvenir de España*. Bratli es un leal amigo de nuestro país, que ve las realidades del tiempo presente por su verdadero prisma y

no por las visualidades aparentes del espíritu hostil e interesado de los que, desacreditándonos por sistema, son, sin embargo, las palancas de los trastornos sectarios que tienden a llevarnos, para extinguirnos, a los tristes destinos del Imperio de la media luna en el continente negro y en el continente blanco. Imbuído en nuestras rectas tradiciones históricas, enamorado de la raza y sus virtudes, todo en él inspira fe y esperanza; y así las señala en su libro a las naciones del Septentrión, a cuya ilustración sobre nosotros consagra su preciada labor. En este capítulo, además, hace la apología del Rey don Alfonso XIII, y testigo de la felicidad interna de su hogar, y teniendo en cuenta las altas prendas del joven Monarca y las sólidas virtudes de cuantos encarnan en su sangre, no se cansa de vaticinar una nueva evolución de grandeza para España, unida por los vínculos de los dos últimos matrimonios de sus dos últimos Soberanos a la política que dirige los destinos del mundo en el seno y las garantías de la paz. El tema de este capítulo es una frase benévola de otro extranjero, amigo positivo de España, Alfonso den Læsde, que sobre nosotros ha escrito: «No hay tierra en el mundo que semeje a España en bondad, ni que la iguale en fortaleza.»

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,

De la Real Academia de la Historia.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: LITERATURA: Hamilton.—BELLAS ARTES: Mounet-Sully y las artes del dibujo.—MORAL: La pereza.—ESTÉTICA: El puesto del arte en el espíritu.—IMPRESIONES Y NOTAS: La Biblioteca ambrosiana.—La temperatura máxima soportable.—El primer amor de Walter Scott.—La Beatriz de Dante.

LITERATURA

HAMILTON.—El caso de Hamilton—dice en la *Grande Revue* Luis Martín—es el del que sobresale, no por esas cualidades universales que poseen en grado eminente los grandes hombres de todos los países, y que crean un parentesco intelectual entre los más poderosos genios de todas las razas, sino por el conjunto exquisito de las diversas cualidades originales que constituyen la flor misma del espíritu francés. En los fastos literarios es un hecho singular la historia de un escritor que toma la pluma como jugando, y produce, en una lengua que no es la suya, una verdadera obra maestra, como lo son sus inimitables *Memorias de Grammont*.

Hamilton no era poeta, ni se picaba de serlo, aunque hacía versos; su musa era ligera, y sus versos son elegantes juguetes con algunas chispas de cuando en cuando, que aumentan poca cosa el esplendor literario del gran siglo. Los *Cuentos* de Hamilton nos interesan más; su trama es fina como de la época de *Las mil y una noches*. Uno de ellos, *El carnero*, fue com-

puesto para relacionar burlescamente con un origen fabuloso el cambio de nombre de los Moulineaux por el de Pontalis, dado por la condesa de Grammont, hermana de Hamilton, a unas tierras que su marido había recibido del rey. De *Los cuatro Facardins* sólo se ha impreso la primera parte; el manuscrito de la segunda fue destruído después de muerto Hamilton, por un exceso de celo más piadoso que reflexivo.

La gloria de Hamilton está principalmente en las *Memorias de Grammont*, «ese libro único e inimitable—como dice Pablo de Saint-Victor,—escrito por un inglés en el francés más vivo, más claro y más riente que jamás haya corrido de la pluma; Maquiavelo revestía su traje de fiesta para leer los antiguos; habría que ponerse los encajes y las cintas del antiguo régimen para volver a leer esas páginas impregnadas de los matices y elegancias del pasado».

Obra tan deliciosa no vió la luz pública sin trabajo; entre las hazañas de su héroe y el momento de su narración, habían pasado muchos acontecimientos, y la moralidad pública no era ya la misma. Lo que en otro tiempo parecía simple pecadillo, o, como suele decirse, juego de príncipes, llevaba después otro nombre. El mismo conde de Grammont, según se asegura, fue quien vendió en 1.500 libras el manuscrito de las *Memorias*, donde tan claramente, aunque con sumo ingenio e indulgencia, se le trata de bribón. Fontenelle, censor de la obra, se negaba a aprobarla por consideraciones al conde; éste se quejó al canciller, sin cuidarse de las razones de Fontenelle, y cuidándose sólo de las 1.500 libras que le valía la obra; y la obra se publicó.

Es una figura curiosa la del conde de Grammont: valiente, ingenioso, maldiciente, muy fatuo, bastante mal acogido por las damas, pero sumamente temible en amor, en el sentido de que nada le costaba turbar los placeres de los demás, sobre todo de aquellas que le habían rechazado; cortesano, refinado, con esa brusquedad de tan poderoso efecto en los príncipes absolutos porque les da la ilusión de que les hablan con franque-

za y de que aguardan las verdades, lo que permite al que acusa con destreza pegar firme e impunemente a sus rivales; tal carácter necesitaba un historiador como Hamilton, que, resultando ser cuñado de su héroe, supo presentar con indulgencia ciertas aventuras que otro cualquiera hubiera tratado con menor benevolencia.

Y no es que el mismo Hamilton no haya tenido, como todo el mundo, que quejarse de los procederes de Grammont, pues cuando éste pidió y obtuvo la mano de la señorita Hamilton, se marchó bruscamente de Inglaterra; los hermanos Hamilton le alcanzaron en Douvres: —Caballero—le dijeron,—¿no habéis olvidado nada en Londres?—Dispensadme, señores, me he olvidado de casarme con vuestra hermana.—Los siguió y se celebró el matrimonio.

Las frases del conde de Grammont son célebres, subrayando su picante con el acento y el gesto. Los cortesanos eran blanco de sus tiros. Un día que Luis XIV se quejaba de la incapacidad de un embajador, Grammont le dijo: —Ya veréis, señor, cómo es pariente de algún ministro.—Otra vez que el rey jugaba al tric-trac, se hizo una jugada dudosa, y todos estaban callados; en esto llega Grammont:—¡Ah!—dijo el rey,—aquí está Grammont, que nos va a juzgar.—Señor, habéis perdido.—¡Cómo, si no sabéis todavía...!—Pero, ¿no veis, señor, que por poco dudosa que fuera la jugada, todos estos señores se hubieran decidido en vuestro favor?

Conocida es su carta de felicitación a Rochefort, promovido al rango de mariscal: «Monseñor, el favor puede hacerlo tanto como el mérito (1); por eso no digo más.» La señora Sevigné, al relatar este cumplimiento, dice que su padre fue el original de tal estilo; pues cuando hicieron mariscal a Schomberg, le escribió: «Monseñor: calidad, barba negra, familiaridad.—Chantal.» Lo que quería decir, añade la Sevigné, por si no lo entendíamos, que le habían hecho mariscal de Francia,

(1) Verso de Corneille.

por que «tenía calidad, barba negra como Luis XIII, y familiaridad con él. ¡Era guapo mi padre!»

Antonio Hamilton, de antigua familia escocesa, nació en Irlanda el 1646 o 1656. Llevado muy joven a Francia, hizo en ella sus estudios y siguió allí hasta la vuelta de Carlos II a Inglaterra, viviendo sin empleo en Londres. Jacobo II le dió un regimiento de infantería en Irlanda y el Gobierno de Limerick; después de la revolución de 1688, siguió Saint-Germain al rey destronado; allí compuso sus obras, y allí murió el 6 de Agosto de 1720.

La primera parte de sus *Memorias* es exquisita, es la parte que más interesa, aunque en ese libro todo encanta y seduce. El cuadro, por ejemplo, de la posada de Lyon, parece un estudio de Téniers. Un personaje cuyo buen sentido, ingenio, despreocupación y salidas admiramos, es, sobre todo, Matta. Las memorias del tiempo han hecho a Matta una reputación que no desmiente el carácter de su espíritu; véanse dos ejemplos: La mariscalca de Albret, muy recomendable en otros sentidos, pasaba por gustar mucho de la buena comida y el buen vino; un día que se miraba al espejo y se encontraba con la nariz muy roja, se preguntaba en voz alta:—Pero ¿dónde he tomado yo estas narices?—En el aparador—responde tranquilamente Matta, que entraba.—En otra ocasión, Matta hacía una visita de duelo a la misma duquesa, que acababa de perder a uno de sus más próximos parientes, negándose a tomar en su desesperación todo alimento.—Señora—dijo Matta,—¿habéis resuelto no comer nada en toda vuestra vida? Sí es así, hacéis muy bien; pero si habéis de comer algún día, lo mismo da que comáis ahora mismo.—Este razonamiento la convenció; y se hizo llevar inmediatamente un asado.

La segunda parte, no menos brillante pero más tumultuosa, nos transporta a la corte de Carlos II, que bajo apariencias brillantes, ocultaba la más espantosa corrupción. Un monarca egoísta, sin grandeza alguna, sin generosidad, pensionado por otro rey cuyo dinero le sirve para satisfacer sus

vicios, despreciado por sus cortesanos y por sus queridas, que no valen más que él; grandes señores que a despecho de leyes y costumbres se permiten todos los desórdenes, todos los crímenes, todas las orgías; grandes damas a quienes falta el respeto de sí mismas; la difamación y el asesinato prodigados sin pudor, y en el fondo del cuadro las horcas, los cadalsos sangrientos adonde suben imperturbables y estoicos los jueces de Carlos I; el mayor Harrison ahorcado, y luego descolgado vivo, descuartizado, decapitado; los cadáveres de Crómwell, de su madre, de su hija, de Bradshaw, de Ireton y otros jefes republicanos, sacados de sus tumbas, arrastrados sobre el lodo y luego colgados o mutilados. Un miembro del Parlamento, Cowentry, que había censurado los escándalos regios, se ve atacado de noche por dos esbirros que le cortan la nariz. Dos señores que se divierten en correr desnudos de noche por las calles, se ven detenidos por un funcionario que es preso y llevado a los tribunales. Una comedianta, Miss Marchalle, que se resiste al duque de Oxford, y a la que engaña éste con un matrimonio ficticio, pide justicia, y sólo consigue que se rían de ella. Los *Bolleurs*, jóvenes señores depravados, y diversas damas del mismo jaez, a cuya cabeza figura la condesa de Arlington, con sus damas de compañía y sus amigas, forman una sociedad particular, donde se baila en estado de pura naturaleza, y donde se entregan a toda clase de desórdenes. Tal es el cuadro en que se desarrollan las *Memorias* de Hamilton, y no hay que decir el partido que de él habrá podido sacar tan excelente historiador.

BELLAS ARTES

MOUNET-SULLY Y LAS ARTES DEL DIBUJO.—El teatro ha ejercido siempre influencia decisiva en las Bellas Artes; además de ser la manifestación simultánea de todos, les añade, como dice Péladan en la *Revue Bleue*, la sucesión de los movimientos y de los aspectos, cosa que no ocurre con ninguna

otra manifestación estética. Una tragedia representa una sucesión de bajorrelieves o de cuadros vivos que sólo salen bien a condición de realizar lo que se espera del escultor y del pintor. Para el artista, las tablas han sido apenas, como pueden serlo en París, una mesa de modelo, de enseñanza más constante y más amplia que la organizada en el taller. La pintura del siglo XVIII no toma solamente de la ópera la decoración del *Embarque para Citerea*, y sus personajes del teatro italiano; los Giles de Watteau, o los pastores convencionales de Boucher, han pasado del manto de Arlequín al cuadro en que los admiramos.

Un papel es un guiñol: esa cabeza y esas manos cosidas a un traje, juguete de niño que valdrá lo que valga el individuo que le anime con sus dedos y le agite con su palabra. Las obras maestras sufren las mismas leyes; las lee uno a su gusto, pero no se las ve sino cuando un medium poderoso las materializa. El 12 de Junio de 1838 la tragedia resucitó bajo las facciones de Camila, sin que el movimiento intelectual pueda explicarlo; Rachel apareció como un meteoro, con un genio todo lo remoto posible de su tiempo.

En 1872, Orestes y Rodrigo resucitaban en la persona de Sully. Es casi imposible comparar un actual vivo a sus predecesores. Sabemos que Lekain hizo llorar a Luis XV, y que Talma reformó el traje; pero, ¿se figura alguien los efectos de Orosmanes o del Hamlet de Ducis? Las consideraciones que siguen, sólo conciernen a la mímica del cómico, lo que entra en las artes del dibujo y cae bajo sus reglas:

1.º *La postura*.—La primera condición de una figura esculpida o pintada, su equilibrio o aplomo, no es cosa de fácil realización; se nota en Signorelli en Orvietto el modo posesivo y adherente al suelo de los personajes (*Predicación del Antecristo*); es preciso que la línea de equilibrio sea sensible, sobre todo en el héroe, que hasta en el reposo da la impresión de la fuerza. El pie tiene su modo de pisar la tierra, de dominarla, de apretarla como una mano. Frecuentemente

hay desacuerdo entre el movimiento de las piernas y el del torso, en los amanerados exagerados de Miguel Angel. En Santa María de la Paz, las cuatro Sibilas de Rafael, aunque muy bellas, carecen de vigor estático. San Pablo, predicando en Atenas no satisface tanto como Mounet en el Palacio de Layo; esa adherencia del pie al suelo, cuando es sensible, da singular autoridad a la figura. Cuando Mounet baja los escalones como rey en Edipo, como inspirado en Joab, toma posesión de cada uno con pie poderoso, insistente, decisivo.

2.º *La marcha oblicua.*—Mirad un gato atravesar una habitación algo amplia; nunca sigue una línea recta; da bordadas, como se dice en marina, ondula, y si sus patas estuvieran teñidas o mojadas, hallaríais después de su paso un trazado de curvas desiguales. Es que la línea recta es una abstracción negadora del movimiento y, sobre todo, del placer estético; sólo sirve de cuadro de fondo o de rompimiento en las composiciones. Los grandes intérpretes de la figura humana la han evitado instintivamente. En un arte de movimiento como el del teatro, todo procede de la curva, del segmento de círculo, jeroglífico de la vida. Cuando Mounet ve a Creon, arquea el lomo, sube los hombros, escupe y se lanza por curvas como un gato. Asimismo, en Joad, para bajar desde el fondo a la concha del apuntador, se dobla varias veces, tanto de un lado como de otro. Aquella bajada directa carecería de belleza plástica. La oblicuidad de la marcha tiene su razón moral, según Peladan, en la espontaneidad de las impresiones, patrimonio de los felinos.

3.º *El radical distintivo.*—Leonardo aconseja al pintor y hubiera aconsejado al actor, observar a los sordomudos y estudiar los movimientos de los jugadores de pelota. La casa de fieras presenta una enseñanza más práctica, sobre todo para el trágico, y sin investigar por qué haya de excluirse a los demás animales, nadie se asombrará de que la elección deba tomarse de las fieras y de los felinos, cuyo apogeo es el león y su forma familiar el gato. Aquí vendría bien una apología del único ani-

mal que conserva en la domesticidad los acentos de la personalidad, del único sér que no nos asombra, haciendo de nuestra mesa su tocador. La flexibilidad de sus movimientos no cansa nunca nuestra contemplación, porque se enlazan unos con otros por curvas armoniosas e imprevistas. El instinto puede llamarse la radical de la pasión con sus dos polos: amor y odio.

La tragedia, a pesar de su discurso de buen tono, es violenta por esencia y hasta bestial. Quien inspirara su gesticulación en el pueblo, sería vulgar, pues la violencia no puede estudiarse sino en la calle. La impulsión es el primero de los temas plásticos. Nuestra civilización, más que ninguna otra, obliga a un constante disimulo; la vida de París extingue todo andar arrogante. Admiramos la marcha grave de los orientales. El automóvil ha hecho de todos nosotros, pobres ratoncillos tímidos y sofocados; sólo los animales nos enseñan hoy una postura decorativa, es decir, independiente. Mounet-Sully, en Joad, se eleva a un paroxismo que le cambia en animal religioso. No es un hombre como los demás, es el hombre de Yavéh, y la pasión israelita ha devorado los demás sentimientos; la fe ruge por su boca, y tan fuerte, que, al gritar que «los perros están ya a la puerta y piden su presa», se esfuerza en hacer de su boca una *gueule*, enseñando los dientes, y sería caricaturesco si no fuera sublime.

4.º *El juego mudo*.—Para la mayor parte de los artistas, escuchar no es representar: están pensando visiblemente en su réplica, esperando el turno de hablar. Mounet-Sully en este caso suspira, gruñe, bosqueja gestos cortos, como involuntarios, y no cesa de manifestar su estado de alma y sus sobresaltos; tan bien que, en *Edipo*, cuando cae ante el altar, trabaja como mimo y hace llorar por su sola actitud. El apogeo del juego patético aparece en los furores de Orestes, donde la pantomima debe tener más fuerza que el texto. Con golpes de manto materializa las Erinnias en gigantescos murciélagos, y es dudoso que la escena ganara en verlas realmente. Con tal ac-

tor, el fantasma de la terraza en Elsenour, es inútil. En las estancias de Poliuto, el efecto llega a ser desconcertante: no ha cambiado de traje, y su actitud revela que ha cambiado de sentimientos.

Se pregunta uno por qué este actor llena toda la escena en cuanto aparece; hace verdaderamente la figura del león, y, por la misma razón de poder, pisa tan fuerte, eleva la voz tan alto, vuelve la voz con tal autoridad, que es el rey de los actores, visiblemente, haciendo el escenario tan pequeño como una jaula. Nadie escucha como él, y mudo, continúa representando y llenando la escena.

Péladan corta aquí el análisis del arte trágico, limitándose al éxtasis, la marcha oblicua, el radical instintivo y el juego mudo, para mostrar que concurren a una sola manifestación: el drama de la conciencia, que es el verdadero drama. Si fuera preciso definir el teatro, ¿no se le llamaría la representación del alma apasionada? No hay más que un sólo asunto: el conflicto del deber y del deseo. Se aplauden piezas en que los personajes, a fuerza de perversidad, no conocen el bien y el mal. Figuraos a Roberto Macaire gozando de sus robos en paz; a don Juan refiriendo el recuerdo de sus conquistas, y a un asesino impune y sin remordimientos; no tendréis más que lodo. Que la sociedad tenga por ídolo el éxito; que al ladrón afortunado se le llame un listo, y que se admire a César Borgia, son villanías individuales que la humanidad rechazará siempre como pesadillas. La conciencia seguirá siendo la musa misma del teatro, y la excelencia de Mounet-Sully es sacar de sus facultades instintivas, de su genio, una manifestación asombrosamente viva y coloreada de la vida interior. Su arte de plantar al héroe, de hacerle moverse como una fiera, de rabiar, de sufrir como un animal y de desempeñar sus papeles en perpetuo aparte mímico, todo eso no sirve sino de medio para la exteriorización moral, fin y apogeo del arte dionisiaco.

La serie de estatuas de Edipo, desde su aparición sobre las gradas del palacio, hasta su fúnebre partida para la vida

errante; la serie de cuadros de *Hamlet*, desde la terraza de Else-neur hasta la estocada envenenada, son tan inolvidables como las metopas del Partenón o las maravillas de la Sixtina. Mounet-Sully hace ver obras maestras en cuanto aparece en el escenario, y el museo no hace más. El siglo próximo no los verá; pero, ¿oirá tampoco a los grandes oradores?

MORAL

LA PEREZA.—Un individuo, válido en apariencia, pero incapaz de trabajar seriamente, ¿es un perezoso? El Dr. Emilio Tardieu lo pone en duda en *La Revue*, estimando que es perezoso «el que no hace esfuerzo y lo espera todo de la impulsión espontánea». La pereza verdadera, según él, no empieza sino en el momento en que se goza de no hacer nada; pero si la pereza es más bien una impotencia orgánica, constituye una enfermedad. La pereza es un fenómeno de impotencia o un fenómeno de sensualidad, prescindiendo de formas intermedias. Nuestra labor en esta tierra es tan miserable; los oficios a que nos obligan son tan repugnantes, que los perezosos que se han despedido de toda ambición son muy fuertes, atrincherados en su abstención relativa, y es sabido que suelen emocionarse poco por las reconvenciones que les dirigen; aparte de los goces secretos, que son su lote, de su inacción calculada y de la justa economía de su persona, no dejan de mostrar cierta ironía inquietante para los que trabajan y se contorsionan, tal vez en vano.

La pereza por impotencia.—La pereza es una impotencia, y el primer argumento que puede darse de ello es el ser contraria al deseo natural del hombre de elevarse, de acrecentar su fuerza, de extender su imperio. La pereza degrada al individuo, haciéndole miserable y dependiente de otro; aunque hubiera nacido en clase acomodada, no está seguro de obtener el respeto de quienes le rodean. Es malo que se sepa que no se

sirve para nada, y la pereza no es cosa de que pueda sacarse gloria ni provecho.

La pereza es una enfermedad de la energía, que desde la lentitud en los movimientos llega a la inercia casi total; revela una insuficiencia de vitalidad, procede de una mala tela corporal. Todo órgano que se rinde y se debilita, se hace perezoso; la vejez, que consume nuestra decadencia, hace de nosotros seres cada vez más lentos y perezosos; las enfermedades de larga duración, de cronicidad desesperante, realizan estados de depresión y de pereza. Hay períodos de astenia inexplicables, en que no se está en marcha; años enteros en que se vive en un estado de atontamiento; eclipses más o menos completos de vitalidad, que crean estados varios de pereza, porque ¡se presta a tantas variaciones el arte de no hacer nada!

Después de esta pereza, que es una enfermedad de orden general, pesada de llevar y para la que apenas hay remedio, viene la pereza, que es un caso limitado, más curable, y que depende de una debilidad de la atención voluntaria. Se es perezoso porque no se interesa uno en su misión, falta de aptitud o de doma. El salvaje se apasiona por la caza, la guerra, el juego, lo imprevisto, lo desconocido, el azar en todas sus formas; pero el trabajo sostenido lo ignora o lo desprecia; es fruto de la civilización y la forma concreta más visible de la atención. Como los salvajes, hay seres en las sociedades civilizadas, incapaces de trabajo sostenido: los vagabundos, los ladrones de profesión, las prostitutas.

Los perezosos pueden dividirse en dos grandes clases: espíritu y cuerpo; los de espíritu son los más numerosos. La pereza de espíritu forma los *simples*, poco críticos y que se contentan con poco, y los imprevistos, que caen en todas las trampas. Esa pereza facilita la práctica de la virtud, la fidelidad en los afectos, la regularidad en el cumplimiento maquinal de un deber. El perezoso no conoce más que la ley del menor esfuerzo; carece de ideas, de iniciativa, de fantasía; se aparta de las figuras nuevas y se inquieta si tiene que adaptarse a lo

desconocido; le agrada adoptar un tren uniforme de vida y atenerse a él. Algunos de estos perezosos engañan por una existencia exteriormente movida; viajan, se entregan a los deportes, y su actividad puramente física nos engaña. Pongámonos en guardia y no les confiemos funciones importantes. Esa clase de gentes pueden hacer una fortuna, pues el dinero tiene poco que ver con la cultura refinada del espíritu.

La pereza de cuerpo tiene más graves consecuencias, pues el cuerpo es el que nos convoya y lleva el peso principal de la existencia; por lo demás, pereza de espíritu y pereza de cuerpo suelen ir unidas, y si su grado es el mismo, se llega al incapaz, que resulta de la imbecilidad o de la neurastenia, y al inválido del sistema nervioso. Ese perezoso absoluto será muchas veces un mártir, una víctima de su pereza; no logrando ganarse la vida por medios honrados, recurrirá a los procedimientos ilícitos, y de ahí saldrán no pocos criminales y muchas prostitutas.

Pero la pereza del cuerpo puede unirse a la actividad del espíritu, como se ve en los soñadores, los místicos, los poetas, los artistas, los intelectuales en general, impropios para la vida práctica, que exige la ejecución de tareas de mil clases, en general mal recompensadas. Estos especulativos extasiados harán bien en adjuntarse auxiliares encargados de sus intereses materiales. Para no ser perezoso, hay que ser rico de vida, y tener en propiedad un ideal o ideas directoras. Así es como los escépticos son generalmente perezosos, y no hay más que acordarse de Montaigne, príncipe de los qué-se-me-da-a-mí, y de sus confesiones exentas de artificio.

Los perezosos son legión, forman la masa y los subordinados, los resignados, los tortugas y los caracteres ñoños que abdicar y, por salvar su reposo, lo dejan pasar todo. La pereza engendra el egoísmo, un egoísmo pasivo y suspicaz, que no se molesta en venir en nuestro socorro. El perezoso sufre por su impotencia, hasta que se resigna a ella; y esta resignación viene pronto, pues quien no tiene la fuerza no tiene el deseo ni

las ilusiones que le abren camino; relegado a papeles sin brillo, sabrá hacerse una suerte soportable. Su impotencia es sólo un límite.

Cuando la pereza se relaciona con una enfermedad constitucional, la voluntad podrá poco contra ella, pues la voluntad no produce la fuerza. «Los perezosos, dice Vauvenargues, tienen siempre gana de hacer algo.» Están en el dintel de la potencia, de la tierra prometida; no depende de ellos entrar en ella; forzad a un perezoso, y tendréis un torpe o un enfermo. No admitáis jamás a vuestro servicio a un perezoso: gastaréis vuestra paciencia en esperar su transformación. Ese incapaz ha nacido para ser servido: deseémosle fortuna y que no le dé por derrocharla.

La pereza sensual.—Fuera de la pereza de impotencia, en cierto modo excluída del poder de la voluntad, hay una pereza consentida y querida, que consiste en el placer declarado de no hacer nada; placer puramente sensual, que constituye la verdadera pereza. ¿Qué más dulce que el abandono de las horas en el campo, en los hermosos días de verano? La economía del pensamiento, del esfuerzo mental, que es el más costoso de todos, es la ganancia principal del perezoso. Los animales gozan de la pereza. El trabajo es una maldición a la más hermosa de las conquistas. La lucha por la vida y la presión de la necesidad han obligado al hombre a triunfar de su pereza y a organizar metódicamente su esfuerzo. Los pueblos del Mediodía, acariciados por el sol, abusan de las delicias de ese estado de pereza, que, sometido al análisis, es abulia, debilidad, extenuación de la voluntad, y también cinismo tranquilo, nihilismo sonriente.

Se trata, en realidad, de una sensualidad bastante baja, y de una forma de felicidad bastante elemental; para ahorrarse toda molestia, se reduce la vida al *mínimum*. Beatitudes de lagarto en que, a la larga, se corre el riesgo de morir de aburrimiento o de imbecilidad, y a veces de hambre. Los voluptuosos, que pasan por maestros en el arte de dosificar el goce,

usarán de la pereza como de una voluptuosidad inocente, muy grata a su hora, y sabrán evadirse de ella a tiempo. No convertirán el lecho de rosas en lecho de basura.

La pereza nos da a conocer los goces, algo muelles, de la contemplación, grata a la frente desarrugada; las buenas fortunas del vagabundo (pereza ambulante); el apartamiento de la vida, sobre la que se resbala sin apretar. Es también la relajación o la desagregación de la personalidad: un estado próximo al no ser. Prepara una atmósfera favorable al placer; es propicia a la cría y sostenimiento de pensamientos amorosos; los perezosos forman los amantes, rumiando la idea querida, pensando en sus novias y guardando sus fuerzas para el amor. De la pereza dependen los placeres semipasivos: la conversación ociosa, las lecturas novelescas, las audiciones musicales y teatrales, los juegos de azar y los cigarros lentamente saboreados. La pereza tiene también su depresión en el trato con los niños y los inferiores, cuya simplicidad es descansada; en el amor a las criaturas primitivas, refugio de los espíritus complicados.

La pereza tiene sus ventajas, o más bien sus beneficios, y hay que poner en su activo los ocios ilimitados en los que desarrollan sus largas antenas los pensamientos sutiles, en los que nace la ideación desinteresada. La pereza es el arte de holgazanear, que es bueno conozca el intelectual recargado. El cerebro, en efecto, es el órgano más difícil de condenar al reposo, siendo continua la tentación de pensar y la más fácil de satisfacer. Hay perezas fecundas, descansos regeneradores, éxtasis echados de espaldas y que son geniales. La pereza ha sido cantada por los poetas, que juegan con la vida, cogen la flor de las cosas y no sirven sino para gozar. Musset canta la pereza y sus cuidados de un día. Baudelaire conoce los infinitos balanceos del ocio embalsamado.

El perezoso es generalmente un resignado lleno de buen humor, que goza profundamente de sí mismo y de sus fuerzas durmientes, y sobre cuyos labios se dibuja una simbólica son-

risa que significa: la vida es una nada, cuyo cero soy yo. Su tipo corriente es el del hombre de café, que se divierte con el menor incidente. Es inclinado a la dulzura y a la vida sensual; es ñoño por definición, y su mayor defecto, que le atrae las mayores desgracias, es la imprevisión. Se convierte en el bohemio que irá a parar a la cárcel o al hospital, o que amotinará a sus contemporáneos con sus genialidades. Tiene el espíritu lento; sabe esperar, y ese es su triunfo a veces. La pereza forma la belleza de algunas mujeres de rostro florido y posturas lánguidas, en quienes se admira una mirada sin pensamiento, ojos semejantes a flores.

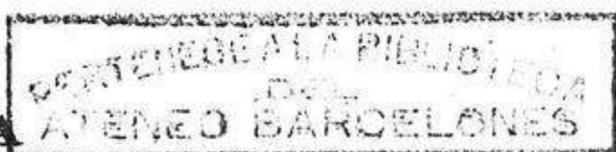
Tratamiento de la pereza.—La pereza es un mal muy dulce, pero es un mal que exige tratamiento. Hay que distinguir la pereza-neurastenia, que es una enfermedad de la energía, y la pereza-voluptuosidad, que es una enfermedad de la voluntad.

La neurastenia, enfermedad orgánica más que psíquica, tiene su tratamiento físico y moral. Verdad es que hay los casos mixtos, en que no se sabe si se trata de falta de energía o de falta de voluntad: el ejemplo de Rossini, dejando de producir en plena gloria, es notable: ¿era un agotado o un epicúreo? La cuestión es insoluble.

La pereza derivada de la sensualidad, es otra cosa: en cuanto se trata de combatirla, está dominada. El espíritu es más plástico, más manejable, y por su misma complejidad, se presta más a todos los tratamientos. Leibnitz lo decía: «Quod in corpore est fatum, in mente est providentia.» El que se sienta perezoso, debe hallar por sí mismo el remedio propio para su caso particular; tratará de cambiar de medio, pasando de la aldea a la ciudad, o al contrario, se forjará un ideal elevado o conveniente, y luego se recurrirá a los pequeños medios: abreviar la estancia en la cama, y arreglar el empleo de su tiempo con una disciplina militar o monacal. Hay personas, un tanto invertebradas, que necesitan un reglamento, un tutor; se las proveerá de un despertador. Lo que importa, más que

nada, es modificar la tendencia a la pereza por el hábito del trabajo. Se huirá de los venenos del sistema nervioso: el alcohol, el tabaco, destructores de energía, y de otros que son peores, como la morfina y el opio. Hay desaliento en la pereza, forma del nihilismo; se la tratará por el optimismo o, por lo menos, por el meliorismo; siempre es posible mejorar su situación. Nada, sin embargo, vale tanto como un ideal y el aguijón de la necesidad.

ESTÉTICA



EL PUESTO DEL ARTE EN EL ESPÍRITU.—El arte es una generación de la fantasía, como afirma Federico Pérsico en la *Revista de Italia*; pero sus productos no sirven para la utilidad, para la comodidad, para la voluptuosidad, como las artes del sastre, del albañil o del perfumista, y por eso se distinguen como artes bellas. Y si no sirven para lo útil, ¿qué objeto tienen y a qué necesidad responden? Se habla del arte por el arte; pero es como si se dijera que la ciencia es el pensamiento por el pensamiento; y así como un filósofo observaría que el pensamiento tiene por objeto la indagación de la verdad, así el arte debe tener un objetivo. ¿Cuál es éste? La belleza. Y como la belleza supone el orden, y del orden es condición la forma, por lo cual Cicerón llamó a la belleza *formositas*, de donde viene el adjetivo español hermoso, como equivalente de bello, se ve que la belleza no aparece sino en una cosa formada.

En el primer capítulo del Génesis, la tierra creada con el cielo, es llamada *inane-y-vacua*, es decir, desnuda de toda forma, tenebroso abismo. Inmediatamente se hace la luz, y tras ella, todas las demás cosas del universo. ¿Qué es la luz, como principio de orden? Un admirable concierto de moléculas que con sus vibraciones lo penetran todo, dando a las cosas visibilidad y colores. Es, en el orden material, el simulacro de la conciencia y el pensamiento. Así como la conciencia penetra el mundo intelectual y moral, la luz produce con sus rayos la

visibilidad del mundo material y sensible, y por ende su belleza.

Pero el orden y la belleza no se detienen en la materia, sino que se extienden a la vida. Ahora bien; el artista se enamora de una idea, de un tipo, lo ve en su fantasía y lo traduce en imágenes, en una existencia aparte inmune de aquellos defectos que la existencia concreta y real tiene siempre en sí misma. La forma con que reviste aquella idea, no es una de las innumerables que la Naturaleza produce para destruirlas después, sino una forma, verdadera obra de arte, que puede aspirar a la inmortalidad. Así, si un caballo se presenta a la fantasía de un pintor, éste hará esbelto su cuerpo, sutiles sus patas, altanera su cabeza, espumosa su boca, erguidas sus crines, como quizá no habrá encontrado uno semejante; y todavía, si la rapidez del caballo no le basta, le prestará alas e inventará un hipógrifo.

Por aquella ley que reduce lo negativo y defectuoso a lo positivo y a lo perfecto, el torpe, el vicioso, el malvado, puede servir de inspiración al artista y llegar hasta la belleza. En el *Otelo*, de Shakespeare, el verdadero centro y protagonista de la tragedia, más bien que Otelo, es Yago. La profunda maldad de éste, la codicia y la envidia que lo roen, la mentira y la calumnia a que recurre, la ninguna cuenta que hace de los beneficios recibidos de Otelo, ni del amor que éste siente por Desdémona, son una maravilla de actos y colores para pintar un alma malvada de hombre. Si un tipo cualquiera, intuído por el artista, requiere una forma propia, la crítica artística consiste en fijar bien el tipo particular a que el artista atendió y la forma que halló para representarlo.

La inspiración artística es uno de los hechos más importantes del espíritu. No se sabe con precisión cuándo nace ni qué la origina. Pero el encuentro de una mujer, un sueño, la caída de un caballo, la muerte de una persona querida, pueden servir de incentivo. En los sumos artistas, la inspiración es verdaderamente una aspiración, un amor y deseo intenso, constante,

nunca plenamente apagado, de traducir en una imagen, en una forma concreta, la idea que relampaguea en su espíritu. Esto explica el febril e incesante trabajo del corregir y limar la imagen ya nacida, rectificando aquí una línea, reforzando o atenuando un color; mudando allí epítetos y adverbios, modificando o borrando frases o períodos para hacer la imagen más viva, más semejante al tipo.

La inspiración no está sujeta al querer, como el estudio de la Geometría o la lectura de un libro: la tienen los grandes y verdaderos artistas, porque por su naturaleza llevaron el amor y el vivo deseo de la belleza en sus almas; y difieren de los filósofos porque en aquel su afecto cálido y generativo, abarcaron a un tiempo la idea y la forma que la inspiraba, mientras que el pensamiento especulativo, aunque iluminado por una intuición, no hace más que reflejarla abstraendo y tejiendo, uno tras otro, juicios y conceptos.

La piedra, el mármol, los colores, la palabra y los sonidos son los materiales del arte con los que se produce la imagen destinada a expresar la belleza. Cuanto más se relacionan esos materiales con el espíritu, más se realza el arte: son como escalones que la fantasía humana recorre en su ascensión. La Arquitectura, que atiende más a la comodidad y a las necesidades de los hombres, se halla en el escalón bajo del arte. La materia en ella está como invitada a negar su grosería, su rudeza y hasta su gravedad; pero el límite de este arte no tarda en revelarse: lo sensible de que se sirve, tiene por sí poca aptitud para revelar una idea; si desde lejos el más hermoso templo puede marcar la majestad de lo infinito, el hombre no aparece todavía, y la fantasía busca en aquella misma materia el mármol y el bronce, para extraer la imagen de una persona e imprimirla alma y vida, y así nace la escultura.

Se ha hablado mucho de la serenidad de las estatuas griegas y del significado de aquella serenidad. Si el *Laocoonte* no grita en medio de los espasmos ni se contorsiona, es porque el mármol no tiene voz, y las contorsiones de una boca no se avie-

nen con un arte que se funda principalmente en el orden material, esto es, en la belleza de las líneas y de las formas. Por eso el espíritu recurre a otro arte, a la pintura; y el grosor del mármol y del bronce se sutiliza, da lugar a una superficie, y las líneas se convierten en colores, y los colores y la superficie en escenas y en sentimientos de hombres. Las personas representadas no son ya figuras solitarias y serenas, sino actores de un drama determinado, expresiones de afectos o sentimientos de calma, de tristeza, de alegría o de agitación que inspira un paisaje o una batalla.

Todavía, sin embargo, hay aquí un límite: la escena figurada es una sola, determinada, inmóvil. Las figuras, aunque estén hablando, no hablan verdaderamente. no se mueven; las artes plásticas son así superadas por un arte que tiene la palabra para encarnar sus ideas. La palabra, no sólo destinada a expresar un concepto, a formular un juicio, sino a traducir y colorear la belleza con el ritmo y la cantidad, los acentos y la rima. La lírica es la cima de la poesía; pero la palabra del poeta es todavía un sensible exterior que debe ceder el puesto a otro sensible, a otro más espiritual, más íntimo, más indefinido y expresivo del puro sentimiento, el sonido, del que sale la última forma del arte, la música. Se ha llamado a la música reina de las artes, y con razón. Puede ser ligera, frívola, destinada sólo a deleitar el oído; pero nunca es impúdica o inmoral, como ocurre frecuentemente con las demás artes, no excluía la poesía, y esa es su nobleza.

Los fines del arte no son ciertamente los de la moral, y si esto sólo quiere decir la conocida frase del arte por el arte, pase la frase. Pero si no es la moral, ¿quién querrá afirmar que el verdadero arte la contradiga y la pueda ofender? ¿Serán hermanas o serán enemigas la belleza y la virtud? Si el confundirlas, como parece Tolstoy, no es justo, ¿quién negará al arte en sí el oficio de educador?

*
* *

IMPRESIONES Y NOTAS

LA BIBLIOTECA AMBRIOSANA.—La fundó en Milán en 1609 el arzobispo Federico Borromeo, popularizado por *Los novios*, de Manzoni, y bendecido por la posteridad. Su fondo originario estaba constituido por 23.000 volúmenes, entre los que figuraban las obras maestras de tipografía de los Aldos y de los Elzevirs. Desde sus comienzos fue enriquecida por numerosos donativos del mundo entero, y en estos últimos tiempos, la viuda del ilustre economista y jurisconsulto Angel Villa Pernice la ha legado todos los libros de su marido con manuscritos de inestimable valor y documentos de la mayor importancia; entre ellos figuran los autógrafos de las obras de Beccaria.

Aumentada la Ambriosana con la colección Villa Pernice, ha llegado a ser una biblioteca de primer orden; pues a las obras clásicas de la Literatura y el Derecho, une ahora todo lo que se refiere a la Italia moderna, habiendo estado mezclado activamente Villa Pernice al movimiento político y a la vida parlamentaria de su época, y en relación directa, como dice Anzoletti en la *Rassegna Nazionale*, con todos los personajes de su tiempo, cuyos centenares de cartas están en la biblioteca al alcance de los curiosos.

*
* *

LA TEMPERATURA MÁXIMA SOPORTABLE.—No hace mucho corrió por los periódicos la noticia de que dos sabios ingleses se habían hecho encerrar en un horno para saber la temperatura máxima que podían soportar, resistiendo hasta 100° Celsius, sin que su salud se resintiese, cosa que a muchos ha parecido increíble.

En 1874, Tillet comunicó a la Academia de Ciencias que había visto a la hija de un panadero resistir doce minutos en un horno, donde un termómetro señalaba 128° y $\frac{3}{4}$ Celsius. El

mismo sabio comunicó que en la ciudad de la Rochefoucault, algunas muchachas se veían obligadas a permanecer hasta diez minutos en un horno, cuya temperatura era de 132°. Que estas declaraciones no son falsas, lo demuestra un experimento hecho por Banks, Solander, Dundas, lord Seaforth y otros. Entraron en una habitación, cuya temperatura era de 128° Celsius, permaneciendo en ella durante ocho minutos; durante ese tiempo aumentó poco o nada su calor normal; unos huevos y un bistek, colocados en la misma habitación, se cocieron en veinte minutos los primeros y en treinta los segundos.

Arago afirma haber visto en 1828, en París, entrar en un horno de la altura de un metro, y resistir en él cinco minutos una temperatura de 137° centígrados; estaba envuelto en un ligero traje de *bambagia*, sobre el cual llevaba otro de lana y otro de *bambagia* blanca, cubriéndole la cabeza una especie de capuchón de lana blanca. El que gana a todos, según el periódico médico *La Clinique*, es un español, un tal Martínez, que en 1828 se había sostenido catorce minutos en un horno, a la temperatura de 170° centígrados; su pulso, que primero daba 76 latidos, llegó a dar en aquel calor, 136. El mismo individuo resistió poco después, otros siete minutos, una temperatura de 152° centígrados; estaba vestido y tenía la cabeza envuelta en unos pañuelos de lana.

Berger y de la Roche han hecho experimentos, con el mismo objeto, en una habitación calentada con leña: al principio, apenas podían sufrir por pocos minutos temperaturas de 87° a 90°; pero después pudieron resistir hasta 109°. Las llamas les quemaban el rostro, y los latidos del pulso no se podían contar por su velocidad; pero una vez fuera, recobraron las condiciones normales a los cuarenta y cinco minutos.

Los mismos experimentadores afirman que el calor del vapor de agua es mucho menos tolerable que el del fuego. Basta elevarlo unos grados sobre la temperatura ordinaria, para no poderlo soportar. Sin embargo, el mariscal Marmont refiere haber visto en Brussa a un turco bañarse en agua a la tempe-

ratura de 78° Celsius, hecho extraño y casi increíble, pues sabido es que un baño de agua a 45° es ya insoportable y hasta peligroso.

*
* *

EL PRIMER AMOR DE WALTER SCOTT.—Walter Scott era de figura agradable y de conversación amena; pero, lejos de pagarse de elegancias ni de finuras de trato, le agradaba más la despreocupación, prefiriendo a la vida de salones la del aire libre. Modesto de suyo, confiesa que a los diez y nueve años sintió «gran orgullo cuando observó por vez primera que una señorita, joven, linda, no juzgaba indigno de ella sentarse junto a él, y hablarle durante horas enteras en un rincón del salón de baile, mientras todo el mundo se agitaba a su alrededor».

Era la señorita una hija de Lady Stuart Belches; y una vez hecho el conocimiento, los encuentros se multiplicaron. Todos los días, a la salida de la iglesia, volvían en compañía. La señora Scott llegó a reanudar relaciones con la madre de la joven, y con todo esto, Walter, que sentía gran afecto por Margarita, llegó a tener grandes esperanzas; pero el severo Scott padre, rígido y previsor, se inquietó por aquella intimidad que tan rápidamente crecía, y escribió al padre de la joven, que «había entre los muchachos un grado de intimidad, que si se dejaba crecer podía producirles una decepción». Y Walter supo, cuando menos lo esperaba, que Margarita era la prometida de William Forbes, rico banquero y gentilhombre de la mejor reputación.

Veintiséis años después, Scott escribía en el comienzo del capítulo XII de su novela *Peperil on the Peak*: «Hay pocos hombres que en secreto no se retraigan al tiempo de su juventud, cuando un afecto espontáneo y sincero ha sido rehusado, vendido o contrariado, a consecuencia de circunstancias adversas. Esos pequeños pasajes de historia secreta son los que dejan en cada corazón recuerdos novelescos, permitiéndonos a cada uno, aun en los momentos más ocupados de la

edad avanzada, escuchar sin indiferencia hostil el relato de un amor verdadero.»

Como todo pasa, en el mes de Julio de 1797, Walter Scott se enamoró violentamente de Miss Carpenter, con la que se casó el 24 de Diciembre del mismo año, siendo felicísimo con ella. Habiendo enviudado en Enero de 1826, Walter Scott se estableció en Edimburgo en 1827; precisamente en una casa próxima vivía la madre de aquella Margarita, objeto de su primer amor. Muerta Margarita, aquella señora vivía muy retirada, pero Walter Scott la visitó.

En su diario, Walter Scott alude a aquella entrevista: muchas viejas historias se evocaron y muchas lágrimas corrieron; la escena fue patética. «¡Ah!, exclama; ¡qué novela que contar! ¡Lo será algún día! Entonces mis tres años de sueño, mis dos de vigiliass, serán referidos, sin duda alguna; pero la muerte no tendrá que sufrir por ello.» Y ahí termina la historia de amor de Walter Scott, tal como la cuenta en el *Mercur de France* Pablo Luis Hervier.

*
* *

LA BEATRIZ DE DANTE. —¿Es un símbolo o una realidad? Wyzewa, en la *Revue des Deux Mondes*, estudia esta cuestión. El nombre de la heroína aparece en la *Divina Comedia* en boca de Virgilio, que cuenta al Dante cómo durante su estancia en el purgatorio ha sido abordado por una «dama venturosa y bella», llegada allí con «ojos llenos de lágrimas» para rogarle fuera en socorro de su amigo, «a fin de que ella misma quedara consolada». «Soy Beatriz, le dijo, y el amor me ha traído aquí, y me hace hablarte.»

No se vuelve a pronunciar el nombre de Beatriz sino una sola vez durante todo el relato de la travesía del infierno; pero en varios pasajes se encuentran alusiones manifiestas a la «Dama venturosa», siempre designada en términos velados, como si el poeta hubiera temido profanar su imagen con mención demasiado clara, en aquella impura atmósfera de tinieblas

y de pecados. «Cuando llegues ante la dulce irradiación de aquella cuyos hermosos ojos ven todas las cosas, sabrás por ella el viaje ulterior de tu vida.» Aquí la alusión a Beatriz es indiscutible, según Wyzewa. Dante continúa sin designarla formalmente por su nombre hasta que en el Canto XXIII del Purgatorio se encuentra con su antiguo amigo y confidente Forese, de donde saca Ancona un nuevo argumento en favor de su teoría realista; pues si Dante, según él, ha pronunciado ante Forese el nombre de Beatriz, es porque sólo este antiguo amigo ha conocido el secreto de su amor a la hija de Folco Portinari.

Donde, sobre todo, estima Ancona que queda probada la plena realidad de la figura de Beatriz, es en el famoso pasaje del Canto XXVII del Purgatorio, donde vemos a Dante vacilando en franquear una muralla de llamas, sin que, ni las exhortaciones de un ángel, ni las tranquilizadoras palabras de Virgilio, basten a vencer su espanto. Hasta que el poeta latino le grita: «Pues, hijo mío, mira: Ese muro es el que te separa de Beatriz.» Y en seguida Dante, al oír aquel nombre, «siempre presente a su espíritu», se arroja valerosamente a las llamas, demasiado feliz por poderse juntar así con su bienamada.

Desgraciadamente para la tesis realista, *La divina comedia* tiene tres partes, y en la tercera se nos muestra Beatriz bajo una alegoría y un tipo; pero, dice Ancona, por de pronto: «Tenemos la persona, el sér histórico, verdadero, real; y luego, sobre esta persona, eleva el símbolo; no va, por ejemplo, a crear abstractamente un tipo de la sabiduría humana; pero para este tipo se sirve del personaje histórico de Virgilio; no va a crear un tipo de la libertad interior, sino que se vale para ello de la figura histórica de Catón, y así sucesivamente. Todo el universo sobrenatural que nos representa tiene como un fundamento real. La Edad Media había dado a las abstracciones un cuerpo ficticio; Dante, a la inversa, atribuye a personajes reales valor abstracto.»

Así, Ancona nos hace asistir a las etapas sucesivas del poeta, en lo que pudiera llamarse trabajo de extensión simbólica

de la figura de Beatriz. Ya en ciertas líneas de *La vida nueva* se halla como en germen toda *La divina comedia*: «Tras eso se me apareció una visión maravillosa, en la que contemplé cosas que me han decidido a no decir ya nada de aquella Beatriz bendita, mientras no me sea posible tratar de ella más dignamente. Y en llegar a ello es en lo que me esfuerzo cuanto puedo, como ella lo sabe en toda verdad. Y, por consiguiente, si agrada a Aquel por quien viven todas las cosas, que mi vida se prolongue durante cierto número de años, espero poder decir entonces de ella lo que jamás se ha dicho de ninguna mujer en el mundo.» Ancona explica también, desde el mismo punto de vista biográfico, el episodio que forma el asunto del *Banquete*. Después de la muerte de Beatriz, Dante ha pecado doblemente contra su inmortal amada: primero, dejándose consolar por otra dama que se ha apoderado de su corazón demostrándole una compasión engañosa; luego, entregándose a todas las agitaciones políticas, cuya triste consecuencia ha sido su destierro perpetuo; y, por último, cometiendo con Beatriz la falta de ocuparse de todas esas ciencias puramente terrenales, designadas con el nombre general de Filosofía; de tal modo, que en su *Banquete* ha encarnado todos esos pecados en la única figura de la «dama compasiva», mientras Beatriz, por su parte, significa siempre a la vez la joven que ha querido y el conjunto de las virtudes celestiales, de que se ha acostumbrado a considerarla revestida. Así nos las presenta también en las tres partes de su Comedia; pero sin que podamos adivinar en los pasajes citados del Infierno y del Purgatorio que la joven perfectamente real de que nos habla sea al mismo tiempo la *entidad* sobrenatural que ya se nos anuncia desde los últimos capítulos de *La vida nueva*. Hasta el término del poema, Dante sigue extendiendo el papel de Beatriz, elevando y engrandeciendo la parte de símbolo añadida por él a la persona real de la joven patricia florentina, de la que se enamoró en otro tiempo, una tarde de primavera, en el jardín de los Cortinari.

FERNANDO ARAUJO

LA AMÉRICA MODERNA



SUMARIO: El imperialismo norteamericano contra la América española. La política de los presidentes yanquis. El Presidente Wilson. Las acusaciones de Manuel Ugarte contra la política yanqui en América. Los financieros y los políticos norteamericanos. Agravios y coacciones contra los iberoamericanos. Los escritores mejicanos contra los yanquis. Agustín Aragón. El pensamiento iberoamericano contra el imperialismo yanqui. Escritores y estadistas. Las mentiras de Wilson. La vuelta al iberismo.—El iberismo en Méjico. España comparada con las naciones colonizadoras, según los mejicanos. Justicia en la Historia.

Otra vez la política violenta de los Estados Unidos ha provocado un clamor de indignación en la América española, que amenaza con extenderse al continente europeo. La acción constante, más o menos disimulada, de la República grande de Norte-América sobre la vida interior de Méjico, lleva visos de acabar en intervención, con todo el acompañamiento de coacciones y atropellos que borran la idea de justicia entre los hombres. Los Estados Unidos necesitaban un motivo para intervenir en Méjico, cuyo territorio constituye una zona principal para la expansión de los yanquis, y el motivo le encuentran provocándole ellos mismos con el mantenimiento de constantes insurrecciones. Así como atizaban el fuego de las rebeliones separatistas en los días de Cuba española, para poder presentarse al final de larga contienda como libertadores de la pobla-

ción colonial, de la misma manera auxilian a los facciosos de toda laya en las repúblicas iberoamericanas para depararse ocasión de intervenir con apariencias de justificación internacional. Si no bastase el ejemplo de su conducta con España, ahí está la página reciente de la insurrección separatista que alentaron y dirigieron los Estados Unidos en Panamá, desmembrándole de Colombia y apresurándole a reconocer el microscópico Estado itsmeño para estipular un Tratado que aseguraba a la República ambiciosa del Norte el dominio absoluto de los territorios contiguos al Canal de Panamá. Y esto fue llevado a cabo sin pudor alguno, como si la pequeñez del Estado atropellado disminuyese la inmoralidad del delito de derecho de gentes. Hoy es Méjico el blanco de los tiros norteamericanos. Al Presidente Wilson le tienen sin cuidado los actos y la significación de los contendientes mejicanos, la política del general Huertas y la del general Díaz, tío o sobrino; la cuestión es entrar en Méjico, seguir el redondeo del territorio de los Estados Unidos, hacer del Pacífico y del Mar Caribe, con sus repúblicas, una prolongación de la soberanía yanqui.

Con mal fundadas esperanzas fue saludada la Presidencia del profesor Wilson por algunos hispanoamericanos, que creyeron ver en el político de convicciones librecambistas y enemigo de los *trusts*, una resurrección del puritanismo de Franklin y de Wáshington que se traduciría, en el orden internacional, en una política de abstenciones y alejamientos del imperialismo que había venido practicando la República, acen tuadamente en los tiempos de Mac Kinley, Roosevelt y Taft. El Presidente Wilson es ante todo un Presidente yanqui que recibe las inspiraciones de los elementos directores de la República en la acción internacional.

Por la primavera de 1912 el secretario de Estado de Cuba, Manuel Sanguily, decía en un banquete celebrado en honor del secretario de Estado de los Estados Unidos, Philander C. Knox, que veía en él el representante de un pueblo que llegaba a Cuba empuñando el glorioso caduceo, símbolo de paz y de

prosperidad; pero añadía dejando traslucir un cierto temor, que esperaba el respeto de la República norteamericana para Cuba, porque de lo contrario la estatua de la libertad del famoso puerto yanqui se hundiría en los mares... Todavía no se ha hundido. Las cartas abiertas de los publicistas iberoamericanos se han sucedido sin interrupción desde que Mr. Wilson ocupó la Presidencia de la República, todas ellas dedicadas al profesor en el cual se vislumbraban tantas esperanzas. Después de una carta muy elocuente del escritor mejicano Fortunato Hernández, se ha comentado otra del conocido publicista Manuel Ugarte, carta briosa, sincera, que pone de manifiesto toda la gravedad del problema provocado por la conducta de los yanquis y su Gobierno en el resto de América. La carta de Ugarte, dirigida desde Lima, dice así:

«Durante largos años, los Estados Unidos, que realizan dentro sus fronteras la más alta expresión de la libertad en nuestro siglo, han estado defendiendo en la América latina un espíritu que es la contradicción y la antítesis de sus principios y de sus leyes. Los particulares y las compañías financieras de esa nación (con muy raras excepciones) parecen haber venido a algunos territorios, especialmente a la América Central y a las costas del Caribe, para falsear los principios del derecho civil y para violar los preceptos del derecho internacional, llegando, a veces, hasta olvidar las reglas más elementales. Ciertas Repúblicas van resultando un campo abierto a los malos instintos que no pueden manifestarse en los Estados de la Unión, combatidos como están por las responsabilidades penales y por la opinión pública. Faltar a la palabra empeñada, burlar los contratos, amenazar, despojar a los individuos, introducir contrabandos, sobornar a las autoridades, empujar al desorden, han sido, según los casos, en varias de estas comarcas, cosas familiares para los que, por pertenecer a una gran nación, debían traer concepciones más altas de la responsabilidad individual.

»Los gobiernos locales, a veces timoratos, no se han atre-

vido, en la mayoría de las circunstancias, a perseguir a los delincuentes, amedrentados como están por el volumen de la América anglosajona, o ligados como se hallan algunos por compromisos inconfesables; pero como consecuencia de tales procedimientos, los Estados Unidos se han convertido gradualmente en la nación más impopular entre nosotros. La hostilidad cunde entre las masas, y en algunas regiones (Colombia, Ecuador, etc.) el ciudadano norteamericano tiene que recurrir frecuentemente a la humillante estratagema de ocultar su nacionalidad y de hacerse pasar por inglés para escapar a la mala voluntad que le circunda.

»Nuestros pueblos son hospitalarios y generosos, señor Presidente; en ellos existen innumerables compañías francesas, alemanas, inglesas, belgas, y para todos los negociantes respetuosos de nuestras costumbres tenemos siempre la mano fraternalmente extendida. El hecho de que la hostilidad esté localizada contra el norteamericano, prueba que no se trata de una antipatía irrazonada y general hacia el extranjero, sino de un movimiento de reacción directa contra atropellos especiales de que somos víctimas.

»... Los hombres que violentan el sentir del país extranjero en que actúan; las empresas constructoras que aprovechan las franquicias que les concede un contrato, para inundar fraudulentamente el mercado de productos diversos, perjudicando así a los comerciantes e importadores; y los contratistas que, para no pagar los salarios atrasados a sus obreros indios o jamaiicanos, los intimidan y los persiguen, no pueden seguir pasando por los representantes del genio y de la civilización que trajeron al Nuevo Mundo los inmortales puritanos.

»Así ha empezado a abrirse entre la América latina y la América anglosajona una era de desconfianza y de aversión que será perjudicial para todos. Los que ven con calma el conjunto de las cosas, saben que lo que ocurre es obra de individualidades aisladas. Un gran país penetrado de su alta función histórica no puede ser responsable de estas duplicidades. Si un

pueblo que ha subido tan alto empleara bajos procedimientos, se suicidaría ante la Historia; y no es posible que una gran fuerza renovadora del mundo y de la vida se atrofie y se anule antes de haber cumplido su cometido. Pero los espíritus simplistas, que sólo juzgan por lo que observan en torno, empiezan a creer que los Estados Unidos tienen dos nociones diferentes de la justicia: una para aplicarla a sus compatriotas y otra para aplicarla a los extranjeros; y que alimentan dos morales: una para el consumo nacional y otra para la exportación.

»Además, nos sorprende y nos inquieta en la América latina el apoyo, demasiado visible, que a esos hombres (que a menudo no han nacido en Norte-América, o que se han naturalizado con el único fin de hacerse proteger) les prestan siempre los representantes oficiales de los Estados Unidos. Basta que uno de ellos se diga perjudicado en sus intereses, para que los cónsules y los ministros lo sostengan, y hasta para que sean requeridos los barcos y los soldados, sin averiguar antes los fundamentos de la queja, ni inquirir las razones que asisten a los unos y a los otros. Bien sé que todos los grandes pueblos tienen el deber de proteger la vida y la hacienda de sus nacionales en el extranjero; pero por encima de ese deber está un sentimiento de equidad suprema, que prohíbe apoyar la injusticia, y una altivez superior que impide hacer cómplice a la nación de los errores que cometen algunos de sus hijos.

»El censurable expansionismo político que ha acompañado en estos últimos tiempos la legítima influencia comercial de los Estados Unidos, se ha servido a menudo de estos elementos para hacer surgir pretextos de avance o de intervención, como se ha servido también de la debilidad de ciertos gobernantes latinoamericanos (o de la impaciencia de los que aspiraban suplantarlos en el poder) para obtener en algunas Repúblicas concesiones y ventajas que perjudican a los naturales o que comprometen la autonomía del país.

»El sistema ha podido favorecer momentáneamente el des-

arrollo de los negocios, la prosperidad de determinados grupos financieros o el prestigio autoritario del pueblo protector; pero la respetabilidad de los Estados Unidos ha sufrido quizá tan rudo golpe como la independencia de esas Repúblicas, porque al tomar nacionalmente la responsabilidad de los atentados cometidos por los particulares, al fomentar las malas pasiones, al abusar de su grandeza, los Estados Unidos se han disminuído ante nuestros ojos y han aparecido con fuerza de corrupción, y no como punto de apoyo que nos ayude a perfeccionarnos.

»...Antes os suponíamos fuertes y justos; ahora empezamos a creer que sólo sois fuertes. Y es por eso que se levanta la opinión, es por eso que hay una resistencia visible para confiar nuevos trabajos a las empresas de vuestro país. Tememos que se esconda en cada proposición un nuevo engaño. Además, la fuerza no basta para seducir y atraer a los pueblos, si no viene acompañada por el prestigio moral.

»La América latina es solidaria; tenemos la homogeneidad que nos dan el pasado, la lengua, la religión, los destinos; por encima de nuestros patriotismos locales cultivamos un patriotismo superior; y aun aquellas regiones que están lejos de sentir el peso de tan duros procedimientos, se hallan impresionadas, más que por la amenaza material, por la injuria moral que ellos envuelven.

»Deseamos que a Cuba se le quite el peso doloroso de la enmienda Platt; deseamos que se devuelva a Nicaragua la posibilidad de disponer de su suerte, dejando que el pueblo deponga, si lo juzga menester, a los que le gobiernan apoyados en un ejército extranjero; deseamos que se resuelva la situación de Puerto Rico, de acuerdo con el Derecho y la Humanidad; deseamos que se repare en lo posible la abominable injusticia cometida con Colombia; deseamos que a Panamá, que hoy sufre las consecuencias de un pasajero extravío, se le conceda la dignidad de nación; deseamos que cese la presión que se ejerce en el puerto de Guayaquil; deseamos que se respete el ar-

chipiélago de Galápagos; deseamos que se conceda la libertad al heroico pueblo filipino; deseamos que Méjico no vea siempre suspendida sobre su bandera la espada de Damocles de la intervención; deseamos que los desórdenes del Putumayo no sirvan de pretexto para habilidades diplomáticas; deseamos que las Compañías que extralimitan su acción, no se sientan apoyadas en sus injustas exigencias; deseamos que la República de Santo Domingo no sea ahogada por presiones injustificables; deseamos que los Estados Unidos se abstengan de intervenir oficiosamente en la política interior de nuestros países y que no continúen haciendo adquisiciones de puertos o bahías en el continente; deseamos que las medidas de sanidad no sirvan para disminuir la autonomía de las naciones del Pacífico; pedimos igualdad; pedimos respeto; pedimos, en fin, que la bandera estrellada no siga siendo símbolo de opresión en el Nuevo Mundo.

»No es posible que se diga, señor Presidente, que los norteamericanos han abandonado la coerción y los castigos corporales en la educación pública, para emplear esos recursos atrasados en la educación política de nuestras nacionalidades; no es posible que vuestros ministros tengan en nuestras pequeñas ciudades la función especial de amenazar; no es posible que los hombres pusilánimes que gobiernan en algunas débiles Repúblicas, sientan constantemente sobre sus espaldas el látigo del amo; no es posible que resulte que habiendo abolido en el siglo xix la esclavitud para los hombres, la dejéis restablecer en el siglo xx para los pueblos.

»No ignoro que vosotros sois fuertes y que podríais ahogar muchas rebeliones; pero por encima de la fuerza material está la fuerza moral. Un boxeador puede abofetear al niño que regresa de la escuela, y el niño no logra evitar ni devolver los golpes. Pero esto no establece un derecho ni asegura la impunidad del agresor. Hay un poder supremo que se llama la reprobación general, y así como los niños están defendidos en las calles, contra los atletas, por la opinión pública, los pueblos

están defendidos en la Historia por la justicia suprema y por la moral superior de la humanidad.

»No pedimos favores; reivindicamos lo que es nuestro, lo que conquistaron nuestros padres, lo que todos los pueblos están dispuestos a defender en cualquier forma: el honor y la dignidad. No queremos que la doctrina de Monroe, mal interpretada, sirva para crear en América, en beneficio de los Estados Unidos, ni en beneficio de nadie, nuevos Egiptos y nuevos Marruecos.

»No admitimos que nuestros países vayan desapareciendo uno tras otro. Tenemos confianza en nuestro porvenir. La mejor prueba de que la América latina no está incapacitada para la vida autónoma, es la prosperidad sorprendente de algunas de las Repúblicas del Sur, casualmente de aquellas que, por su volumen y sus relaciones con Europa, se hallan a cubierto de toda influencia norteamericana. Para que las regiones que hoy atraviesan dolorosa crisis, entren a su vez en una era análoga, es necesario, señor Presidente, que las Compañías financieras del Norte se abstengan de complicar nuestros asuntos, que los Sindicatos de Nueva York y de Nueva Orleáns renuncien a favorecer revoluciones, y que los Estados Unidos reanuden nuevamente la obra de acercamiento y de fraternidad, que tan buenos resultados nos dieron en los primeros años a los unos y a los otros.

» Los hispanoamericanos han tomado conciencia de sus destinos; las querellas locales, por agrias que sean, no bastan para hacerles perder de vista sus intereses superiores; los países más sólidos, que ya han alcanzado próspera estabilidad, empiezan a sentir las responsabilidades históricas que sobre ellos pesan; y hay un movimiento visible, una agitación grave que no puede pasar inadvertida para ustedes. Vuestra presidencia, señor, marcará un gran momento de la política universal, si, de acuerdo con la situación, dais fin a la táctica absorbente para volver a la sana tradición de los orígenes. La América sólo estará unida, la América sólo será realmente

«para los americanos», dando a esta palabra su amplia significación, cuando en el Norte se tenga en cuenta que existen dos variedades de americanos, y cuando, sin vanas tentativas de preeminencia, con escrupulosa equidad, se desarrollen independientemente los dos grupos, en una atmósfera deferente y cordial.»

No es posible recopilar tantas acusaciones contra un pueblo. Basta la comprobación de algunas de ellas para que una nación sea declarada fuera de la comunidad moral de los pueblos civilizados.

No somos ya los españoles los que anotamos las injusticias de los Estados Unidos; podría parecer apasionada nuestra opinión; son los mismos hijos de la América española emancipada los que se rebelan contra el fingido protector del Norte.

Sigamos acumulando material.

Agustín Aragón, ilustre publicista mejicano, escribe lo siguiente:

«El peligro yanqui se ha manifestado sin atenuaciones desde 1898, en que los gobernantes llamados republicanos (!) de los Estados Unidos agredieron a España. La agresión a España, con todo y haber sido de lo más monstruosa e injustificada, pronto eclipsóse por los acaecimientos de Panamá y Nicaragua.

»La necesidad de que los iberoamericanos nos unamos, para poner un dique a la desbordante ambición de los yanquis, tiene su mejor fundamento en las opiniones de los hombres públicos de los Estados Unidos.

»El menos agresivo de los imperialistas yanquis, Mr. Elihu Root, cuando era secretario de Guerra en el Gabinete del interfecto Mac Kinley, contestó a los delegados de Puerto Rico que fueron con toda humildad a pedir la ciudadanía norteamericana: «Entre los latinoamericanos y nosotros no existe ni podemos tener nada en común; por grandes que sean nuestros deseos, no bastan para llenar el abismo que nos separa.» Decía

bien Mr. Root, ¡pues un abismo separa a la moralidad de la inmoralidad!

»El propio Mr. Root, el pacífico imperialista y seráfico ciudadano, decía en un discurso pronunciado en Nueva York, en 24 de Agosto de 1912, ante el Instituto de Mecánicos y la Cámara de Comercio: «Es cuestión de tiempo que Méjico, Centro-América y las islas que aún nos faltan en el Caribe, queden bajo nuestra bandera.» Tomen nota los ingleses, franceses, holandeses y dinamarqueses que tienen islas en el mar Caribe.

»El ex-Presidente Taft, flor y nata de los imperialistas capitaneados por Mac Kinley y Roosevelt, en su artículo de nombre *Respuesta a los críticos científicos y políticos del Canal*, inserto en una revista norteamericana y reproducido por *La estrella de Panamá*, dijo: «No está lejano el día en que tres banderas de estrellas y barras señalen en tres puntos equidistantes la extensión de nuestro territorio: una, en el Polo Norte; otra, en el Canal de Panamá, y la tercera, en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro de hecho, como, en virtud de nuestra superioridad de raza, ya es nuestro moralmente.» Alerta, señores ingleses.

»Mr. Taft, lo único que hizo fue parafrasear las conocidísimas palabras del senador Prescott, escritas en 1838 en los *Orígenes de los Estados Unidos*: «La bandera estrellada flameará sobre toda la América latina hasta la Tierra de Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza.» Prescott habló sin eufemismos y llamó a las cosas por su nombre.

»Lodge presentó al Senado de Wáshington, en Marzo de 1912, y apoyó la proposición el senador Wash, el proyecto de que ninguna nación latinoamericana puede ceder o arrendar la más ínfima de sus costas sin permiso de los Estados Unidos.

»Los dueños o directores de periódicos de los Estados Unidos hace años que, en ciertas ocasiones, se dirigen a los Presidentes de las Repúblicas latinoamericanas, haciéndoles preguntas. El 14 de Febrero último, los encargados del diario *New York American* les dirigieron el siguiente telegrama:

«¿No cree usted que los Estados Unidos tendrán razón en restaurar la paz en Méjico? No quiere decir esto que se pretenda ni desee una ocupación permanente. Sírvase darnos su opinión a nuestra costa.»

»A tan original encuesta, a tan peregrina investigación y a tan singular plebiscito contestaron: El Presidente de Colombia, doctor D. Carlos E. Restrepo, en estos términos viriles y levantados, por conducto del Secretario de la Presidencia: «El Sr. Presidente de Colombia opina que toda intervención de un Estado en los negocios internos de otro, es un ultraje a la soberanía del último, y, por tanto, una violación del derecho y un ataque a la justicia internacional, cuyo práctico imperio es el supremo anhelo de las naciones latinoamericanas.»

»Con tranquila energía contestó el Presidente del Ecuador, D. Leonidas Plaza G., condenando explícitamente todo intento de desconocimiento a la soberanía y a la independencia de las naciones. Se expresó de esta suerte: «El respeto debido a la soberanía e independencia de las naciones debe prevalecer, en todo momento, como expresión de la Justicia y de la Libertad, en el orden internacional; y, por muy dolorosas que, dentro de un Estado, sean las consecuencias de una guerra civil, jamás pueden ellas compararse con los funestos resultados de una intervención extranjera. No cabe, por consiguiente, admitir, ni en hipótesis, la intervención u ocupación militar del territorio mejicano, aun de modo precario, porque en el hecho y en el derecho, equivaldría a herir de muerte su soberanía y a inferir una ofensa irreparable al honor de un pueblo, al orgullo de una raza y al lustre de una historia. La intervención no es un derecho, y sólo intentarla sería un crimen.»

»Los despachos de la Prensa dieron cuenta de cómo contestaron los Presidentes de Chile, la Argentina, el Brasil y otras naciones hermanas: *unánimemente reprobaron la amenaza de intervención de los yanquis en Méjico.*

»El Sr. Lic. D. Federico Henríquez y Carvajal, magistra-

do de la corte de Santo Domingo, y presidente del Ateneo Dominicano, discurre así a propósito de las respuestas de los Presidentes Restrepo y Plaza: «La hora es propicia. Inspírense en tales rasgos, de severo patriotismo, cuantos ejercen funciones de gobierno en los Estados del Centro y del Sur de América, y sea esa la norma de sus actuaciones diplomáticas en sus relaciones internacionales. Tiendan asimismo, por todos los medios lícitos, a hacer efectiva y fructífera la solidaridad de la gran familia iberoamericana, tal como ha sido siempre el altísimo ideal de cuantos fueron o son iluminadores de conciencia en el escenario del Nuevo Mundo. Esa actitud, firme y definida, habrá de propender a que el criterio de reacción favorable, saludabilísima, que se inicia en la Casa Blanca y en el Capitolio de Wáshington, determine y fije una nueva orientación antiimperialista en pro del renovado imperio de la doctrina de la *no intervención* como canon del derecho internacional americano. *La escasez de recursos, de fuerza, en el orden físico, ni empece ni debe obstar a la activa energía moral de los pueblos armados de su derecho. El derecho armado, vivido, nunca fue instrumento de muerte, sino de soberanía, de civilización y de verdadera vida.*»

»El criterio de reacción favorable a que alude el magistrado Henríquez y Carvajal, es el del actual Presidente de los Estados Unidos y sus lugartenientes. En efecto, Mr. Woodrow Wilson declaró, respecto a la actitud de su gobierno *democrático* en sus relaciones con los países latinoamericanos, lo siguiente: «Los Estados Unidos no tienen nada que ambicionar en Centro y Sur América, a excepción de los intereses tradicionales de los pueblos de ambos continentes, la seguridad de los gobiernos en bien del pueblo y no para ningún grupo o empresas determinadas, el desarrollo de relaciones personales y comerciales entre los continentes, que han de redundar en beneficio de ambos, y no inmiscuirse en los derechos y libertades de ninguno. De estos principios puede elegirse la parte de la futura política de este Gobierno que por ahora es nece-

sario trazar, e impulsado por el espíritu que en ellos se revela, espero que se me permita—*con tanta confianza como sinceridad—extenderle a todos los Gobiernos de las Repúblicas de América la mano de un verdadero y desinteresado amigo, Y EMPEÑAR MI PROPIA HONRA Y LA DE MIS COLEGAS EN PRO DE TODA EMPRESA DE PAZ Y AMISTAD QUE UN FELIZ PORVENIR NOS TENGA RESERVADA*» (1).

»El Vicepresidente de los Estados Unidos, Mr. Thomas R. Marshall, Presidente del Senado, al dar posesión a Mr. Woodrow Wilson de su puesto el 4 de Marzo último, dijo en su breve discurso: «Ejército y acorazados son útiles; *pero el pueblo nunca quiso que el Gobierno los emplease como instrumentos de robo*. Si alguien, en nombre del pueblo norteamericano, sea violando obligaciones de un tratado, o la clara tendencia de la doctrina Monroe, se ha apoderado de algo ajeno, mientras este Senado discutía, es vuestro deber investigar los hechos, y si aparece agraviada una República, por débil que sea, debe este país tener valor y honradez suficientes para reparar el daño.»

»Pronto sabremos y veremos si el actual Gobierno de los Estados Unidos averigua la *responsabilidad* de éstos al robarse Roosevelt el territorio del Canal de Panamá, y proclama la inmensurable falta cometida al violar el tratado solemne que estaba vigente con Colombia. Si Mr. Woodrow Wilson, después de haberse asomado un rato a la boca de los antros tenebrosos que se llaman en su Patria *trusts* y de haberse sobrecogido de espanto al contemplar tanta EXPOLIACIÓN, y luego de haber tomado nota de todas las perfidias y de todos los abusos, robos y crímenes que causó en la América Latina la ambición desapoderada de los republicanos sus patriotas, ahoga en su moralidad los referidos *trusts*, y practica una política de subordinación de la política a la moral, sus llamamientos al honor ultrajado y sus palabras de edificación moral pasarán

(1) *Boletín de la Unión Panamericana*, Abril de 1913.

E. M.—*Diciembre 1913*.

a la Historia, no sólo como protestas contra los abusos de la fuerza brutal, sino como un emblema de justicia reparadora de impudencias sin nombre!

»Cinco meses lleva ya de Presidente Mr. Wilson, y para referirme a un solo hecho, recordaré que no ha variado en nada la ignominiosa conducta de los Estados Unidos en Nicaragua.

»La política internacional de los yanquis nunca ha sido para nosotros un modelo, pues está llena de sombras y feísimos lunares, y el paralelo con la de las Repúblicas latinoamericanas favorece a éstas en más, mucho más de un punto. Hace ocho años me escribía uno de los más profundos sociólogos ingleses contemporáneos—antiguo profesor de Historia en *University College*, Londres,—a propósito de los peligros que entrañaba para la América latina la política de los Estados Unidos, y decíame: «*Los Estados Unidos son el país más desordenado y que va más contra la ley en el mundo. Roosevelt no puede evitar que las turbas quemén vivos a los negros. Ninguno es castigado por esas atrocidades. Una de las razones por las cuales los norteamericanos ordenados se congregan en el Canadá, es por estar en un país donde prevalecen el orden y la ley*» (1).

»Colombia ha manifestado varias veces a los Estados Unidos el deseo de que fuesen sometidos al tribunal de La Haya los actos que determinaron la separación del Panamá, separación que entraña, según los americanos, la flagrante violación de un tratado público, el de 1846. La República yanqui, por boca de su diplomático Du Bois, expresó en Febrero último al Gobierno de Colombia, que, «*siguiendo la tradición de las naciones más antiguas del globo, los Estados Unidos han rehusado someter sus actos políticos a la consideración de ningún tribunal de arbitramento, sea cual fuere la naturaleza de la transacción política en cuestión.*»

»Tan inaudita desvergüenza, dice A. Aragón, no ha sido

(1) *Revista Positiva*, Méjico, núm. 163.

óbice para otra mayor: violar los tratados en que estaba empeñada la fe pública, *la palabra de honor* de toda la nación norteamericana!

»La filosofía científica ha enfocado ya las grandes épocas históricas de adelanto, profunda y no superficialmente, completa y no parcialmente. Esta filosofía nos enseña que la unión del mundo ha de verificarse y que ha de precederla la unión de los pueblos de la misma civilización.

»La República angloamericana no es para las Repúblicas latinoamericanas un modelo desde ningún punto de vista; en lo exterior: por su imperialismo, por sus ambiciones malsanas, y por su agresión *a los pueblos débiles*; en lo interior: por sus prejuicios de raza, que son la abominación más elocuente de las instituciones republicanas, por su gran corrupción política, por su régimen industrial desenfrenado y perturbador, por su destrucción de los elementos naturales y por sus características divagaciones teológicas y metafísicas. Tales lunares son óbice para que esa República pueda verse como tipo de la imitación política.

»El dechado del verdadero régimen republicano han de presentarlo en lo porvenir los pueblos latinoamericanos, como lo han presentado ya en parte, porque en ellos existen los gérmenes de predominio de lo social y lo moral sobre lo material, del amor universal guiado por el saber demostrable y de la actividad industrial y pacífica.

A defenderse o a perecer, escribe Beltrano:

»Ese es el dilema terrible que pesa sobre la América latina, ante el engrandecimiento fenomenal y la arrogante actitud que vienen tomando los Estados Unidos de Norte-América, contra casi todas las naciones de este continente, y si no procuramos, gobernantes y gobernados, despertar del letargo en que se yace para defenderse en buena lid, tarde o temprano irán una a una, cayendo bajo la intervención o protectorado yanqui, *por fuerza irresistible de la civilización que avanza*, sobre el estancamiento que inmoviliza y petrifica. Ya han em-

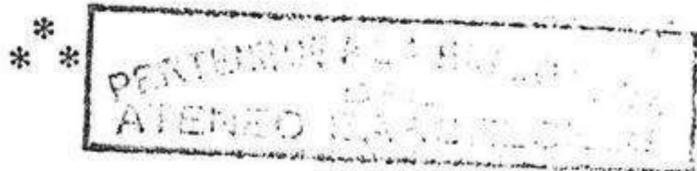
pezado con Cuba, Santo Domingo, Panamá, Nicaragua, etc., etcétera, y terminarán, «su primera jornada» en el Canal de Panamá, como frontera venidera de sus territorios.

»Esto sucederá irremisiblemente en varios años más, si no cambiamos *radicalmente* nuestra conducta social y política, como lo exige el progreso humano. Ahí está la doctrina Monroe, a manera de espada de Damocles encima de nuestras cabezas, que, como casi lo dice ese nombre, *roe* lentamente nuestra existencia política sin darnos cuenta; exactamente lo mismo que hacen los animales roedores.»

¿Qué significa todo esto? Sencillamente, que los hechos en la vida diplomática difieren bastante de las palabras. La diplomacia es una estrategia, en cuyas combinaciones siempre se aparenta lo que no se hace. En vano se fía ante las declaraciones políticas; ninguna de ellas es verdad. Cuando habla el presidente Wilson, habla el diplomático, no el moralista. Maquiavelo es el modelo constante de los políticos, por lo menos, en el orden internacional. «Algún príncipe de los actuales—dice el escritor italiano—que no conviene nombrar, predica continuamente paz y lealtad, y no hay mayor enemigo de ambas cosas; tanto, que de haberlas respetado, ya en muchas ocasiones hubiese perdido su reputación y sus Estados.»

Esa es la terrible realidad. Pero hay que aclarar un punto muy importante. El imperialismo europeo se dirige contra pueblos bárbaros que son un obstáculo para el progreso. El imperialismo norteamericano ataca comunidades cultas sin más fundamento que el deseo brutal de expansión y la rivalidad de raza. No existe fundamento alguno que apoye tales pretensiones. Aun en el caso de un conflicto entre pueblos de distinta modalidad de civilización, no puede haber razón para asimilarse el más fuerte al más débil. El Japón, por ejemplo, el Japón legendario representaba una modalidad de civilización, con su arte y su filosofía propia que para la misma cultura humana importaba conservar. El ataque a tal comunidad, so pretexto de ser distinta de las europeas, habría sido un cri-

men. Este no es el caso americano y, por lo mismo, no se trata, en último termino, de fundamento remoto alguno que apoye la acción de los Estados Unidos contra las comunidades de cultura iberoamericanas. La acción de esa República del Norte es, claramente dicho, una regresión moral basada en los más bajos apetitos.



Cuanto más se nota lo influencia de los anglosajones en la América española, con mayor ahinco se esfuerzan los iberoamericanos en volver a las fuentes pristinas de su espíritu. España ha dejado de ser para los cultos de la América española la falsa imagen de la tiranía, que la obcecación en los días de lucha y de separación presentaba como verdad histórica. Muchos son los publicistas que en las jóvenes Repúblicas de América revisan y rehabilitan la historia colonial de España, y de cuya labor he dado cuenta a los lectores. Ahora ofrezco una muestra más de lo que en este sentido se acaba de escribir.

En la *Revista Positiva*, de Méjico (número 163), publica un documentadísimo artículo sobre la civilización ibérica, el ilustre publicista mejicano Agustín Aragón. He aquí lo que el escritor mejicano dice respecto de su posición ante la debatida acción cultural de España:

«En los veinticinco años que llevo ya de escribir para el público he combatido la continuada hostilidad de la mayoría de mis compatriotas contra todo lo español, y me he empeñado en dar a conocer las excelencias de la civilización ibérica, así las europeas como las americanas. En el primer periódico que dirigí (1888) saqué a luz un estudio comparativo de los diversos aparatos conocidos entonces para medir bases geodésicas, y la descripción completa con estampas del inventado por el español Carlos Ibáñez e Ibáñez. En ese mismo periódico ensalcé al distinguido matemático y competente físico D. José Echegaray, más conocido como dramaturgo que como sabio.

Un profesor mío y algunos de mis camaradas teníanme por hijo de español, pues sólo se explicaban mi amor a lo mío por sentimentalismo. Nunca me he envanecido, ni por mi abolen-go español (que harto lo ignoro), ni por mi ascendencia tlahuica (que la colijo, pero no podría probarla), pues rapazuelo aún leí a Cervantes, y el gran español enseñóme que «no es un hombre más que otro si no hace más que él.»

Después he llamado la atención de mis compatriotas sobre los trabajos de Balmes, Menéndez y Pelayo, Oliveira Martins, Teófilo Braga, Rodríguez Carracido, Ramón y Cajal, Salvador Calderón y otros. Un sentimiento ingénito de justicia movíame primero, y luego la misma propensión aunada al estudio de la *Filosofía de la Historia*, de Comte. Repugnábame y me repugna la omisión o el olvido de todo lo que honra a nuestra civilización, y pocas veces me he indignado tanto como cuando los yanquis prepararon su agresión brutal a España, escarne-ciéndola y faltando a la verdad. Por eso publiqué en 1898 mi opúsculo intitulado «España y los Estados Unidos de Norte-América—Apropósito de la guerra,» opúsculo que, más que una defensa de la madre Patria, lo es de nuestra civilización. En él sostuve que una civilización debe apreciarse, no por las estadísticas de sus importaciones y exportaciones, sino por su influjo en los destinos humanos, y que los españoles poblaron la tierra con sus hijos, con sus trabajos y con sus virtudes. (Cuando lo imprimí, uno de mis camaradas de colegio, que no podía concebir movimiento así del alma, lo atribuyó a dinero que me habían dado los *gachupines* (*sic*), ¡a mí! que nunca he escrito por paga una sola línea.)

»... La historia de España y América presenta muchos nombres de investigadores científicos españoles que trabajaron en este Nuevo Mundo, en el cual, si bien es cierto que fueron *estupendos* los abusos cometidos por encomenderos y corregidores, oidores y delegados, presidentes y virreyes, dueños de obrajes y mineros, no menos cierto es que, al lado de esos reyes porquerizos de la extorsión, o abejas maesas de las colme-

nas de aborígenes, hubo varones que llegaron al colmo de las virtudes, *viviendo para los demás*, y otros a quienes no sedujo el afán de riquezas y sí les atrajo, cautivándoles, el variado y conmovedor espectáculo de la majestuosa Naturaleza americana.

»Al estudiar este Continente los españoles, se formaron concepto elevadísimo de su cometido y no les amedrentaron ni las fieras ni las soledades, como tampoco les acobardaron los inesperados fenómenos que a cada paso contemplaban. Naturalmente probos fueron los naturalistas de España que exploraron estas regiones, y en sus pinturas no existen las exageraciones. Exponen y no declaman; ensalzan, pero no mienten; e instruyen sin fatiga y deleitando...»

Después de estas consideraciones, el escritor mejicano hace un balance de la labor producida por los españoles, que abarca desde épocas anteriores al descubrimiento de América hasta la España de hoy. Imposible es reducir tan larga y detallada exposición de cabezas y trabajos; pero conviene reproducir a continuación, en paralelo histórico, lo que el Sr. Aragón dice de la acción de otros pueblos de Europa ante España:

«Cuando España fomentaba la cultura científica en América, Francia e Inglaterra protegían la piratería en el mismo Continente y premiaban a los más insignes corsarios. Saqueos, toda clase de crueldades, vejaciones, ultrajes, torturas, etc., cometieron los filibusteros franceses e ingleses que pululaban en el mar de las Antillas, y a quienes ensalzaban y condecoraban sus propios soberanos.

El ilustre colombiano D. Vicente Restrepo tradujo al español la obra intitulada *A New Voyage and Description of the Isthmus of America* (1699), escrita por el cirujano inglés y pirata Lionel Wafer. Este libro es tan importante desde el punto de vista de la historia de los marinos ingleses matuteros, que ha sido traducido también al francés, al alemán y al sueco. Wafer fue de la laya de Pointis, Dampier, Hawkins, Morgan y Drake. El distinguido traductor completa la obra con un es-

tudio suyo relativo a las hazañas de los merodeadores ingleses, de los filibusteros franceses y de los *Hermanos de la Costa*, que, guarecidos en Santo Domingo y en la Isla de la Tortuga, infestaban el mar de las Antillas y sus contornos en el siglo xvii. «Estos actos de piratería—dice el Sr. Restrepo—eran autorizados por dos grandes naciones, bajo cuya protección se ejecutaban, Inglaterra y Francia; pues los gobernadores de Jamaica y de la parte francesa de la isla de Santo Domingo les daban comisiones y patentes.»

Jean Bernard Louis Desjean, barón de Pointis, el invasor y ladrón de Cartagena de Indias (2 de Mayo de 1697), donde cogió inmenso botín, fue protegido del rey de Francia. Narra sus fechorías en el libro llamado *Relation de l'expédition de Carthagène*, 1698. Sujetos al rey de Francia y protegidos asimismo de este monarca fueron los compañeros de Pointis, ¡el famoso barón!

William Dampier fue un aventurero par de Wafer que, durante veintitrés años, se entregó a toda clase de excesos en las costas occidentales de América y en otros lugares. Gozó de la consideración de su Gobierno, quien le fomentó sus empresas.

Sir Francis Drake, el más célebre y conocido de los piratas ingleses de profesión, fue condecorado caballero por la reina Isabel de Inglaterra en el propio barco del corsario, y la misma reina le confió el mando de importantísimas expediciones de despojo. Murió en las afueras de Porto Bello, en su oficio, en el acto de intentar el saqueo, pues lo cogieron *con las manos en la masa*. Tan célebre aventurero sirvió tres años a las órdenes del conde de Essex, en Irlanda, cuando ya era conocido por sus feos hechos. Luego fue miembro del Parlamento.

Sir John Hawkins fue conmlitón de Drake y *negrero* además. Sus biógrafos dicen que algunos nobles compatriotas suyos y la misma reina Isabel de Inglaterra tenían participación en las ganancias de ese comercio inmoral que se realizaba con violación de la ley española. Estuvo en Veracruz, a ver qué

robaba, y llevó su merecido allí el 24 de Setiembre de 1568 (1). Se le premió nombrándole tesorero del *Almirantazgo* inglés y llamándole *caballero*. Murió en la expedición a que vino con Drake a las Indias Occidentales, como segundo en jefe de éste.

El más conspicuo de todos estos facciosos o el primero entre sus pares es el Sir Henry Morgan. Saqueó varias ciudades de Cuba, y también Porto Bello, Maracaibo, Panamá y otras muchas poblaciones. El saqueo de Panamá, en Enero de 1671, le produjo un botín de *millón y medio de pesos*. En todas partes se condujo como hombre cruel y sanguinario, y dondequiera cometió toda clase de maldades, atropellos y torturas. Es verdad que «reales órdenes de Inglaterra le impidieron organizar *otra expedición*»; pero verdad es también que al volver a su Patria se le condecoró *caballero* y nombrósele comisionado en el Almirantazgo por su rey y señor Carlos II. Acabó sus días en Jamaica, donde fue sucesivamente teniente de gobernador, comandante en jefe y gobernador en funciones.

La protección de Francia e Inglaterra a sus piratas que robaban en la mar las naves españolas y saqueaban las posesiones de España, tenía por causa *el oro y la codicia*. Ya lo había dicho profundamente el sabio y patriota Antonio de Ulloa en sus *Noticias americanas*: «Antes del descubrimiento de las Indias y en lo que alcanza la memoria del mundo, había oro y plata, que en todos tiempos han servido al destino que va expresado; pero, después de aquel famoso suceso, han venido a ser el poderoso incentivo de mantener a todas las naciones en movimiento y de inducir las a un continuado empeño y emulación para adquirirlos. La solicitud de estos metales ha sido causa de civilizarse las gentes entre sí con el trato...; han adelantado las Artes, utilizado la Industria, ilustrado las gentes, y les ha proporcionado el conocimiento de la tierra. *Sus malas consecuencias han sido el desconocimiento de la nación española*

(1) La flota española lo atacó, escapando el pirata con dificultad, después de perder éste la mayor parte de sus buques.

y las guerras que las extranjeras le han movido por la envidia.» Todas las malevolencias atribuídas a los españoles en América y todas las acusaciones a ellos lanzadas son un *debe* minúsculo frente al inmenso *haber* de un pueblo que descubrió un continente y dió ser ¡a VEINTE naciones, donde su civilización impera!

El español, como todos los hombres, tiene defectos, pero ningún observador imparcial ha dejado de expresar el respeto y la consideración que impone el carácter del ibero cuando ha probado sus quilates en el contacto que proporcionan las realidades de la vida. El ex-Presidente Taft, en apoyo de lo antedicho, decía al embajador de España en Wáshington, D. Juan Riaño, después de regresar de su último viaje a Panamá: «El coronel Goethals me habló en los términos del mayor encomio acerca de los inmejorables servicios prestados por los españoles en las obras del Canal. Ni el clima, ni las condiciones de la vida tan diversas, ni el contacto con otras razas han apartado a estos honrados braceros ni un momento del cumplimiento de su deber, el cual realizan con un espíritu de noble abnegación que sirve de ejemplo y de estímulo a los que a su lado trabajan. Las autoridades del Canal los consideran como modelo en su género, pues durante su permanencia en las obras no han dado el menor motivo de queja ni disgusto.»

Enumerar siquiera lo que deben a España las bellas letras, sería ardua tarea. Como el rico idioma castellano es el medio de comunicarnos entre sí los que somos hijos de la civilización española, no quiero dejar de aludir a él. Después de haber depositado la humilde flor de mi homenaje en el ara de la ciencia y de las virtudes españolas, voy a ceder la pluma al elocuente orador colombiano D. Antonio Gómez Restrepo, quien enaltece el esplendor de nuestra habla española en las siguientes insuperables líneas: «... Esta dulce lengua nuestra, que tiene tan antiguos blasones y ha merecido tan esforzados paladines, pidió plaza para ella en el palenque medioeval el rapsofo desconocido que embocó la bronceína trompa épica en

honor del Cid; la sentó Alfonso X en el tribunal de la justicia y en el solio de la sabiduría para que dictara leyes y sentencias que aún viven, no grabadas en bronce, sino defendidas contra el tiempo por el grave hechizo de una lengua patriarcal; construyó con ella el arcipreste de Hita su humorístico laberinto de aventuras, cuentos y amoríos, por donde asoman, como en las cornisas de las catedrales góticas, monstruos risueños, emblema de las fuerzas primarias de la Naturaleza; la hizo subir Jorge Manrique, como mansa espiral de incienso, desde los abismos del dolor humano, hasta las serenas regiones de la esperanza en la inmortalidad; dióle toques de blandura italiana Garcilaso, y Fray Luis de León le hizo sentir la dulzura de la contemplación campestre y la música de las esferas; la bañaron los novelistas en las fuentes turbias, pero vigorizantes, de la vida popular; baño que la enriqueció de sales y agudezas y le dió cierto desgarró picaresco, que contrasta con la cortesana elegancia de los políticos y moralistas, de un Guevara o un Saavedra; la pusieron los místicos en la fragua del amor divino, y corrió en ríos de oro, que derritieron las piedras y consumieron los corazones; la envolvieron Hurtado de Mendoza, Melo y Mariana en los *paños reales y curiales*, de que habló Maquiavelo; la llevó al teatro Calderón, y expresó en ella los sutiles conceptos teológicos de sus *Autos sacramentales*, «todos de oro y estrellas», según la expresión de Shelley; y Cervantes dilató sus dominios imperiales hasta hacerla capaz de representar el drama completo de la vida, en que el idealismo, representado por Don Quijote, al embestir contra el espeso escuadrón de intereses y pasiones materiales, hace brotar una estrella de cada desgarradura que el hierro de su lanza abre en el manto de sombras del egoísmo y de la mentira, y el sentido común, cabalgando con Sancho Panza sobre el manso lomo de su pollino, asciende a las cumbres del ensueño y se transfigura al recibir el beso de fuego de la gloria.»

En esta edad de constantes mudanzas, de verdadera disolución, de continuas inquietudes, de abierta rebelión contra

los viejos lazos sociales y morales, de positiva anarquía, de activa y pasiva resistencia a las leyes, de impugnaciones violentas, de desconsoladora desconfianza en los beneficios de la civilización, de crímenes horrendos, de continuos suicidios y de inmoralidades protegidas, etc., etc., sólo el estudio sintético de lo pasado concuerda con la ciencia, esto es, con la verdad; sólo lo que esté de acuerdo con la Naturaleza humana ha de mejorar a ésta, y sólo lo que se aprecie sin prejuicios de razas o de civilización puede conducir al bien, porque el bien se funda en la verdad, en el conocimiento de lo que somos y del lugar donde moramos, y la verdad resplandece lo mismo entre los amarillos que entre los blancos y los negros. Estudiemos, pues, lo nuestro primero y lo extraño luego, con el ánimo sereno, y seamos pródigos con el bien como lo fue la grande España que nos dió cuanto poseía de civilizador.»

Si todo esto brotase de una pluma española, la suspicacia dedicaría la más irónica de sus sonrisas para el autor. Ahora no puede ocurrir tal cosa: lo escribe un mejicano, y funda sus conclusiones sobre un indiscutible material histórico. La verdad se abre paso.

Mario Beltrano, otro escritor mejicano, expone en la misma Revista de Méjico el catecismo político social para Hispano-América, trazando el plan de vastas confederaciones y abogando por la reforma social con la cultura. Dice así:

«Prediquemos en todos los tonos la *confraternidad hispanoamericana*, para llegar a formar tres grandes *Confederaciones*, del modo siguiente:

Confederación de los Estados Unidos de Centro-América, formada por Méjico, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

Confederación de los Estados Unidos de Colombia, formada por Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú.

Confederación de los Estados Unidos del Sur, formada por Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Chile.

Esas Confederaciones no se unirían *materialmente* en una

sola nacionalidad, sino que cada cual mantendría su independencia; pero se unirían moralmente y formarían una *alianza defensiva*, para tener fuerza moral y material y, además, las tres grandes Confederaciones señaladas tendrían también una alianza defensiva entre sí para, en *casos necesarios*, imponer su voluntad e impedir ser arrolladas en las cuestiones internacionales.»

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

ÍNDICE

por orden alfabético de autores
de los artículos publicados en «La España Moderna»
durante el año 1913.

- ALONSO CRIADO (Matías).—*Brasil y Ecuador: Codificación del Derecho Internacional Americano*. Junio, pág. 103.
- AMADOR DE LOS RÍOS (Rodrigo).—*Del pasado: Del aderezo de ciertas iglesias de la Orden de Santiago, y de los objetos litúrgicos que poseían al final del siglo XV*. Abril, pág. 5.—*El sepulcro de «La Señora»* (Memorias de viaje). Agosto, pág. 141.
- ANTÓN DEL OLMET (Fernando).—*La Secretaría de Estado de Josef Bonaparte*. Julio, pág. 61.
- ARANZADI (Telesforo de).—*Cuestiones de prehistoria*. Enero, página 138.
- ARAUJO (Fernando).—*Revista de Revistas*. Enero, pág. 188; Febrero, pág. 182; Marzo, pág. 187; Abril, pág. 184; Mayo, pág. 185; Junio, pág. 177; Julio, pág. 167; Agosto, pág. 157; Setiembre, página 155; Octubre, pág. 162; Noviembre, pág. 158; Diciembre, página 156.
- BERZEVICZY (Alberto de).—*Beatriz de Aragón, Reina de Hungría*. Enero, pág. 26; Febrero, pág. 98; Marzo, pág. 84; Abril, pág. 112; Mayo, pág. 130.
- BROSSA (Jaime).—*Nacionalismo y Universalismo*. Junio, pág. 112.
- CALZINI (Rafael).—*España fuera de España: El último dominio árabe en Europa: Impresiones de Granada*. Abril, pág. 70.
- CAMBRONERO (Carlos).—*Crónicas del tiempo de Isabel II*. Febrero, página 31; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 29; Mayo, pág. 5; Junio, página 5; Julio, pág. 14; Agosto, pág. 5; Setiembre, pág. 28; Octubre, pág. 5; Noviembre, pág. 35; Diciembre, pág. 5.
- DEMIANI (Alfredo).—*España y el Arte español*. Junio, pág. 73.
- DORADO (Pedro).—*Notas bibliográficas*. Febrero, pág. 203; Marzo, página 206; Mayo, pág. 205; Junio, pág. 205; Octubre, pág. 204.
- F. G.—*Notas bibliográficas*. Febrero, pág. 207.
- FIERENS-GEVAERT.—*San Antonio de la Florida*. Julio, pág. 133.
- GAY (Vicente).—*La América Moderna*. Enero, pág. 158; Febrero,

- página 151; Marzo, pág. 159; Abril, pág. 142, Mayo, pág. 153; Junio, pág. 151; Julio, pág. 104; Agosto, pág. 181; Setiembre, página 185; Octubre, pág. 181; Noviembre, pág. 191; Diciembre, página 181.
- GOSSE (Edmundo).—*Padre e hijo*. Estudio de dos temperamentos. Agosto, pág. 72; Setiembre, pág. 99; Octubre, pág. 79; Noviembre, pág. 131; Diciembre, pág. 54.
- GOTA (Antonio).—*El espíritu y el titanismo científicos de nuestro tiempo*. Noviembre, pág. 5.
- FERNÁNDEZ Y ALEJANDRO (Federico).—*Marcas de impresiones*. Julio, pág. 5.—*Las antiguas tarjetas de visita*. Octubre, pág. 156.
- IBARRA (Juan Francisco).—*A las ruinas de Jefrus*. Diciembre, página 141.
- JUSTI (Carlos).—*Los maestros de Colonia en la Catedral de Burgos*. Marzo, pág. 131; Abril, pág. 91.—*Don Pedro de Mendoza, gran Cardenal de España*. Mayo, pág. 104.—*Los Lombardos en Sevilla*. Junio, pág. 44.—*Los Aprile de Carona*. Julio, pág. 74.—*Torrigiano*. Agosto, pág. 33.—*El Renacimiento en Granada*. Setiembre, pág. 73.—*La Catedral de Granada y Diego de Siloe*. Octubre, pág. 54.—*Los Arfes*. Noviembre, pág. 78.—*La pintura flamenca en España*. Diciembre, pág. 84.
- LEGENDRE (Mauricio).—*El corazón de España*. Julio, pág. 139.
- LYNCH (Jeremías).—*El Clondic y la vida de los buscadores de oro*. Agosto, pág. 108; Setiembre, pág. 132; Octubre, pág. 110; Noviembre, pág. 99; Diciembre, pág. 109.
- OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín).—*Consideraciones acerca de la Historia del vino*. Diciembre, pág. 42.
- ONECA (Niceto).—*El cuadro de Van der Goes*. Mayo, pág. 50.
- OVEJERO Y MAURI (Eduardo).—*El «Crítico», de Baltasar Gracián*. Setiembre, pág. 5.
- PÉREZ DE GUZMÁN (Juan).—*Joyas robadas y restituídas: 1813-1814*. Enero, pág. 5.—*Apuntes para la Historia contemporánea: Los manifiestos a la Nación: 1834-1875*. Junio, pág. 47.—*La cultura de España en Dinamarca*. Diciembre, pág. 145.
- TWAIN (Marck).—*Más hábil que Sherlock Holmes*. Enero, pág. 105; Febrero, pág. 67.—*Canibalismo en viaje*. Marzo, pág. 148.
- WADLEIGH CHANDLER (Franck).—*La novela picaresca en España*. Enero, pág. 76; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 51; Abril, pág. 157; Mayo, pág. 85.
- WAUTERS (A. J.).—*La aventura novelesca de Leonor de Austria y del palatino del Rhin: 1517*. Junio, pág. 137.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Crónicas del tiempo de Isabel II</i> , por Carlos Cambronero.....	5
<i>Consideraciones generales acerca de la historia del vino</i> , por Joaquín Olmedilla y Puig.....	42
<i>Padre e hijo</i> (novela), por Edmundo Gosse.....	54
<i>La pintura flamenca en España</i> , por Carlos Justi.....	84
<i>El Clondic y la vida de los buscadores de oro</i> , por Jeremías Lynch.	109
<i>A las ruinas de Frejus</i> , por Juan Francisco Ibarra.....	141
<i>La cultura de España en Dinamarca</i> , por Juan Pérez de Guzmán y Gallo.....	145
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	156
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay.....	181
<i>Indice por orden alfabético de autores</i>	206